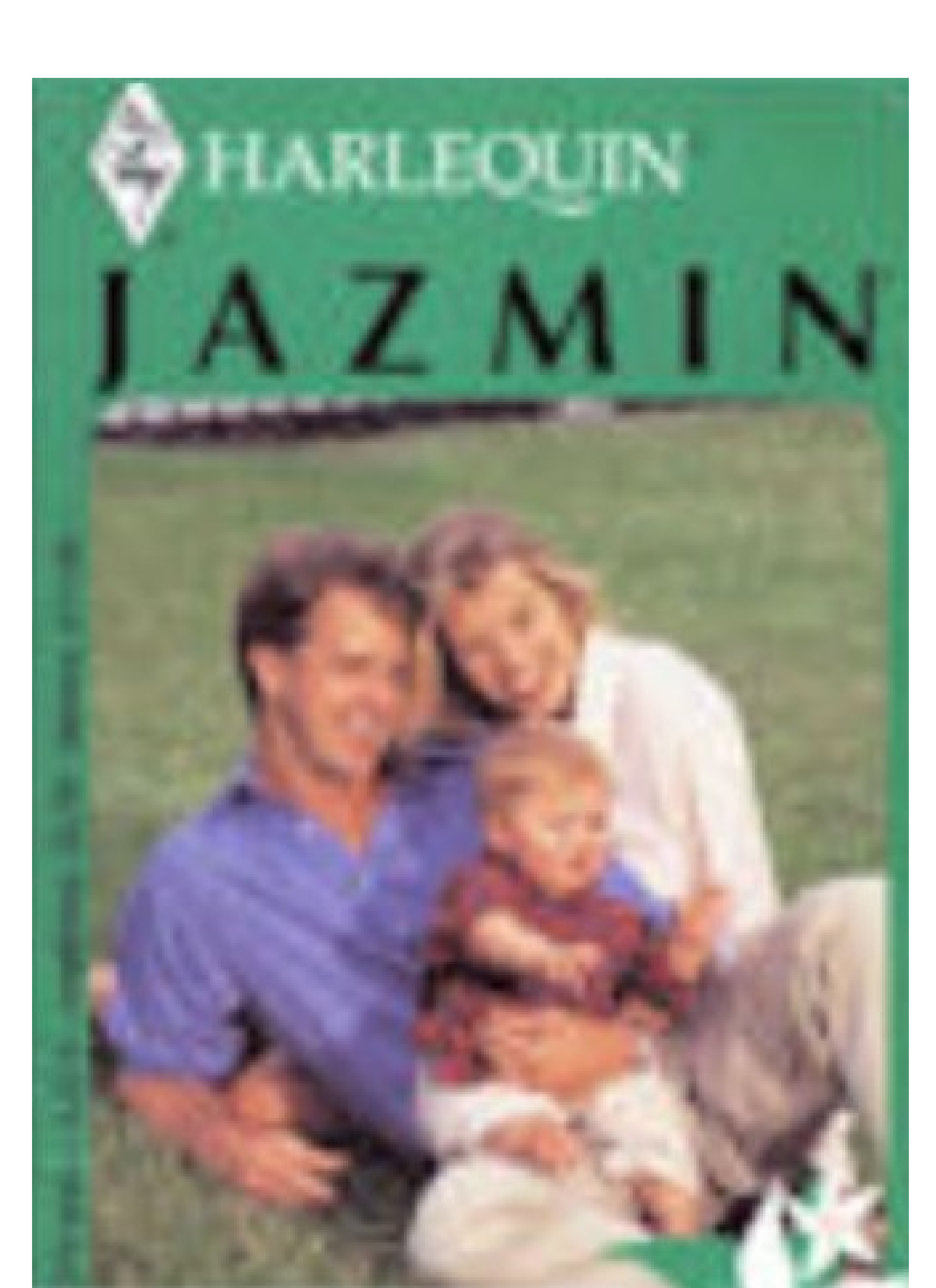


Sin recuerdos

Rebecca Winters

Sin recuerdos

Jazmín (Amor secreto 3) [1507]

Diana Rawlins salió del hospital con amnesia y un bebé en los brazos, pero no sabía qué había ocurrido. Su marido, Cal, estaba decidido a llegar al fondo del misterio, sobre todo porque una de las cosas que su mujer no recordaba era que estaban casados.

A Diana sólo parecía interesarle su bebé, pero Cal sabía que era imposible que fuera de ella. Sin embargo, no estaba dispuesto a perder a su esposa. Si el bebé era la llave para llegar al corazón de Diana, lucharía para que ella volviera a enamorarse de él y para que pudiera quedarse con el niño.

Capítulo 1

—¿ES LA CASA de los señores Rawlins? Cal Rawlins se puso la toalla alrededor del cuello, dispuesto a colgar el teléfono en caso de que fuera algún vendedor. Las siete y media de la mañana era un poco pronto como para molestar a nadie.

Si no hubiera sido por el buen humor que tenía después de haber hecho el amor con su amada esposa en aquella mañana del mes de junio, habría colgado de forma inmediata sin siquiera responderle.

—Sí.

—Llamo del departamento de urgencias del hospital Bonneville Regional. No se asuste, pero tenemos aquí a una señora llamada Diana Rawlins. Aparte de estar un poco desorientada porque se ha caído, parece que está bien. El niño parece que también está bien. Lo ha visto un pediatra, que lo está examinando ahora. Si por favor pudiera venir…

Al oír la palabra «*niño*» se quedó un poco más aliviado.

—Mi esposa se ha ido a trabajar y no tenemos ningún niño — le dijo— . Me parece que se ha confundido de Rawlins. Lo siento.

Colgó el auricular y se fue otra vez al cuarto de baño a terminar de afeitarse. Pensó en su matrimonio sin hijos, la única nube que oscurecía la felicidad matrimonial, porque su mujer deseaba tener un hijo.

En los cuatro años de matrimonio, Diana había sufrido tres abortos, perdiendo el feto a las ocho semanas. El último los había dejado destrozados a los dos, porque lo había perdido cuando tenía ya cuatro meses. Incluso le habían decorado la habitación donde iba a vivir.

Si hubiera sido un niño, le habrían llamado Tyler, como el

abuelo de ella.

Si se volvía a quedar embarazada tendría que tener mucho cuidado y seguro que tendría que pasar por el quirófano para evitar que le volviera a ocurrir lo mismo. Pero hasta ese momento, Diana no se había quedado embarazada, a pesar de lo mucho que lo deseaba.

El médico le había dicho que se lo tenía que tomar con tranquilidad, que tenía que darle al cuerpo un descanso antes de intentarlo de nuevo. Cal estaba de acuerdo con el médico, pero convencer a Diana era otra cosa.

Cal había sugerido la idea de la adopción, pero ella la había descartado. No obstante lo había hablado con Román Lufka, el mejor amigo de Cal y jefe de Diana en LFK Associates International.

Román y Cal habían hablado de que si encontraban un niño para adoptar, a lo mejor se lo pensaba. Había veces que cuando se adoptaba un niño, la mujer de pronto se quedaba embarazada. Román le había dicho que iba a investigarlo.

Era evidente que a él le apetecía mucho más tener un hijo natural, pero si no era posible, no le importaba adoptarlo. La felicidad de Diana era lo más importante. Eran muy felices en su matrimonio. Ella era su vida.

Mientras Cal terminaba de vestirse para ir al trabajo, decidió llamar a su amigo para quedar a comer ese mismo día. A lo mejor Román ya había averiguado algo al respecto.

Estaba a punto de levantar el teléfono para hacer la llamada, cuando volvió a sonar otra vez. Llamaban de nuevo del hospital. Frunció el ceño.

—¿Señor Rawlins? ¿Vive usted en 18 Haxton Place, en Salt Lake?

—Sí. Pero ya le dicho antes que no tenemos hijos.

—Sin embargo esta señora dice que es la madre del niño. Hemos comprobado su permiso de circulación y la dirección que pone es la que le he dicho — sintió un escalofrío por la espalda— . Es una mujer alta, rubia y con los ojos verdes.

—Esa es mi mujer. ¿Podría hablar con ella?

—Ahora mismo no. Como le he dicho hace unos minutos está un poco desorientada.

—Voy ahora mismo.

Sintiéndose como si le acabaran de dar una patada en el estómago, salió disparado de la casa. Condujo su Saab a toda velocidad hasta el hospital.

Cuando vio el Buick de color blanco de su esposa aparcado, tragó saliva. Su presencia indicaba que había ido al hospital a primera hora de la mañana. Había salido de casa tan solo una hora antes que él.

¿Qué le podría haber ocurrido en tan corto espacio de tiempo? Además, lo del niño no tenía sentido alguno.

—Hola, soy el señor Rawlins — saludó, en cuanto llegó a la recepción del hospital— . Me han llamado porque mi esposa está aquí.

—Siéntese un momento, por favor, enseguida lo atienden.

Cal prefirió quedarse de pie. Estaba demasiado nervioso como para sentarse a esperar. A pesar de que la persona que lo había llamado le había asegurado que Diana estaba bien.

—¿Señor Rawlins? Soy el doctor Farr, el que ha examinado a su esposa. Entre por favor.

Cal siguió al médico y entró en una sala. Pensó que el doctor le iba a llevar directamente donde estaba Diana. Al ver que no lo hacía, sintió como si tuviera un agujero en el estómago.

—¿Está bien mi esposa? Eso es lo único que me interesa.

El doctor Farr lo miró.

—Cuando se cayó, se pegó un golpe en la nuca. Le hemos hecho una radiografía y parece que solo es una contusión. Pero está un poco desorientada. Le he pedido al neurocirujano que venga a examinarla. Estará aquí en unos minutos.

Cuando asimiló el mensaje del médico, Cal levantó la cabeza y le preguntó:

—¿Está muy desorientada?

—Los auxiliares de enfermería la encontraron a la entrada de urgencias. Estaba sentada en el asfalto, medio mareada y agarrada a su hijo. No recordaba su nombre, ni dónde vivía, ni lo que estaba haciendo allí. Tuvieron que buscar en su bolso algún tipo de identificación para poder llamarlo.

Cal sintió un sudor frío en todo su cuerpo.

—¿La vio alguien caer? ¿Cómo saben que no la atacó nadie?

—Parece que se resbaló en el cemento. El camino está inclinado

y probablemente se cayó para atrás. Tenía un poco de sangre en la cabeza y heridas en los codos. El niño parecía que estaba bien, pero como ya le he dicho los índices de bilirrubina eran muy altos. El pediatra lo está tratando.

Cal movió la cabeza, incapaz de creerse lo que estaba oyendo.

—Pues no sé de quién puede ser el niño.

—A lo mejor de alguna amiga.

—Puede, pero no se me ocurre de quién. A lo mejor Diana se ofreció para cuidarlo y se le olvidó comentármelo. Pero lo que no entiendo es cómo lo iba a cuidar cuando se supone que iba a trabajar.

—Pronto lo sabremos, en cuando su esposa empiece a recordar.

—Tiene razón. ¿Puedo verla?

—Claro. Venga conmigo. Lo que le ruego es que no se alarme, porque la pérdida de memoria es algo muy frecuente en las personas que se dan golpes en la cabeza.

La pérdida de memoria era otro término para referirse a la amnesia. Una palabra que ponía a Cal la carne de gallina.

—En la mayoría de los casos es algo temporal. En doce horas aproximadamente seguro que vuelve a su estado normal. Solo quería que estuviera preparado en caso de que no lo reconozca.

¿Cómo no lo iba a reconocer?

Cal desechó de inmediato la idea. Podría estar mareada, pero era imposible que no reconociera a su propio marido. Eran como dos almas gemelas. Eso fue lo que sintieron nada más conocerse.

—Pase por aquí. Si necesita algo, estaré en mi despacho.

Cal asintió y entró en otra habitación, con el corazón a toda velocidad. Nada más entrar sintió unos deseos inmensos de abrazar a la mujer que solo una horas antes había estado en la cama con él.

En lugar del vestido verde con el que había salido de casa, llevaba una bata del hospital y parecía como medio dormida. Estaba tumbada en una camilla, con los ojos cerrados.

De todas maneras no tenía mal aspecto. Seguro que podría irse con él a casa.

Se acercó a ella para examinarle el codo. Nada más tocárselo abrió los ojos.

—¿Diana? — le dijo al ver que estaba despierta.

De forma instintiva, le puso los labios en su boca, en una

demostración del amor que habían compartido esa misma mañana.

Al ver que ella no respondía, él trató de que abriese los labios, para provocar la respuesta que él tanto necesitaba.

—No… — suplicó ella— . Por favor — le puso la mano en el hombro para apartarlo.

Nunca antes lo había rechazado. Asustado por su respuesta, levantó la cabeza y la miró. Lo estaba mirando con sus ojos verdes como si no lo conociera. Sólo vio signos de ansiedad.

Parecía de verdad que no lo reconocía.

¡Aquello era imposible!

—¡Diana, soy yo, Cal, tu marido! ¿Por el amor de Dios, di algo!

Esperó a que ella dijera las palabras que él tanto necesitaba oír.

—Lo siento — susurró ella al cabo de unos minutos— . Pero no sé quién eres. ¿Podría, por favor, hablar con el médico?

El terror se apoderó del corazón de Cal, al oír aquellas palabras.

El hombre de anchos hombros que estaba al lado de su cama acababa de decir que era su marido, Cal. La había llamado Diana y la había besado como si la conociera de toda la vida.

Cuando la habían llevado a urgencias, el doctor Farr se había dirigido a ella como la señora Rawlins. Estaba claro que estaba casada y seguro que su marido llegaría pronto a verla.

Miró al hombre de pelo oscuro, con una expresión en sus ojos del mismo color. Le recordaba a los anuncios que había visto en la publicidad de las revistas, que aparecían subidos a un caballo, anunciando alguna marca de cigarrillos. Pero aquel hombre iba con traje y corbata y tenía un aspecto muy sofisticado.

Parecía un hombre muy confiado, con control de su propio destino. Ella no recordaba estar casada con un hombre de aspecto tan masculino y dominante.

Todos los poros de su cuerpo estaban llenos de sudor. Era incapaz de recordar nada a partir del momento que la habían llevado a ella y a su hijo a urgencias.

La sensación de angustia que recibía de aquel hombre que no conocía la hacía sentirse incómoda y culpable, porque no podía hacer nada por evitarlo.

Se miró la mano y vio el anillo de diamantes que llevaba en un dedo. En otro llevaba una alianza. Parecía que de verdad estaba casada con aquel hombre. Y que los dos tenían un niño.

¡El niño!

Tenía que ver a Tyler cuanto antes.

¿Por qué no se lo habían llevado todavía?

El médico le había dicho que estaba bien. No sabía por qué tardaba tanto.

Deseando que aquel hombre que decía ser su marido se fuera de su lado, le preguntó:

—¿Podrías hacerme un favor?

—Sabes que haría cualquier cosa por ti, querida — le respondió — . ¿Qué quieres?

—¿Podrías ir por Tyler y traérmelo?

—¿Tyler?

—¡Mi hijo! — exclamó, sin entender por qué se lo había preguntado tan extrañado— . Quiero ver a Tyler — le dijo, con lágrimas en los ojos— . Me dijeron que no le había pasado nada cuando me caí, pero quizá el médico ha encontrado algo después de examinarlo.

Le dio un beso en la frente.

—Volveré enseguida, cariño.

Cuando salió de la habitación respiró más aliviada. Si la volvía a tocar de nuevo, o le dirigía aquellas palabras de cariño, le diría a la enfermera que no lo dejara entrar.

Dolido por la actitud que ella había mostrado cuando él le dio el beso, Cal salió de la habitación y se fue a buscar al doctor Farr, que estaba rellenando un cuestionario. Al verlo acercarse, el médico levantó la cabeza.

—¿Qué tal está su esposa? ¿Lo ha reconocido?

—Todavía no — le respondió, soltando el aire que había retenido hasta aquel momento— . Pero ha llamado al niño Tyler — le explicó al médico el significado de aquel nombre.

El médico le sonrió.

—Eso es un buen síntoma. Parece que poco a poco va recuperando la memoria. Estoy seguro de que el doctor Harkness opinará lo mismo. Le diré que lo está esperando en cuanto quede libre.

—Se lo agradezco. Sin embargo, hay otro problema. Diana está preocupada por el niño y quiere ver si está bien. Ya le he contado lo que le pasó en el último aborto que tuvo, por lo que no creo que sea

una buena idea.

—Entiendo sus preocupaciones, señor Rawlins. No quiere que se encariñe mucho con un niño que no es suyo. Pero, por otra parte, yo creo que es positivo no crearle más ansiedad en estos momentos. Si ver al niño la tranquiliza, puede que esa sea la mejor medicina para iniciar el proceso de curación.

—¿Qué edad tiene el niño?

—Yo creo que tres o cuatro días.

¡Tan pequeño!

Cal sintió un escalofrío en todo el cuerpo. ¿De dónde había salido aquel niño? ¿Qué hacía Diana con él? Cada vez estaba más confuso.

—¿Podría pedirle a alguien que le lleven al niño?

—Tiene que estar en la incubadora. Pero veré lo que puedo hacer. Mientras tanto, vuelva con su esposa a ver si hablando con ella empieza a recordar algo.

Cal asintió. Pero antes tenía que llamar a Román. Porque estaba claro que aquel niño tenía que ser de alguien.

Si Diana no recordaba nada en las siguientes horas, la policía empezaría a buscarlo. Seguro que a Román se le ocurriría alguna forma de tratar aquel asunto de forma discreta.

Porque era imposible que su mujer lo hubiera robado. Pero fuera cual fuera la explicación, seguro que no querría desprenderse de él, aunque recuperara la memoria.

Aquel accidente había ocurrido poco después de su último aborto. Cuanto antes empezaran a buscar un niño para adoptar mejor.

Buscó una habitación vacía desde donde pudiera hablar con su amigo en privado. Sacó el móvil y lo llamó. — ¿Hola?

—Román, soy Cal.

—¡Hola! Me alegro de que hayas llamado. Le estaba diciendo a Brittany que teníamos que vernos los cuatro este fin de semana. Por cierto, ¿dónde está la mejor ayudante que he tenido jamás? Me dijo que iba a llegar temprano.

—Por eso te llamo. Estoy en el hospital. Diana está en urgencias. Se ha dado un golpe en la cabeza. — ¿Qué? Cal cerró los ojos. Estaba demasiado afectado como para hablar.

—No digas más. Voy para allá ahora mismo.

—Gracias — le respondió Cal en un susurró y volvió a meterse el teléfono en el bolsillo. Porque lo que más necesitaba en aquel momento era un amigo a su lado. Se fue a la habitación donde estaba Diana.

Había un médico examinándola. Cal se imaginó que sería el doctor Harkness. Con una mirada el médico le indicó que quería estar a solas con la paciente.

Resistió como pudo sus deseos de decirle que él era el marido de Diana y que quería estar presente. Pero el doctor Harkness le había indicado con claridad que lo esperara en recepción.

Incapaz de estar parado en un sitio, Cal decidió salir fuera a esperar a Román. Tenía que respirar aire fresco, aire que no oliera a antiséptico. Cuando salía le preguntó a alguien que le enseñaran dónde se había caído su esposa.

—¿La vio alguien caerse?

—No que yo sepa, señor. Salimos y cuando entraba una ambulancia la vieron en el suelo. Tenía las pupilas dilatadas. No sabía dónde estaba y la metimos en urgencias.

—Muy bien, gracias.

Se fue hacia el coche de Diana. Había dejado las puertas sin cerrar con llave, algo que ella nunca hacía. Lo cual indicaba que se había dirigido tan deprisa a urgencias que ni siquiera se había parado a cerrarlas.

De pronto vio una caja de cartón rectangular en los asientos de atrás. Abrió la puerta y alcanzó la caja. No había nada dentro, pero estaba forrada con tela de algodón.

¿Habría encontrado al niño en aquella caja?

—¿Cal? — oyó que una voz familiar lo llamaba.

Cal se dio la vuelta y vio a Román de pie. Había llegado casi volando desde su oficina.

—¿Qué ocurre?

Le contó a su amigo todo.

—Y lo más grave, Román, es que no me reconoce.

Le dio un golpe en la espalda.

—Cuando estaba en la policía vi muchos accidentes como este. Su amnesia es temporal.

Cal sintió un escalofrío.

—No te puedes imaginar lo que es besar a tu mujer, mirarla a

los ojos y ver que siente miedo y rechazo por ti.

—No, no me lo imagino. Pero hace solo dos horas que ha tenido el accidente. Dale tiempo para que se recupere. Dentro de poco volverá a recordar. Mientras tanto, vamos a ver lo que hay en el coche que nos dé una pista de lo que ha podido pasar.

Román era la voz de la sensatez. Juntos buscaron en el interior del coche, pero no encontraron nada.

—¿Has mirado en su bolso, o en su ropa?

—No — le respondió Cal con voz ronca— . La reacción que tuvo me dejó la mente en blanco.

—Bueno, vamos dentro a ver si podemos averiguar algo que ponga un poco de luz en todo esto.

Cal asintió y los dos entraron en urgencias. El doctor Harkness los estaba esperando en recepción.

Después de saludarse les dijo:

—Según les ha dicho el doctor que la atendió, su esposa sufre de amnesia causada por el golpe que se ha dado en la cabeza. No parece que haya olvidado las cosas que hay a su alrededor. Por ejemplo, sabe que está en un hospital, sabe la hora, sumar y cosas de esa índole. Pero no recuerda nada de su pasado. Pero poco a poco irá recordando.

—¿Cuánto va a tardar, doctor?

—Nadie puede responder esa pregunta. Tendrá que ser paciente. Mi consejo es que no la fuerce. Su mente parece que no quiere recordar. ¿Le ha ocurrido algo hace poco que haya supuesto un trauma para ella?

Cal empezó a asentir.

—Ha tenido tres abortos seguidos. El más reciente ha sido un golpe muy duro para los dos. Desde entonces, Diana ha estado obsesionada con la idea de volver a quedarse embarazada y tener un niño. Quiso tener un hijo desde que nos casamos.

—Esa puede ser una razón por la que no quiere recordar, señor Rawlins. El doctor Farr me ha dicho que el niño que llevaba en sus brazos no era suyo y que no sabe de quién puede ser.

—No. Román es el jefe de una agencia de detectives y va a investigar el caso.

—Muy bien — respondió el médico— . Pero creo que se habrá dado cuenta de que ella piensa que el niño es suyo.

—Sí. Y eso es lo que me preocupa.

—Le aseguro que a mí también. El doctor Farr me ha dicho que usted no quiere que vuelva a ver al niño. Y yo he de confesar que soy de la misma opinión. Pero también veo el punto de vista de mi colega. El niño puede tranquilizarla y hacerla perder el miedo. Está muy asustada de no poder recordar nada.

Parece que ese niño es el único nexo de unión con el presente.

—¿Y qué debo hacer?

—El niño tiene que estar unas horas en la incubadora todavía. Ya la he informado a su esposa de su situación. Parece que ha aceptado el hecho de que tendrá que esperar unas horas a verlo. Confiemos en que poco a poco vaya recordando cosas.

—El problema es que le repugna mi presencia — respondió Cal.

—Me ha dicho que tiene miedo de usted. Por eso no lo invité a quedarse mientras estaba examinándola. Es una reacción natural. Para ella usted es un desconocido. La voy a dejar aquí esta noche bajo observación. Por la mañana, si después de hacerle las radiografías vemos que está bien, la enviaremos a casa. Por el momento, mi consejo es que la trate más como si fuera una hermana que como una esposa. Poco a poco vaya presentándole a su familia y a los amigos, pero sin asustarla por la pérdida de la memoria. No la fuerce. Se está protegiendo a sí misma. — Cal movió la cabeza— . No intente ningún contacto físico.

—Ya lo intenté. La besé y ella no me respondió.

—Un gesto natural por su parte, pero que explica su ansiedad. Hasta que recupere su memoria tiene que volver a tener confianza en usted. Ya sé que es una situación difícil, pero estoy casi seguro de que es algo temporal. Dentro de poco volverá a recuperar la memoria.

Después se dirigió a Román.

—Tendremos que informar de lo del niño a la policía, pero si usted averigua algo, háganoslo saber.

—Por supuesto. Espero tener algunas respuestas en pocas horas.

—Muy bien. Los veré entonces más tarde. Los médicos me mantendrán informado del estado de su esposa. Si tienen algo que preguntarme no duden en llamarme.

—Gracias, doctor Harkness.

El doctor sonrió.

—Es una mujer encantadora. Puedo entender sus temores. En estos momentos es cuando los votos del matrimonio tienen más significado.

Cal se quedó ponderando las palabras del médico. Sabía que estaba compadeciéndose, pero nadie se podía poner en una situación como aquella a menos que le hubiera ocurrido.

—¿Estás bien, Cal?

La preocupación en la voz de Román lo sacó de sus pensamientos.

—No, pero lo tendré que estar en unos minutos, ¿no?

La retórica de su pregunta no requería respuesta.

—Después de oír al doctor Harkness, creo que será mejor que no vea a Diana hasta mañana o pasado. Creo que será mejor irse presentando a ella poco a poco.

Román cambió el peso de su cuerpo de pie y añadió:

—Lo que me gustaría hacer ahora es decirle a alguna enfermera que saque sus cosas aquí, que le den cualquier excusa para que no se preocupe. Puede que así encuentre alguna pista. Por ahí es por donde tengo que empezar. Después me iré a mi despacho. A lo mejor allí, en su mesa, encuentro algo que nos dé otra pista. Sabemos que salió de casa para irse a trabajar esta mañana y que no mencionó que fuera a cuidar del niño de nadie. Yo creo que ese bebé lo puso alguien en su coche o…

—¡O lo dejaron en la puerta del trabajo! — exclamó Cal— . Si hubiera estado en nuestra casa, o en el coche cuando estaba en el garaje, habría entrado a decírmelo.

—También es posible que no mirase a la parte de atrás del coche hasta que llegó al trabajo.

—Esa es otra posibilidad. Pero ella siempre cierra las puertas del coche con llave. Si lo hubieran dejado en el garaje tendrían que haber forzado incluso la cerradura de la puerta de entrada.

—Sea como sea, lo que está claro es que al ver que el niño estaba amarillo se asustó y no pensó más que en llevarlo al hospital. Con las prisas seguro que se resbaló y se cayó.

—¡Eso es, Román! Esa tiene que ser la explicación.

—En cuanto puedas saca todas sus cosas de la habitación. Todas. A ver si podemos averiguar algo.

—Te debo una, Román.

—No te preocupes. Tú también me has ayudado en muchas ocasiones, sobre todo cuando estaba trabajando en el caso Brittany. Diana y tú me ayudasteis a mantener la cordura antes de convertirla en mi esposa. Nunca ha sido un secreto el aprecio que siento por Diana. Cuando los chicos de la agencia se enteren de lo que le ha ocurrido se van a poner muy tristes. Y sobre todo Britanny y Annabelle.

—Lo sé. Las tres son como hermanas.

—Se lo diré a todo el mundo. Vete con Diana y déjanos a nosotros que investiguemos.

Cal le puso una mano a Román en el hombro.

—Espera aquí un momento. Le diré a alguien que saque sus cosas — encontró una auxiliar y le dijo lo que querían que sacara de la habitación donde estaba Diana.

—En un momento se las traigo. El médico la va a trasladar a una habitación individual en el cuarto piso. Le diré que vamos a subir sus cosas a la habitación.

—Perfecto.

Al cabo de unos pocos minutos la auxiliar llegó con una bolsa de plástico donde estaban todas las pertenencias de Diana. Cal se las dio a Román.

—Espero que encuentres algo. Por el bien de Diana, cuanto antes se resuelva este misterio, mejor.

—No te preocupes. Voy al coche por la caja. Uno de los chicos llevará después el coche a tu casa. En cuanto descubra algo te llamó al móvil.

Cal asintió. No podía pedirle más. Miró cómo se iba su amigo Román.

Capítulo 2

—¿ENFERMERA?

—¿Sí, señora Rawlins?

—¿Podría llamarme Diana, por favor?

—Claro, si tú me llamas Jane.

—Muy bien, Jane. He oído al doctor Farr decir que mi hijo tiene cuatro días. No entiendo por qué no siento nada después de un parto. ¿Cómo es que no me ha subido la leche todavía?

—Eso es algo que tendrás que preguntar al médico cuando venga a visitarte. No te preocupes. El niño está bien atendido.

—¿Cuándo lo podré ver?

—Tiene que estar bajo las luces hasta mañana, como mínimo.

—¿Podrías llevarme hasta donde está para poderlo ver?

—El médico ha dejado dicho que ahora lo que tienes que hacer es descansar y estar tranquila. Porque querrás ponerte bien, ¿no? Tu marido se ha ido a casa a traerte algo de ropa. Cuando vuelva si quieres hablas con él de esto. Pero si quieres puedes esperar hasta esta tarde, que venga el doctor Harkness. Quizá os deje a tu marido y a ti que vayáis a ver al niño. Todo depende de cómo esté.

—Es que no entiendes, Jane. No recuerdo que ese hombre sea mi marido. Lo único que quiero es ver a mi hijo.

—Lo sé. Pero querrás que se ponga bien, ¿no?

—Claro.

—Entonces intenta ser paciente. Ya sé que es difícil. Pero tienes que intentarlo. Además, tienes un poco de fiebre. Dentro de un ratito vengo a ponerte el termómetro otra vez.

—¡No te vayas!

La enfermera se acercó a la cama.

—¿Qué es lo que te asusta?

Diana se tapó la cara con las manos.

—No lo sé. Todo.

—Ya lo sé. Si yo no me pudiera acordar de mi pasado, estaría asustada también. Pero esto es algo temporal. Te acuerdas de que tenías el niño en brazos cuando te caíste. Eso significa que tienes algunos recuerdos. Sé un poco paciente.

Levantó la cara llena de lágrimas.

—Tienes razón. Incluso me acuerdo de que se llama Tyler.

—Así es. Y pronto empezarás a recordar más cosas.

—¡Pero solo recuerdo eso! No me acuerdo de nada más. No puedo soportar la cara de dolor que ese señor Rawlins pone cuando me ve.

—Es normal. Se preocupa por tu salud. Esta mañana, antes de que te fueras a trabajar, todo era normal entre tú y él, y de repente lo llaman y le cuentan que acabas de tener un accidente.

—¿En qué trabajaba yo? — le preguntó a la enfermera, medio asustada, porque no lograba acordarse de nada— . ¿Cómo podía ir a trabajar cuando acababa de tener un hijo?

—Eso es lo que me han dicho — la informó Jane— . Pero ya te lo explicará tu marido. Dentro de poco vendrá. Es evidente que te quiere mucho, porque no ha abandonado el hospital en ningún momento.

—Yo no le he pedido que me cuide.

—Es posible que no, pero si te pones en su lugar, entenderás que está tan asustado como tú.

—¿Por qué puede estar asustado? Él me conoce.

—Tienes razón, pero está casado con una mujer que no lo conoce a él. Lo tratas como si fuera un extraño porque no te acuerdas. ¿Cómo te encontrarías tú si la situación fuera al contrario?

Diana se mordió el labio y volvió la cabeza hacia la pared. Sintió un dolor en la parte de atrás, donde se había dado el golpe. No quería que Jane le dijera que Cal Rawlins también estaba sufriendo.

—Si quieres estar acompañada le diré a alguna de las auxiliares que venga a hablar contigo, o a leerte lo que quieras.

—No, creo que prefiero estar sola por ahora.

—Voy a ver a un par de pacientes y enseguida vuelvo.

—Gracias — trató de no llorar— . Siento mucho estar

comportándome de esta manera.

—El hecho de que te estés disculpando quiere decir que eres una mujer buena de corazón y sensible. Y las personas cariñosas no hacen daño a nadie intencionadamente.

Cuando la enfermera cerró la puerta, Diana se tocó la tripa. Estaba lisa y suave como la seda. No había señales de que le hubieran hecho una cesárea.

De pronto se le pasó por la cabeza que a lo mejor ella no había dado a luz a aquel niño.

¿Lo habría adoptado?

Nadie le había dicho nada. ¿Qué estaba ocurriendo?

Por primera vez desde que había llegado al hospital sintió deseos inmensos de hablar con ese señor Rawlins. Parecía que era la única persona capaz de darle las respuestas que ella necesitaba.

El problema era que no sabía si se podía fiar de alguien a quien no conocía.

Cal acababa de entrar en su casa por ropa para Diana, cuando el teléfono móvil soñó. Lo sacó del bolsillo y se lo puso en el oído.

—¿Román?

—Te dije que te iba a llamar cuando descubriera algo.

—Bien, cuéntame.

—He encontrado una nota en uno de los bolsillos del vestido que llevaba puesto Diana cuando ingresó en el hospital. La nota dice:

Estimada Diana,

Mi novio y yo lo hemos hablado y hemos decidido dar el niño porque nosotros no podemos cuidar de él. Un amigo me ha contado que deseas tener hijos y que tu marido y tú sois personas muy buenas y que seríais los padres perfectos. Me dijo que incluso ya habíais preparado una habitación para el niño que no pudiste tener. Por eso te lo doy a ti y a nadie más. Por favor, cuida de él y ámalo. Ojalá yo pudiera, pero no puedo. Te pediré un solo favor más, llévalo a la iglesia cuando empiece a tener uso de razón. Muchas gracias. Cuando sea mayor dile que sus padres siempre intentaron quererlo y cuidarlo.

La franqueza de la carta de aquella madre arrasaron los ojos de Cal. Quería a su bebé. Había que tener mucho valor y coraje para hacer lo que ella había hecho. Aquella nota debía haber roto el corazón de Diana.

—Es increíble, Román.

—Sin duda. En cuanto Diana vio el estado en el que estaba el niño se fue corriendo al hospital.

—Si Diana leyera esa nota, a lo mejor podría empezar a recordar.

—Puede. Pero antes de entregártela tendré que llamar a la policía y comunicárselo. Esa nota os exime a Diana y a ti de cualquier acto ilegal.

Román y Cal sin haber hablado de ello pensaban lo mismo. Los dos sabían que ante las autoridades y a pesar del accidente que había sufrido, Diana podría haber sido sospechosa de haber conseguido por medios ilegales al bebé.

Un poco más aliviado por aquella información que esclarecía un poco el misterio, Cal decidió concentrarse en Diana.

—Iré al hospital a contarles todo esto. — Muy bien. Yo lo que voy a hacer es tratar de localizar a la madre del niño. No estoy muy convencido de que su novio sepa lo que ha hecho. La madre tiene que conocer a alguien de la agencia. De otra manera no sabría los deseos de Diana de tener un hijo. La chica parece que es muy joven. Seguro que ni siquiera fue al hospital a dar a luz, pero por si acaso llamaré a todos los hospitales. Me gustaría encontrarla. Hay ayudas para las madres sin recursos.

—¿Y si no aparece?

—En ese caso el bebé tendrá que ir a un centro de acogida y esperar a que alguien lo adopte.

—¿Y si…?

—Sé lo que vas a decir, Cal. Es mejor hacer bien las cosas. Hay veces que las madres se arrepienten de sus decisiones y vuelven por sus hijos. Y en este caso, la madre sabe dónde ir. Y lo último que quieren unos padres adoptivos es que aparezca la madre natural del bebé en su puerta. Pero estamos adelantando acontecimientos. Lo único que te puedo decir es que no te puedo garantizar nada.

—Ya lo sé. Pero si alguien puede hacer lo imposible, ese alguien eres tú, Román. Te agradezco lo que estás haciendo.

—No me lo agradezcas. Ahora vete a ver a Diana. Te llamaré más tarde.

—Hasta luego.

Minutos más tarde Cal llegaba al hospital con alguna ropa para

Diana y otros efectos personales, como una foto del día en que se casaron. Con la esperanza de evocar en ella algún recuerdo, también había llevado la novela que estaba leyendo.

Mientras iba para el hospital, Cal llamó a su secretaria, la señora West. Después de informarla de lo que le había ocurrido a Diana, le dijo que no iba a ir a trabajar en unos días, que se encargara ella de todo y que lo llamara al móvil si tenía algún problema.

Cuando llegó al hospital, aparcó el coche y entró, rezando para que Diana hubiera empezado a recordar algo más.

Su primer impulso fue entrar en la habitación sin llamar. Pero el médico le había dicho que era mejor tratarla como a una hermana. Llamó a la puerta.

—¿Sí?

—¿Diana? Soy Cal. ¿Puedo entrar?

—Un momento, por favor.

La Diana que él conocía no lo habría hecho esperar. La Diana de hacía tan solo seis horas lo habría recibido con los brazos abiertos, estuviera como estuviera.

Apretó los dientes al darse cuenta de que no había ocurrido el milagro que había esperado que ocurriera.

—Tranquila, puedo esperar.

Transcurrió lo que para él fue una eternidad antes de decirle que entrara.

—Entra ya.

Cal entró en la habitación y cerró la puerta. Se sentía como si fuera un intruso.

Era su esposa y ni siquiera se atrevía a tocarla, ni a abrazarla.

No podía creerse que aquello le estuviera ocurriendo a él. Su mujer estaba en la cama, con las sábanas hasta la barbilla, con cara de asustada, nerviosa.

—Te he traído algo de ropa y un libro.

Le dio las gracias de tal manera que le hizo subir la adrenalina. Al ver que ella no extendía los brazos, le dejó las cosas en la mesilla de noche.

Intentando canalizar toda su energía negativa, se entretuvo colocando la ropa en el armario.

—¿Qué tal estás? — le preguntó, colocando una silla al lado de la cama.

—No me acuerdo de nada, si es lo que quieres saber — le dijo con la cabeza bajada. Ni siquiera lo miró a los ojos— . Siento mucho si eso te duele.

Su franqueza le llegó al corazón. Diana siempre había sido una persona muy directa, pero siempre decía las cosas de forma gentil. El médico le había dicho que la tratara como si fuera una hermana, pero él no había tenido hermanos y no sabía bien cómo actuar en aquellos casos.

—Te mentiría si te dijera que solo estaba preguntándote por tu estado físico. La verdad es que estoy bastante confuso con todo lo que está ocurriendo. Es una situación un tanto extraña. La verdad es que no sé cómo vamos a salir de esta pesadilla. Porque me doy cuenta de que yo te doy miedo.

Aquellas palabras la hicieron levantar la cabeza. Lo miró.

—Estoy asustada, pero no porque seas una persona que me dé miedo, sino porque no siento nada por ti. Eso es lo que me asusta.

—De eso ya me he dado cuenta, pero solo te pido que me des algo de tiempo para acostumbrarme.

—Claro — le respondió ella— . De lo único que me acuerdo es del bebé. Es evidente que yo no soy la madre natural.

—¿Quién te lo ha dicho? — le preguntó sorprendido.

—¿Quién me tiene que decir algo que es tan evidente? Oí que el médico decía que el niño solo tenía cuatro días. Y yo no tengo el cuerpo de acabar de dar a luz. Lo cual quiere decir que lo hemos adoptado. ¿Es que no podíamos tener hijos? ¿Acaso eras tú estéril?

Incapaz de permanecer sentado por más tiempo, se levantó y se fue a mirar por la ventana desde donde se veían las montañas que rodeaban la ciudad.

—¿Por qué no me respondes? ¿Es porque yo no podía concebir y tienes miedo de decírmelo ahora? No sabía qué responderle. —Dado que no sé cómo era antes, yo creo que es justo que me lo digas.

No quería recordarle que ella era la que no había querido discutir la posibilidad de adoptar un hijo.

—Pensé que ibas a ser franco conmigo.

—Y eso es lo que quiero — le respondió él.

—¿Por qué dudas entonces? Se frotó la nuca antes de darse la vuelta y mirarla.

—Porque no quiero que te alteres. Y eso es lo que puede pasar si te lo cuento. Preferiría esperar a que recuperaras la memoria y eso ahorraría todas las explicaciones.

—Pero no sabemos cuándo voy a empezar a recordar. Si es que alguna vez recupero la memoria.

—¡No digas eso! — sus palabras estaban cargadas de angustia.

—Es que es posible. Hay personas que pierden la memoria y no la recuperan nunca.

Era increíble, podía acordarse de lo que era la vida, pero no de su propia vida. Aquello no tenía el menor sentido.

—El doctor Harkness dice que volverás a recuperar la memoria.

—Es posible. Pero no puedo vivir de esta manera. Prefiero morirme.

—No digas eso jamás, Diana. Ni siquiera en broma.

—No puedes imaginarte lo que yo siento.

Cal tragó saliva.

—Tienes razón. No puedo.

—Gracias por decir eso — le dijo con voz temblorosa.

Quería estrecharla entre sus brazos, para ver si así se acordaba de algo. Pero no podía. Nunca antes en su ida se había sentido tan inútil.

—Si es que de verdad me quieres, dime toda la verdad.

—Está bien — puso las manos en el respaldo de la silla— . El bebé que está en la incubadora no es nuestro.

—¿Qué? ¡Claro que es nuestro hijo! ¡Se llama Tyler!

—No, Diana. Me has dicho que quieres que te diga la verdad, pero no quieres oírme.

Se hizo un silencio tenso.

—Lo siento. Continúa, por favor.

—No sé si debo. ¿Por qué no esperamos a que venga el médico?

Ella movió en sentido negativo la cabeza.

—Dime la verdad. Quiero oírla. Te prometo que no te volveré a interrumpir.

—Sabemos que encontraste al bebé esta mañana. Estaba metido en una caja. Había una nota. La madre que lo dejó sabía que tú lo ibas a encontrar. Cuando viste que el niño tenía ictericia, viniste de inmediato al hospital. Cuando estabas entrando al hospital resbalaste y te diste un golpe en la cabeza. Unos enfermeros te vieron

y te llevaron a urgencias. Al ver que no recordabas nada, miraron en tu bolso y encontraron tu identificación. Por eso me llamaron.

Sus preciosos ojos verdes se arrasaron de lágrimas.

—Tyler no es hijo mío — murmuró ella.

—No. Lo llamaste Tyler porque es el nombre de tu abuelo. Era el nombre que habías elegido para nuestro hijo que hace cuatro meses no pudiste dar a luz.

—¿Tuve un aborto?

Cal asintió.

—Tuviste tres. El último llevabas cuatro meses embarazada — le respondió.

—¡No! — exclamó ella con gesto de dolor.

—Me dijiste que te contara la verdad. No me gusta verte sufrir.

Empezó a llorar. Las lágrimas se deslizaron por sus pálidas mejillas. Su desesperación era difícil de soportar.

—Cari…

—¡No me llames eso! — lo interrumpió— . Por el amor de Dios. Vete y déjame sola.

Con el corazón destrozado, Cal salió de la habitación. La enfermera que había atendido a Diana se acercaba por el pasillo.

—¿Qué le ocurre, señor Rawlins? No tiene buena cara.

Cal emitió una especie de gruñido por respuesta. Se pasó una mano temblorosa por el pelo. Se aclaró la garganta.

—Diana ya había descubierto por sí misma que era imposible que el bebé fuera suyo. Me pidió que le dijera la verdad. Ahora está desconsolada por culpa mía. Mi esposa necesita que alguien la ayude.

La enfermera lo miró con compasión.

—Sé lo difícil que todo esto es para usted. Mientras yo llamo al doctor Harkness, ¿por qué no se sienta un poco en la sala de espera? Iré a verlo en cuanto hable con él.

Cal asintió.

Sintiéndose como una víctima de un bombardeo, se dirigió hacia la sala de espera, tratando de imaginarse todo lo que le había pasado a su mujer desde que se había marchado de casa aquella mañana.

—¿Cal?

Al oír una voz conocida, volvió la cabeza y vio a Annabelle, una

de sus mejores amigas, que también trabajaba en la agencia de Román.

—Román me ha contado lo que ha ocurrido. He venido en cuanto me he enterado.

Cal la abrazó. Lo que más necesitaba en aquellos momentos era que alguien le diera su apoyo emocional.

—Diana no solo no me reconoce, Annie, sino que me desprecia. ¿Y si nunca vuelve a recuperar su memoria? ¿Y si la he perdido para siempre?

—No pienses eso — lo calmó— . Román me ha contado que el médico ha dicho que es algo temporal.

Cal hizo un gesto de dolor.

—¿Y si se ha confundido? No sé por qué, pero tengo la mala sensación de que nunca más se va a acodar de mí, ni de nuestro matrimonio.

Annabelle apretó los brazos en torno a su cuerpo.

—Te estás torturando. Lo que tienes que hacer es tranquilizarte. Y si lo que dices llega a ocurrir, seguro que encuentras la manera de que se enamore otra vez de ti.

Sus palabras le llegaron al alma.

—Si hubieras oído el tono con el que me ha dicho que me fuera de la habitación, no me estarías diciendo eso ahora mismo.

Annabelle lo soltó y levantó la cabeza. Lo miró a los ojos.

—Es muy pronto para empezar a hacer suposiciones, Cal. Espera unos días. Acaba de darse un golpe en la cabeza. No es ella. No te tomes en serio lo que diga o lo que haga.

—¿Cómo no me lo voy a tomar en serio? El médico ha dicho que si no hay complicaciones mañana le va a dar el alta. ¿Y si no se quiere venir conmigo? — Eso nadie lo puede decir todavía. Espera a ver qué dice el médico cuando la examine de nuevo. Y tú te vienes esta noche a casa con nosotros. Rand me ha dicho que es una orden.

—Gracias, Annie. Te lo agradezco, pero no me voy a ir a ningún sitio. Me voy a quedar aquí, en caso de que se acuerde de algo y quiera verme.

—Entonces, nosotros nos quedaremos también contigo.

—No os puedo pedir eso.

—No nos lo has pedido. Te lo estoy ofreciendo. No lo olvides. También nosotros queremos a Diana. Espera aquí, que voy a ir a

saludarla. A lo mejor no quiere hablar conmigo, pero a lo mejor sí. Ya que sabe la verdad sobre el bebé, no tengo que guardar ningún secreto. Creo que es importante que sepa que tiene amigos, aunque no se acuerde de nosotros.

—Gracias, Annie — le susurró.

—No tienes por qué dármelas. Siéntate y tómate algo — metió unas monedas en la máquina de refrescos y le dio uno— . Seguro que ni has desayunado.

—No.

—Rand vendrá en unos minutos. Le diré que nos traiga algo de comer.

Al igual que Román, Annabelle trató de calmarlo. Se sentó y se puso a rezar para que Annabelle accionara algún mecanismo en Diana que la hiciera recordar su pasado. Pero en lo más recóndito de su alma seguía temiendo que el estado en que se encontraba fuera irreversible.

Capítulo 3

—¿DIANA? Soy Annabelle Dunbarton. Ya sé que no te acuerdas de mí, pero antes de que tuvieras el accidente éramos muy buenas amigas. ¿Puedo entrar?

Diana estaba boca abajo, su cara escondida en la almohada, donde había estado llorando. Al oír aquella voz de una desconocida se sintió más aliviada de que no fuera la de Cal Rawlins. La enfermera le había asegurado que no iba a entrar a verla otra vez hasta que no fuera el médico a examinarla.

Estaba deseando que llegara el doctor Harkness. Le daba igual que el bebé no fuera suyo. Quería ir a verlo cuanto antes. Pero le tenía que dar permiso el médico.

Poco a poco fue levantando la cabeza y miró a aquella mujer de corta estatura, curvas deliciosas, muy guapa, que estaba en la puerta de la habitación.

Decía ser una de sus mejores amigas, pero no se acordaba de ella.

—Sí, entra.

Se secó los ojos con la sábana y se sentó, mientras la otra mujer se acercaba a ella.

—Acabo de ver a Cal.

—Prefiero no verlo ahora.

—Ya me lo ha dicho. No te preocupes. No ha sido él quién me ha enviado aquí. Y no va a hacer lo que tú no quieras que haga. Te quiere mucho y no quiere que te pongas tensa.

—Ya sé que está sufriendo, pero es que no siento nada por él. Ya sé que es muy duro, pero esa es la realidad.

—Está intentando acostumbrase a la idea. Y veo que yo tampoco significo mucho para ti. Pero hay mucha gente que te quiere. Tú y

yo éramos colegas y nos contábamos muchas cosas. Solo quiero que sepas que si tienes algo que preguntarme estaré dispuesta a decirte lo que quieras.

—Te dejaré mi tarjeta. Ahí tienes el número de mi móvil. Llámame cuando quieras, tanto por el día como por la noche.

Diana tomó la tarjeta y la miró.

Annabelle Dunbarton, Detective Privada LFK Associates International 1406 Foothill Parkway Salí Lake City, Utah

Diana parpadeó y miró a Annabelle.

—¿Tú y yo éramos colegas?

—Sí.

—¿Entonces yo también soy detective?

—No. Tú eres la persona que logra que nuestro trabajo salga adelante. Román Lufka es el jefe. Tú eres su secretaria y su mano derecha. Eres la persona que filtra todas las llamadas entrantes. Román confía plenamente en tu instinto para decidir qué casos aceptar.

¿Su instinto?

—Hay doce investigadores pero tú y yo somos las únicas mujeres en la oficina. Según Román, la agencia se vendría abajo sin nosotras — le dijo sonriendo— . Y Román quiere que vuelvas cuanto antes. Por cierto, es un hombre muy guapo, que está casado con Brittany, que es también amiga nuestra. Tienen un hijo, Yuri. Lo llamaron así por el hermano de Román. Tanto tú como yo mimamos mucho a Yuri, porque las dos deseamos con todas nuestras fuerzas tener un hijo.

Diana se agarró a la sábana.

—Cal me ha contado que tuve tres abortos.

—Sí, es cierto. Pero por lo menos has podido concebir y tu médico te ha dicho que la próxima vez que te quedes embarazada te va a coser para que mantengas el hijo nueve meses. Cal es un hombre muy guapo también, así que no creo que tengas problemas en ese sentido.

Solo de pensar en un acto íntimo con el hombre que decía ser su marido, se le ponía la carne de gallina. En parte por miedo y en parte por una emoción que no sabía cómo definir.

—Yo sin embargo no he podido concebir todavía. Aunque tampoco llevo mucho tiempo casada, no desisto. Cuando veas a mi marido, Rand, entenderás la razón. Es un hombre también muy guapo. Cada vez que me besa creo que mis pies se levantan del suelo.

Diana se sintió un poco más relajada. Se puso de lado y apoyó la parte de su cabeza que no estaba herida en la almohada, disfrutando de la personalidad tan locuaz de Annabelle.

—Se te están cerrando los ojos. Eso quiere decir que ya estás agotada. Descansa, Diana. Y llámame cuando me necesites.

—Gracias, Annabelle. No sé por qué pero me ha entrado el sueño de pronto.

—No me sorprende. Son casi las cuatro de la tarde. Es la hora de la siesta. Lo que más me asombra de ti es que siempre estás guapísima, sea la hora que sea del día. No es justo. Pareces una princesa de cabellos dorados. ¿Sabes una cosa? Siempre he querido tener un pelo como el tuyo. Cal dice que la primera vez que te vio casi se queda sin respiración. Al parecer tú sentiste lo mismo por él. Los dos os queréis mucho. Aunque ahora te resulte un desconocido, no le cierres tu corazón. Sería el error más grande de tu vida. Cal es uno entre un millón.

Primero había sido la enfermera y ahora era aquella mujer quien loaba las excelencias de Cal Rawlins.

Después de darle un beso en la frente, Annabelle salió de la habitación. Cuando se fue sintió un silencio extraño. Era una mujer que emanaba vida y vitalidad. Le habría gustado que no se hubiera ido.

Pero el comentario que había hecho sobre Cal Rawlins le había estremecido de nuevo el cuerpo. Prefería no pensar en él en aquel momento. No quería recordar la agonía que sentía al ver aquellos ojos marrones cuando le había dicho que se fuera y que la dejara sola.

—¿Señora Rawlins? Su marido estaba preocupado por usted y le ha pedido a la enfermera que me avisara.

Al oír la voz del médico, Diana abrió los ojos. Se habría incorporado, pero el doctor Harkness le dijo que siguiera tumbada.

—Me alegro de que haya venido — empezó a decirle mientras él se sentaba en el borde de la cama y le tomaba el pulso. Por fin

podría hablarle del niño. Le puso la mano en la frente. — Su marido me ha dicho que ya sabe la verdad sobre el bebé abandonado y que fue usted la que lo trajo a que lo examináramos. Teme que esa información pueda impedir su recuperación. Puede que no lo sepa, pero está culpabilizándose de lo que le pueda pasar a usted.

—Pues entonces está sufriendo sin necesidad, porque no es culpa suya, doctor. Yo lo obligué a que me lo contara. La razón por la que pedí que lo llamaran era porque quería que me dejara visitar al bebé. Ya sé que no es mío, pero como todavía no han encontrado a su madre natural, necesita que alguien le dé cariño. Déjeme que lo vea, por favor.

Vio que el médico la miraba con gesto grave de preocupación.

—El bebé está bajo la jurisdicción de la justicia. En cuando esté sano se le buscarán unos padres que cuiden de él. Y usted no está en condiciones de cuidar en estos momentos de un bebé. Hace menos de doce horas recibió un fuerte golpe en la cabeza y ha perdido temporalmente la memoria. Tiene fiebre. Y como médico que la está atendiendo, mi consejo es que se quede en la cama y descanse. Ya he hablado con el doctor Beal un psiquiatra, para que hable con usted y con su marido mañana por la mañana.

—Yo no quiero ver a ningún psiquiatra — respondió Diana.

—Hay momentos en la vida de una persona que necesita los consejos de un profesional. Y considero que este es un momento crucial para usted y para su marido. Los dos necesitan ayuda. El doctor Beal es un experto que puede ayudarlos a superar estos momentos tan traumáticos. Si lo considera necesario, le pondrá medicación. Pero es mejor esperar hasta mañana, para ver si aparecen más síntomas. Por eso la dejo esta noche en el hospital. Mañana hablaremos.

—¿Y si no quiero irme a casa con el señor Rawlins?

El médico se levantó de la cama y tomó su mano.

—¿Lo ve? Necesita la ayuda de un profesional para que le cuente sus miedos. El doctor Beal es esa persona. Ahora a descansar, señora Rawlins.

Cal había estado escuchando la conversación por la rendija de la puerta. El temor que él había tenido a que ella no quisiera irse a casa con él se acababa de materializar. No sabía qué hacer.

Se fue otra vez a la sala de espera y se lo contó a Annabelle,

quien dijo que lo iba a ayudar en lo que pudiera.

Los dos esperaron a que el médico llegara para hablar con él. En cuanto el médico les contó su conversación con Diana, Cal se aseguró de que a su mujer le dieran permiso para caminar por la habitación y diera un paseo si alguien la acompañaba. Eso era todo lo que quería, antes de poner su plan en acción.

Mientras Annabelle esperó a que Rand le llevara la cena, Cal se fue a la habitación de Diana. Oyó sus sollozos mucho antes de abrir la puerta.

En esa ocasión, entró sin pedir permiso. No estaba dispuesto a tratarla como si fuera su hermana, después de haberle contado la verdad sobre el bebé. A partir de ese momento, su único objetivo era sobrevivir.

—¿Diana? Dentro de un momento te van a traer la cena. Si comes algo, traeré una silla de ruedas y te llevaré a ver al bebé.

Al principio pensó que no le había oído, pero poco a poco escuchó cómo se tranquilizaba, levantaba la cabeza y lo miraba.

—¿Lo sabe el doctor Harkness?

—No.

—Pues te puedes meter en un lío si desobedeces sus órdenes.

—Si eso te hace feliz, a mí me da igual.

Se quedó mirándolo como si lo acabara de ver por vez primera. Por lo menos en aquella ocasión no tuvo la sensación de que su presencia le repelía. Era un buen comienzo.

—Prometo comerme todo lo que me traigan.

—¿Quieres que alguien te acompañe a cenar? — le preguntó.

—¿Alguien?

—Annabelle está en la sala de espera, esperando a que venga Rand. Va a traer cena para los tres. Podemos cenar juntos, si quieres.

—Claro. Es una mujer encantadora.

—Sí lo es. ¿Quieres refrescarte un poco antes de que vengan?

—¿Tan mal estoy? No me lo digas. Me lo puedo imaginar.

No se lo podía imaginar. Porque su belleza no desaparecía, aunque hubiera perdido la memoria.

—No, yo lo decía por si querías entretenerte en algo mientras venían. Las horas se te deben estar haciendo larguísimas.

—Así es — le respondió— . Gracias por ser tan cariñoso. Voy a

ir a cepillarme un poco el pelo.

Cal sacó la bolsa de aseo de uno de los cajones y se la puso en la cama.

—Enseguida vengo.

Feliz por aquellos logros, dejó a Diana sola. Cuando llegó a la sala de espera, encontró a Rand sentado en una silla de ruedas que Annabelle había robado de una de las habitaciones vacías. Se levantó en cuanto vio a Cal. Después le dio un abrazo.

—Ya sé lo que estás pasando, pero cuenta con nosotros.

Cal los miró a los dos.

—Ya lo habéis hecho. Parece que a Diana le ha encantado Annie y quiere que cenemos juntos, antes de que la lleve a ver al bebé.

—Entonces parece que tu idea ha funcionado.

Cal asintió.

—Por el momento sí. Parece que el bebé es la llave para conquistarla de nuevo. Haré lo que sea necesario para que se venga a casa otra vez.

—Acabo de contárselo a Román — le dijo Annabelle— . Se le ha ocurrido una idea que te va a contar más tarde. Iba a venir Gerard, pero Román le ha encargado que investigue quién es la madre del bebé. Si él no la puede encontrar, no la va a poder encontrar nadie.

Aparte de Román, Gerard era el mejor investigador de la agencia.

—¿Qué haría yo si no tuviera amigos como vosotros? — le agradeció Cal.

Annabelle se agarró de su brazo.

—Te lo mereces. Anda, vamos a ver a Diana — volvió la cabeza y miró a su marido— . Venga, trae la comida.

Rand sonrió y los siguió.

Los tres entraron en la habitación. Cal se sintió un poco más tranquilo que las veces que había entrado a verla él solo. Sin embargo, temía que en cualquier momento lo rechazara. Por esa razón dejó que Annabelle llevara la conversación.

Fue una sorpresa agradable ver a su mujer leyendo la revista de detectives que él le había llevado con el correo. Se había cepillado el pelo y se había pintado los labios.

—Seguro que Román se pondría muy contento si se enterase de que estás poniéndote al día, antes de volver al trabajo — Annabelle

logró de nuevo que Diana sonriera— . ¿Diana? Este es Rand, mi marido.

Diana puso la revista en la mesilla de noche y saludó a Rand muy educadamente. No pareció reconocerlo.

Una auxiliar de clínica llevó una bandeja que puso en la cama para que Diana pudiera comer. Mientras Annabelle la ayudaba a colocarse, Cal y Rand sacaron la comida de las bolsas. En cuestión de minutos todos estaban comiendo hamburguesas y patatas fritas, a excepción de Diana, por supuesto.

—Mmm… huevos a la goldenrod. No sabía que había un nuevo jefe de cocina en el hospital — comentó Rand— . De haberlo sabido habría pedido que nos hicieran también a nosotros lo mismo.

Diana sonrió de nuevo. Cal se preguntó si en algún momento él también podría evocar la misma respuesta en su esposa.

—El médico me ha dicho que tengo que llevar dieta blanda durante unos días.

Diana se comió todo lo que le habían puesto y se bebió también el té. Parecía que estaba ansiosa por ir cuanto antes a ver al bebé.

Parecía que se le habían pasado las náuseas que había sentido cuando la vio por primera vez. Porque de lo contrario no se habría podido comer toda aquella comida. Físicamente, había mejorado mucho desde por la mañana.

Pero mentalmente…

¿Cómo podía ser que los boxeadores pudieran recuperarse tan rápidamente, con tantos golpes que recibían en la cabeza, y su mujer con tan solo una caída se le hubiera borrado todo su pasado?

No pudo terminarse la comida. Todo aquello era demasiado doloroso para él.

Mientras Annabelle entretenía a Diana, enseñándole las fotos de la boda en el álbum que había llevado al hospital, Rand empezó a recoger la mesa. Miró a Cal con cara de compasión y le apretó el hombro.

—Tu marido me ha dicho que te va a llevar a ver al bebé. ¿Te importa que te acompañemos hasta el ascensor?

—Claro que no.

—¿Quieres que te ayudemos a sentarte en la silla de ruedas?

—No, creo que podré yo sola.

—Entonces, esperaremos en el pasillo.

Los tres salieron de la habitación y la dejaron sola. Diana parecía tan frágil, que Cal no quiso quedarse por si aquello le creaba tensión.

No habían hecho más que salir al pasillo, cuando vio que intentaba abrir la puerta. Cal la ayudó a abrirla. Cuando salió por la puerta en la silla de ruedas, Diana le dio las gracias sin mirarlo a los ojos.

Se había puesto una bata rosa de seda que él le había llevado de casa. En los pies llevaba sus sandalias italianas favoritas.

—¿Diana?

Tuvo que mirarlo. No parecía que lo hiciera con muchas ganas, pero como él era el medio para poder ver al bebé, no tuvo otra opción más que cooperar.

—¿Sí?

—Te voy a llevar al ascensor. Si alguien pregunta algo, déjame que yo sea el que hable. ¿Vale?

—Sí.

—Muy bien, vamos.

Los cuatro se echaron a andar por el pasillo y se dirigieron hacia el ascensor. Pasaron por el puesto de enfermeras. Un par de enfermeras sonrieron y se alegraron al saber que Diana se había comido todo lo que le habían llevado.

Ella les devolvió la sonrisa, pero Cal vio que tenía las manos apretadas en su regazo.

Hasta el momento, todo estaba saliendo bien.

Rand y Annabelle mantuvieron una conversación animada con ella. Parecía como si Diana se acordara de ellos.

Por suerte no había nadie en el ascensor. Cal metió la silla dentro.

Cuando las puertas se cerraron, Annabelle dio unos golpecitos en el hombro de Diana.

—Iremos arriba contigo y después nos vamos a casa.

La sección de bebés estaba en la sexta planta. Cuando el ascensor se detuvo y se abrieron las puertas, había gente esperando para subirse. Dejaron paso a Cal con la silla de ruedas.

—No te olvides, Diana — le dijo Annabelle desde el ascensor— , tienes mi número de teléfono. Llámame cuando quieras.

—De acuerdo. Gracias.

Los dos sonrieron mientras se cerraban las puertas, pero Cal vio que Rand lo miraba indicándole que hablarían más tarde.

—Estoy deseando ver al bebé. ¿Dónde está?

Por primera vez aquella actitud le recordaba a Diana. Cal nunca se hubiera imaginado que podría sentir celos de un niño, pero en las últimas doce horas había descubierto muchas cosas sobre sí mismo y ninguna de ellas demasiado positivas.

—La sala debe estar al final del pasillo — sin perder ni un minutos, empujó la silla hasta que llegaron a la zona donde estaba la enfermera jefe.

—¿En qué puedo ayudarlos?

—Mi esposa ha sido ingresada esta mañana porque se golpeó en la cabeza cuando traía un bebé en brazos. Creo que lo tienen en la incubadora y nos gustaría verlo, aunque sólo fuera unos minutos.

—Por mí no hay inconveniente, síganme.

Diana lo miró con cara de agradecimiento. Aquella mirada lo llenó de regocijo.

Pasaron a través de puertas hasta llegar a la sala donde estaban las incubadoras, todas con algún niño dentro. En algunos casos los padres estaban atendiéndolos.

—Aquí está, con un poco de ictericia, pero sano por lo demás. No parece que le guste mucho la luz.

—¡Oh! — exclamó Diana nada más verlo. Cal no pudo impedir que se levantara de la silla y se apoyara en el cristal transparente de la incubadora. — Qué cosita tan pequeña. ¿Puedo tenerlo en brazos?

—Lo siento, pero con los niveles de bilirrubina que tiene lo más aconsejable es que se quede ahí. Pero lo que puedo hacer es darle unos guantes y una bata y dejarle que le dé el biberón. Porque ya le toca la próxima toma.

—Me encantaría.

Diana estaba temblando de la ilusión.

—¡Qué guapo es! ¿Cómo lo ha podido abandonar su madre?

Cal sabía la verdad, pero no quería decírsela. Todavía no. Se aclaró la garganta y le respondió:

—Parece que no ha tenido otra opción.

—¿Y por qué piensas que lo llevó a mi trabajo?

—Porque pensaría que así lo ibas a encontrar — hasta ese

momento no le había mentido, aunque no era toda la verdad.

No sabía cómo podía reaccionar cuando descubriera que la madre se lo había dejado a ella precisamente.

Cal había retirado la silla y se quedó junto a ella, por si se mareaba y se caía. Por temor a sus propios instintos y acercarse demasiado y que ella lo rechazara, se puso a mirar para otro sitio. En ese momento fue cuando vio al niño que se movía bajo las luces.

Era moreno y tenía unas facciones perfectas. Estaba haciendo pucheros, como si estuviera a punto de llorar, pero debía estar dormido, porque no emitía sonido alguno. Era un niño fuerte y bien formado.

Cal no tuvo más remedio que admitir que era un niño precioso. Más fuerte de lo que él hubiera esperado de un hijo entre los dos.

Porque el último aborto lo había destrozado. Pero ella lo había pasado peor y él se dedicó a consolarla, dejando a un lado sus propias emociones. Al mirar a aquel bebé, volvió a revivir el dolor que había sentido. Tuvo que hacer un inmenso esfuerzo para no echarse a llorar.

—Si no encuentran a la madre, quiero quedármelo. Casi no puedo creerme que no sea mío.

—Diana…

—Lo digo en serio — lo interrumpió— . Espero que la policía no la pueda encontrar. A lo mejor Dios me castiga por hablar así, pero me da igual. Me dijiste que me lo encontré, así que es mío.

Tuvo que respirar hondo para controlar sus emociones. No era el momento de razonar con ella. Era mejor esperar a la mañana siguiente, a que estuviera el psiquiatra, para poder afrontar aquel asunto con la tranquilidad que se tenía que afrontar.

Diana estaba decidida a quedarse con aquel bebé. Cal temía que cuando le dijeran que era posible que los jueces no le concedieran la tutela de aquel niño, necesitara medicación para superar el dolor.

Quizá fuera lo mejor. Quizá cuando sus emociones estuvieran un poco más estabilizadas, podría convencerla de que si volvían a ser marido y mujer se podía quedar embarazada de nuevo. Y entonces el médico la intervendría para que llevara el embarazo a término.

El único problema en todo aquello era que ella no soportaba su presencia y menos que la tocara.

—Bueno, ya está — la enfermera la ayudó a ponerse la bata— .

Y ahora los guantes. Yo me pongo en el otro lado. En cuando le ponga el biberón, meta las manos por el otro lado y se lo empieza a dar usted.

Minutos más tarde, la emoción de Diana por darle el biberón al bebé se convirtió en lágrimas de alegría. Le canturreó con el cariño de una madre. El amor le iluminaba el rostro. Cal tuvo la firme convicción de que se había olvidado de su presencia. De repente, empezó a entender el significado de toda aquella situación.

Diana no se daba cuenta de su presencia porque no significaba nada para ella. No lo recordaba y por tanto no pensaba en un futuro con él. Nada. Se podía caer muerto allí mismo, que no le iba a afectar en lo más mínimo.

Debió emitir algún sonido de queja. Él no se dio cuenta. Pero ella lo miró y le dijo:

—Si tienes que irte, por mí no hay problema. Voy a pasar la noche junto al niño.

Apretó los puños. Fue necesario para mantener la calma.

—La enfermera no te va a dejar estar tanto tiempo. Me quedaré hasta que te deje y luego te acompaño hasta la habitación.

Levantó la barbilla en gesto de desafío.

—No hay nadie aquí para consolar al bebé si llora. Seguro que agradece que alguien le eche una mano.

—Podría ser si tú fueras la madre, pero…

—Me siento tan madre de él como si lo hubiera traído al mundo yo — le respondió de forma apasionada— . Yo lo he traído al hospital y me voy a quedar con él. Tiene que saber que su madre no lo va a abandonar.

Cal tenía que pensar con rapidez. Al desobedecer las órdenes del médico había creado una situación que se podía complicar si no mantenía la cabeza fría.

—¿Diana? Si quieres estar con el niño, tendrás que demostrarle al doctor Harkness y al psiquiatra que estás mucho mejor y que puedes razonar. Vamos a tu habitación antes de que la enfermera jefe se empiece a preguntar dónde puedes estar. Si te quedas aquí y se lo dice al doctor Harkness, este dirá al psiquiatra que tu conducta no es normal. Y en ese caso, no creo que te vayan a dejar ver al niño otra vez.

Se produjo un tenso silencio.

Lo miró como si le acabara de abofetear.

Pero él no había tenido la menor intención de ser cruel con ella. Pero Diana estaba enferma.

Al cabo de unos minutos, dejó el biberón a un lado y sacó las manos de la incubadora.

—Buenas noches, cariño — le susurró— . Hasta mañana. Duerme bien. Te quiero.

Se quedó los guantes y la bata. Los dejó en la silla de al lado y se sentó en la silla de ruedas. Sin decir una palabra, dejó que Cal la sacara de la sala de las incubadoras.

A excepción de la enfermera encargada que le agradeció a Diana haber dado el biberón al bebé, no se encontraron con nadie más y no se dirigieron la palabra.

—Dios mío, parece que se siente mucho mejor, porque hace un rato que no la veo, señora Rawlins — le dijo la enfermera jefe de su planta.

—Sí — murmuró Diana.

—¿Se acuerda ya de algo?

—No.

Aquel monosílabo fue como una lanza en el corazón de Cal. Siguió empujando la silla de ruedas hacia la habitación.

—Dentro de poco empezará a recordar. Ya verá.

Fue un comentario para animarla, pero Cal habría preferido que no lo hubiera hecho. No sabía cómo se sentía Diana, porque se negaba a hablar con él de otra cosa que no fuera del bebé. Por el momento, el niño que había en la sexta planta era la única razón de ser de su esposa.

Aquella situación era complicada. Tenía que hablar con Román cuanto antes.

Cuando llegaron a la habitación, habló él primero para evitar que ella le dijera que se marchara.

—Ya sé que no quieres que te ayude, así que me marcho. Si quieres algo de mí, en recepción tienen mi número. Buenas noches.

—Buenas noches. Y gracias por llevarme a ver al bebé.

—De nada. Que descanses. Te he traído la novela que estabas leyendo. Está ahí con el correo que tenías en casa.

Tuvo que hacer un esfuerzo inmenso para marcharse. Una vez fuera se quedó escuchando a ver si ella empezaba a llorar.

Pasaron diez minutos.
No se oyó nada.
No sabía si eso era un buen o mal síntoma.

Capítulo 4

—¿CAL? Era Román. Justo la persona con la que Cal necesitaba hablar.

—¿Ha empezado Diana a recordar algo?

—No. Está completamente en blanco — le respondió— . Iba a llamarte ahora.

—¿Estás solo?

—Sí. Estoy en camino hacia mi casa desde el hospital. Lo que menos le apetece a Diana es que esté con ella.

—A lo mejor eso puede cambiar cuando te cuente lo que te tengo que contar.

Sus manos se agarraron al volante.

—¿Qué me tienes que contar?

—Gerard ha llamado a todas las madres que han dado a luz en los últimos seis días. Todas tienen sus niños. Por tanto la madre ha dado a luz en otro sitio.

—¿Y sabes dónde puede estar?

—No. Si quieres que te dé mi opinión, creo que ha desaparecido para siempre. El dejarle al niño a Diana no fue algo que se le ocurriera de pronto. Es evidente que la conocía. Sabía sus costumbres y dónde trabajaba. Parece que tenía muy pensada su decisión.

—Debe ser muy joven, para ser tan ingenua. De lo contrario sabría que Diana no puede quedarse con un niño abandonado. Y lo irónico de todo esto es que a mi esposa le da igual lo que diga la ley — le dijo Cal— . Está obsesionada con el bebé. Lo único que quiere es ser su madre.

—A lo mejor puede que vea cumplidos sus deseos, aunque sea de forma temporal.

—¿Qué quieres decir?

—Gerard le ha contado el caso a su mujer. Whitney está dispuesta a asesoraros en el proceso de adopción. Esta misma tarde ha estado hablando con el juez Cornu del caso. En cuanto lo han informado de todo y ha sabido que Bayless daba su palabra por Diana, os ha concedido la custodia temporal del bebé. Bajo una condición. Que en una semana a partir de hoy iniciéis la petición de adopción en el estado de Utah. Whitney tiene toda la documentación que tenéis que cumplimentar.

Cal no podía creerse lo que estaba oyendo.

—No sabes lo que eso significa par mí. No te puedes…

—Sí me lo imagino — lo interrumpió Román — . Annabelle y Rand han venido a verme. Me han contado que Diana no se comporta como ella misma. Todos sabemos que por el momento el bebé es la única vía que tienes de acceso a ella.

—Es lo único que puede hacerla no perder la cabeza, Román. No sé cómo agradecerte todo esto…

—No me lo tienes que agradecer. Es la mejor secretaria que tengo.

Qué verdad era. Diana era una persona especial, que se hacía querer por todo el mundo.

—Parece que has tenido que mover unos cuantos hilos.

—¿Por qué no? No poseería un terreno en Foothill Parkway si tú no hubieras intervenido. Con ello no solo conseguí el sitio donde quería vivir, sino un amigo para toda la vida. Además de que me llevo bien con Bayless. Cuando le expliqué la situación y le enseñé la nota que encontró, me dijo que no me preocupara, que él se ocuparía de todo.

—Eres increíble.

—Solo me encargo de hacer mi trabajo. El resto te lo dejo a ti.

Cal sintió un escalofrío en la espalda.

—Eso es lo que más me asusta. Diana no me quiere en su vida.

—El bebé te va a conceder el tiempo suficiente para volver a ganar su corazón. Estaba enamorada de ti antes del accidente. Y volverá a enamorarse de ti. Annabelle le había dicho lo mismo.

—Parece que estás tan convencido como yo de que no va a volver a recuperar la memoria.

—Yo no he dicho eso.

—No es necesario. Se te nota. Ya te digo que yo tengo la misma sensación.

—No pierdas las esperanzas ahora, Cal. La pérdida de memoria es uno de esos imponderables. Cualquier cosa puede pasar.

—Gracias a ti y a los amigos, creo que podré soportar las próximas veinticuatro horas — murmuró— . Cuando hace unos minutos salí del hospital, pensé que no iba a poder soportarlo. Dile a los chicos lo afortunado que soy.

—Lo haré.

—Algún día te podré demostrar lo agradecido que estoy. Te llamo luego, Román.

—Hasta luego.

—¡Dios mío! — exclamó Jane cuando sacó la silla de ruedas por la puerta— . Cuántos amigos tienes. No va a haber suficientes mesas para tantos ramos de flores.

Acababan de llegar de hacerle unas radiografías. Diana se levantó y se fue a la cama. Se quedó boquiabierta al ver que, durante su ausencia, habían llenado la habitación del hospital con una docena de jarrones de flores.

Su mirada se fijó en la docena de rosas rojas que resaltaban sobre las demás. Su perfume dominaba en la habitación. Sospechó que serían de su marido. La nota que las acompañaba lo verificó.

Esa mañana no sentía la misma hostilidad hacia él. Si él no hubiera desobedecido las órdenes del médico, no habría podido ver al niño, ni darle el biberón.

Pasó casi toda la noche debatiéndose entre si llamar a su marido y suplicarle que la ayudara a quedarse unos días más en el hospital para poder estar un poco más de tiempo con el bebé. En el breve tiempo que había estado junto a él había comprobado que infundía respeto entre los demás.

Pero en cuanto le dieran el alta en el hospital, ¿la apoyaría cuando se enterara de que tenía la intención de comprarse un apartamento?

¿Cómo iba a reaccionar cuando le dijera que se quería divorciar?

No tenía respuestas para todas sus preguntas. Todavía no. Porque lo que más la preocupaba en aquellos momentos era Tyler.

Ya tenía decidido hasta los colores que iba a poner en la habitación. Lo único que tenía que hacer era convencer al psiquiatra de que podía cuidar del niño.

—Creo que tendré que irme a traer otra mesa.

—¿Podrías traerme por favor el número de teléfono de mi casa? Quisiera hablar con mi marido, si es que no ha salido todavía de casa.

—Ahora mismo. Y mientras te lo traigo, podrías leer las tarjetas. Mira esta.

Querida Diana,

Nos enteramos de tu accidente y vamos a ir a verte este fin de semana. Aunque no nos conozcas, lo que ahora mismo necesitas es a tus amigos.

Un abrazo.

Jeannie y Yuri.

Diana frunció el ceño. Prefería que no la visitaran, fueran quienes fueran.

Frustrada por su incapacidad para recordar su pasado, dejó las notas en la mesilla de noche.

Todo aquello la estaba volviendo loca. Todo el mundo era amable y sensible. Nadie entendía que Tyler era la única persona en el mundo que ella quería y necesitaba.

Alguien llamó a la puerta.

—¿Diana?

La voz masculina podría ser de cualquiera. Su pulso se aceleró al comprobar que su marido había llegado antes de lo que ella había pensado. Mejor. La había ahorrado una llamada por teléfono.

—Entra, estoy vestida.

Sabiendo que los médicos la iban a ir a visitar, se había duchado y se había vestido.

—Buenos días, Diana. Parece que estás mejor.

—Lo estoy. Gracias por las rosas. Son encantadoras.

—De nada.

Se produjo un silencio tenso. Nerviosa por sacar el tema del bebé, por si él no estaba tan dispuesto a ayudarla esa mañana, le preguntó:

—¿Has estado jugando al golf?

Cal la miró con cara de sorpresa.

—¿Por qué me lo preguntas?

—No sé, por la ropa quizá.

—Yo no juego al golf.

Se puso una mano en la garganta.

—¿Acaso jugaba yo al golf?

—No. A ninguno de los dos nos interesaba mucho ese deporte.

Tuvo la impresión de que lo había herido sin querer. Era horrible tener que sentirse culpable sobre algo que ella no podía remediar. Aquella situación no podía continuar de aquella manera.

—Tenía pensado llamarte por teléfono.

—¿Por qué?

Fue una pregunta sencilla, pero casi la saca de sus casillas.

—Para pedirte un favor.

—¿Cuál?

—Si el niño se tiene que quedar unos días más en el hospital, no quiero que me den todavía el alta. Quería pedirte que convencieras al médico para que me dejaran aquí a cuidar de él.

—Ya he hablado para que te dejen que lo veas cuando quieras.

—¿Qué? — se quedó mirándolo sorprendida, tratando de absorber lo que le acababa de decir.

—En realidad, he conseguido algo más que eso. En cuanto esté mejor, ¿te gustaría llevártelo a casa contigo?

—¿Quieres decir que me lo puedo quedar?

—Así es.

El corazón le empezó a latir a toda velocidad.

—¿Estoy soñando?

Cal sonrió un poco, pero enseguida volvió a mostrar un gesto serio.

—No. Pero antes de seguir adelante, tendrás que conocer las condiciones.

—Sean cuales sean, las cumpliré.

—No es tan sencillo. Porque los dos tendremos que cumplirlas. Por eso es por lo que he venido al hospital tan temprano. Quería

hablar contigo de todo esto antes de que te viera el doctor Beal.

—¿Qué es lo que quieres decir con eso de los dos?

—Como ya te había dicho, al niño en estos casos se lo lleva a una casa de acogida hasta que alguien quiera adoptarlo. Así es la ley. Sin embargo, nuestro amigo Román tiene sus influencias y si los dos queremos ser sus padres adoptivos, el estado nos permitirá cuidar temporalmente de él, hasta adoptarlo de forma oficial.

—Pero…

—Ya sé lo que me vas a decir — la interrumpió— . Que no me conoces, que soy un desconocido, que te pone nerviosa la idea de vivir conmigo. Pero por desgracia es la única solución, si quieres tener al bebé. La alternativa es la separación o el divorcio. Si quieres hacerlo, yo no me voy a oponer. Pero tienes que saber que a causa de tu amnesia, el estado no te va a conceder nunca la tutela del niño si vives sola. Si te casaras otra vez, sería otra cosa. Pero ya sería demasiado tarde, si lo que quieres es tener el niño que hay en la planta de arriba.

Diana se dio la vuelta. Estaba impresionada. No por la dificultad de su elección, sino por tener delante a un hombre tan poco egoísta.

Podría haber perdido la memoria, pero estaba convencida de que no había en el mundo un hombre tan generoso como él. La amabilidad para con ella era asombrosa.

¿Qué marido estaba dispuesto a seguir casado con una mujer que recordaba estar enamorada de él solo para poder ser la madre de un bebé que no significaba nada para él y que no les pertenecía a ninguno de los dos?

Y lo más sorprendente era que incluso le había dado la opción de que si no quería vivir con él, no iba a oponerse al divorcio. En vez de aprovecharse de su debilidad, hacía todo lo que estaba en su mano para que ella se recuperara.

¿De verdad había estado casada con un hombre tan maravilloso durante cuatro años? ¿Cómo era posible que no se acordara de él?

—Ojalá pudiera ofrecerte una solución más conveniente — le dijo, al ver que ella no respondía— . Pero tendrás que decidirte antes de que venga el psiquiatra. A causa de tu accidente, la primera impresión que tenga sobre tu estado mental será lo que ponga en su primera evaluación. Y ese documento es esencial si quieres conseguir el niño.

Había vuelto a impresionarla otra vez, porque estaba intentando impedir que cometiera equivocaciones delante del doctor Beal. No había ninguna duda de que Cal Rawlins era una persona noble.

—He estado consultando el programa — su voz grave le recordó que no había terminado de hablar— . La solicitud es solo el primer paso. Durante el mes que viene, tendremos que ir dos veces a la semana a clase. Allí nos enseñarán qué es lo que hay que hacer para que nos concedan la adopción. Al mes, una persona de los servicios sociales vendrá a casa para ver si la habitación reúne las condiciones suficientes. Tienes que tener en cuenta que aunque quieras adoptar al niño, el juez puede que se lo conceda a otra pareja que lleve más tiempo esperando. En ese caso…

—¿Señor y señora Rawlins?

Diana se dio la vuelta sobresaltada. Había un hombre delgado y larguirucho en la puerta.

—Soy el doctor Beal. El doctor Harkness me dijo que viniera a verla.

—Lo estábamos esperando — respondió Cal.

—Muy bien — el psiquiatra entró y estrechó las manos de los dos— . Si no le importa, señor Rawlins, me gustaría hablar a solas primero con su mujer.

—Claro, claro. Esperaré fuera.

Diana habría preferido que él se quedara. Pero si lo hubiera llamado, parecería que necesitaba a alguien en quién apoyarse.

—Tiene buen aspecto, sabiendo que acaba de pasar una experiencia tan traumática. Está más tranquila de lo que yo imaginaba. El doctor Harkness me describió una escena bastante más diferente. ¿Es que acaso ha empezado a recordar algo?

—No.

—La enfermera que se ha quedado por la noche dice que no ha llorado, ni que tiene los signos de depresión que tenía por la mañana. Que está comiendo bien. Su temperatura es normal. ¿Cómo piensa que ha conseguido todo esto en tan poco tiempo?

Gracias a Dios, Cal la había advertido a tiempo.

—Mi marido me ha ayudado mucho.

—Me alegra oírla decir eso. Y el doctor Harkness también se va a alegrar. Ayer…

—Ya lo sé. Ayer estaba asustada por todo. Todavía me asusta no

acordarme de mi pasado, pero todo el mundo ha sido muy amable y comprensivo conmigo, en especial mi marido. Por alguna razón que no sé, hoy no me siento tan asustada. A lo mejor quiere decir que es que he perdido la memoria por completo.

—En absoluto. Supongo que aunque no reconozca a su marido, le habrá dicho y hecho cosas que le han hecho sentirse más cómoda. Pero eso es porque la conoce mejor que nadie. Por el momento, yo creo que él es la mejor medicina que pueda tener.

—Confío en él lo suficiente como para irme a casa con él.

—El doctor Harkness se pondrá contento al oír eso. Parece que ha dado un paso importante en su proceso de recuperación. Por el momento no creo que se le tenga que poner ninguna medicación. Le diré al doctor Harkness que le dé el alta cuando él quiera. Sin embargo, me gustaría verla en mi consulta la semana que viene. Dígale al doctor Harkness cuándo le viene bien. Y si necesita hablar conmigo antes, llámeme a cualquier hora, sea de día o de noche. Las enfermeras le darán mi número.

—Muchas gracias, doctor Beal.

Hasta que no salió de la habitación, no se dio cuenta de que había estado aguantando la respiración. En cuando salió por la puerta, se puso eufórica, solo de pensar que podía llevarse el niño a casa.

Para entretenerse hasta que volviera su marido y hacer planes, se puso a leer el resto de las tarjetas que habían llegado con las flores. Sacó un bolígrafo del bolso para apuntar los nombres de las personas a las que tendría que enviarles las gracias.

—¡Yuuhuu, Diana!

Una voz femenina. ¿La de Annabelle? Diana miró a la puerta. No, no era Annabelle. Era otra desconocida para ella. Una mujer muy guapa, casi tan rubia como Diana.

—¿Sí?

—Soy Whitney Roch. ¿No te ha hablado Cal de mí?

—¡Eres la abogada! ¡La que va a llevar el proceso de adopción! La que me ha enviado esta azalea tan bonita.

—Sí a todo — sonrió.

—Gracias por las flores. Pasa, por favor. ¿Sabe Cal que estás aquí?

—Sabía que iba a venir, pero no lo he visto esta mañana, si es lo

que me preguntas.

—Creo que está hablando con alguno de los médicos. Vendrá dentro de unos segundos.

—Estás muy guapa, aunque tú siempre estás igual. Aunque ya sé que el aspecto externo a veces engaña. No puedo ni siquiera imaginarme en tu situación. Todos estamos muy preocupados por ti.

Diana sintió que se lo decía de forma sincera.

—Gracias. ¿Éramos tú y yo muy amigas?

—Sí. Hace diez meses que yo me casé con Gerard, uno de los investigadores que trabaja en la agencia de Román y muy amigo de Cal. La agencia es como una familia. Hacemos muchas cosas juntos. Por ejemplo, este fin de semana Gerard y yo íbamos a invitaros a todos el viernes a ver la final de baloncesto y a comer comida griega.

—¿Me gusta a mí la comida griega?

La pregunta sonó tan ridícula que las dos se rieron al mismo tiempo. Aquello sirvió para romper un poco el hielo.

—Los chicos creen que nos encanta. Pero la verdad es que la odiamos porque tiene mucho ajo. Pero las dos pensamos que merece la pena el sacrificio porque tenemos los maridos más maravillosos que hay en la tierra. Además de que a las chicas también nos encanta el baloncesto.

—¿De verdad?

—Sí. Siempre están diciendo que sabemos más de baloncesto que ellos y que podríamos hacer un mejor reportaje que Wakely y Reeves.

Aquellos nombres eran desconocidos para Diana.

—Veo que no te acuerdas.

—Lo siento.

—Yo soy la que te tengo que pedir disculpas. Hasta que no empieces a recordar algo lo mejor es no presionarte.

Whitney demostró ser una persona muy comprensiva. A Diana le gustó mucho. Hasta ese momento le habían gustado todas las personas que había conocido. Parecía que antes de tener el accidente en su vida había estado rodeada de personas amables y maravillosas. Incluido su marido y muy especialmente.

—He traído la solicitud para que tú y Cal la rellenéis.

A Diana se le arrasaron los ojos de lágrimas.

—Gracias por ayudarnos a conseguir el bebé.

—No tienes que agradecerme nada, en especial cuando la madre natural parecía que quería que lo tuvieras tú.

—No lo sabía. Lo único que me dijo Cal fue que me lo había encontrado en la puerta del trabajo.

—Pues te lo había dejado a ti. Había una nota junto con la caja.

—Algo me dijo Cal.

—¿No la has leído?

—Todavía no — dijo Cal desde la puerta— . Román se la llevó para entregársela a la policía, por si podían encontrar alguna prueba. Dentro de unos días nos la devolverán.

—¡Cal!

Diana vio a Whitney correr a darle un abrazo. Solo los buenos amigos se comportaban de aquella manera.

—Tu mujer y yo estamos volviendo a conocernos. Tiene un aspecto maravilloso.

—Yo también pienso lo mismo — por una razón que no pudo entender, el corazón le dio un vuelco al oírle decir aquello.

—He traído la solicitud — Whitney la sacó del bolso y se la entregó— . Cuando la rellenéis me llamas y vendré por ella.

—Estamos en deuda contigo y con Gerard.

—No tienes que agradecerme nada. Bueno, me voy a trabajar. Os llamaré más tarde — se acercó a Diana y le dio un beso en la mejilla— . Eso es por el bebé — y después se marchó.

La habitación quedó en silencio.

—Es una mujer encantadora. Todo el mundo se está portando muy bien conmigo.

—Tenemos unos amigos excelentes.

Diana asintió.

Cal se cruzó de brazos.

—El doctor Beal me ha dicho que quieres venirte a casa conmigo.

—¿No te importa?

—Lo único que importa ahora mismo es si eso es lo que tú quieres hacer.

—Lo es.

—Debes haber convencido al médico, porque si no, no habría firmado el parte de alta.

—Eso ha sido porque me dijiste lo que tenía que hacer. Gracias por todas las molestias que te has tomado. No te imaginas lo que todo esto significa para mí.

Cal la miró frunciendo el ceño.

—Quiero dejar una cosa clara, Diana. Para mí no ha sido una molestia. Eres mi esposa y estoy enamorado de ti. Te quiero de todas las formas que un hombre puede querer a una mujer. Y estoy dispuesto a hacer todo lo que esté en mi mano para que sigas junto a mí.

Todo su cuerpo se estremeció al oír aquella declaración.

—Aclarado eso tengo que darte algunas noticias sobre el bebé.

—¿Está bien?

—Le está bajando la bilirrubina.

—Es un alivio.

—Tendrá que quedarse otra noche en el hospital. Voy a recoger tus cosas y llevarlas al coche. En cuando pase el doctor Harkness te podrás marchar. Después, iremos a casa a ver si está la habitación preparada para el bebé. Luego vendremos y nos quedaremos con él. ¿Qué te parece?

—Muy bien — le dijo con voz cargada de emoción— . ¿Cómo podré pagarte todo lo que estás haciendo por mí?

—Pensé que había dejado claro que no tienes que agradecerme nada. Estamos casados. Tenemos un problema. Y como todos los problemas que hemos tenido, veremos la forma de solucionarlo juntos.

Lo observó mientras él abría los cajones y recogía su ropa.

—¿Y habías tenido alguna vez alguno tan grave como este?

—Hubo una vez que pensé que estabas enamorada de Román. Y eso a mí me pareció muy grave, en especial porque pensaba que él también estaba enamorado de ti.

—¿No es tu mejor amigo? — le preguntó sorprendida.

Se detuvo unos segundos mientras abría un cajón.

—Eso no impide que dos personas se sientan atraídas.

—¿Te fui infiel? — le preguntó asustada, temiendo lo que pudiera responderle. Había entrado en el cuarto de baño.

—No, Diana — le respondió cuando salió— . Fueron solo celos míos. Román te ofreció un trabajo que tú aceptaste y yo no lo entendía porque gano bastante dinero en mi negocio inmobiliario.

Supuse que tú querías quedarte en casa. Al ver la ilusión que te hizo, empecé a sacar conclusiones falsas. Pero al final se solucionó.

—¿Cómo?

—Román se dio cuenta de que yo estaba celoso y un día nos llamó a los dos para hablar con franqueza del asunto. Cuando se supo toda la verdad, yo sentí que había hecho el ridículo. Y lo curioso es que después de aquella conversación nuestro matrimonio se fortaleció, así como la relación de amistad con Román.

—¿Y cuál fue la verdad?

—Tú y yo nos casamos nada más enamorarnos, sin saber muchas cosas importantes el uno del otro. Por ejemplo, yo no sabía que tú querías tener un hijo enseguida. Al cabo de un par de meses, te empezaste a sentir mal porque no te quedabas embarazada. Y en vez de contármelo a mí, le contabas esos problemas a Román, que siempre ha sido un hombre que ha sabido escuchar a todo el mundo. En aquellos momentos, Román estaba montando la empresa y necesitaba una persona para responder el teléfono. Al ver que te estabas aburriendo en casa sin hacer nada, te ofreció el trabajo.

—¿Y por qué no te conté a ti mis temores? — Pues porque yo había crecido en un entorno en el que el hombre va a trabajar y la mujer tiene que quedarse en casa. Tenías miedo de herir mis sentimientos.

—Pero fue lo que hice, al parecer.

—Nos lo hicimos los dos, Diana. Porque yo empecé a estar triste y taciturno. Pero los dos aprendimos de aquella experiencia. Desde aquella ocasión, hemos sido muy felices.

—¿A pesar de los abortos?

—A pesar de ellos.

—Daría cualquier cosa por poder recordar — le susurró angustiada.

—Es inútil que te esfuerces. Ahora lo que tenemos que hacer es concentrarnos en el bebé.

—¿Tú también lo quieres?

—Más de lo que te puedas imaginar.

—¿A pesar de que no sea nuestro?

—Lo será.

No se atrevía a hacerle la pregunta que quería hacerle, pero él había sido tan honesto con ella que tuvo que preguntárselo.

—Annabelle me ha dicho que todavía me puedo quedar embarazada. ¿Es verdad?

—No tienes problema para quedarte embarazada. Tu problema es que no puedes mantenerlo a término. El ginecólogo nos ha dicho que la siguiente vez que te quedaras te iba a coser para que no abortaras. Nos dijo que es una intervención muy normal en muchas mujeres y que no habría problemas.

Cuando asumió el significado de sus palabras, Diana miró para otro lado.

—Entonces no hay nada que nos impida tener nuestro propio hijo.

—Si te refieres a solo el mecanismo, la respuesta es que no. Pero primero tiene que haber amor y deseo. Cuando lo haya nada nos lo impedirá.

—Si pudieras casarte con otra, podrías tener un hijo tuyo.

—Es posible.

—Y sin embargo quieres seguir casado conmigo y adoptar a Tyler.

—Así es.

—¡Pero eso no es justo para ti!

—Yo hice una promesa ante el altar de casarme contigo para lo bueno o para lo malo, en la salud y en la enfermedad, hasta que la muerte nos separe.

Todo su cuerpo se estremeció.

—De la noche a la mañana nos hemos convertido en padres. Eso es lo que siempre hemos deseado. Ahora tenemos un trabajo para toda la vida.

—¿Y qué va a hacer Román?

—Los chicos le echarán una mano, hasta que encuentre a alguien. Protestará y gruñirá, pero solo porque eras muy buena en tu trabajo. Intuitiva.

—No me lo puedo creer. ¿Qué era yo antes de casarnos?

—Bióloga.

—¿Bióloga?

—Te conocí nada más licenciarte en la universidad. Estabas en el proceso de vender tu casa y aceptar un trabajo en la Cruz Roja. Pero tu vida cambió, cuando…

—Buenos días — el doctor Harkness entró en la habitación. Su

entrada interrumpió la conversación— . Siento haber llegado tarde. La examinaré rápidamente y rellenaré el alta. Si es tan amable, señor Rawlins, de esperar fuera.

Cal se dirigió a la puerta con las bolsas en las manos.

—Iré cargando el coche. Hasta luego, Diana.

En cuanto salió, el médico le dio unos golpes en el hombro.

—Veo que el doctor Beal tenía razón. Parece que están solucionando una situación complicada. Su marido está muy contento. ¿Qué tal el golpe? ¿Le duele todavía?

—Solo cuando me apoyo en la almohada.

—Bien — la examinó y le tomó el pulso— . En unos días se le pasará. Llámeme en cuanto empiece a recordar algo, o si tiene pesadillas y siente náuseas, o algún dolor.

—No se preocupe, lo hará — respondió Cal por ella.

Al oír la voz de su marido, el doctor Harkness levantó la cabeza.

—Me alegra que haya vuelto, para escuchar esto, señor Rawlins. Quiero que durante la primera semana su mujer esté tranquila. No la deje que haga esfuerzos, ni nada que pueda ejercer presión en su cabeza.

Lo primero que pensó Diana fue en el niño. Si no podía cuidarlo durante una semana, ¿quién iba a cuidar de él?

Cal debió darse cuenta de su preocupación.

—Yo voy a tomarme una semana de vacaciones. No se preocupe que mi mujer no va a mover un dedo.

El doctor pareció más aliviado.

—Excelente. Otro consejo. No se preocupe si no recuerda nada. El cerebro es algo muy complicado. Lo único que tiene que hacer es ser paciente.

—Lo intentaré.

—Eso es lo único que puedo pedir. Buena suerte a los dos.

Cuando el médico se fue, Diana miró a su marido.

—Si supiera que nos vamos a llevar al…

—No lo sabe — la interrumpió Cal— . Pero de todas maneras, yo estaré en casa y haré todo lo que haya que hacer para cuidarlo.

Diana se imaginó toda una semana viviendo bajo el mismo techo con él.

Solo pensarlo se le quitaba la respiración.

Capítulo 5

—¿DÓNDE vamos?

La ansiedad en la voz de su mujer sobresaltó a Cal. Cuando la miró se dio cuenta de que tenía las manos agarradas al asiento.

—A casa. ¿Te ocurre algo, Diana?

—¿Está por aquí?

Al ver el temor reflejado en su rostro detuvo el coche. Apagó el motor y la miró. Estaba pálida.

—¿Qué es lo que te asusta?

—Esta carretera. Está tan inclinada. No puedo creerme que vivamos tan arriba. Creo que no puedo continuar.

Cal se mantuvo en silencio. No parecía la misma mujer con la que se había casado. Diana nunca había tenido miedo y menos a las alturas.

El golpe que se había dado en la cabeza le debía haber afectado la visión. No sabía cómo afrontar aquella situación.

—¿Confías en mí, Diana?

—Sí — le dijo en voz baja.

—Te prometo que llegaremos en un par de minutos a casa. Si quieres, quítate el cinturón y te pones a mi lado. Así tendrás algo a qué agarrarte y no tendrás que mirar.

Un silencio tenso se apoderó del interior del coche mientras Cal esperaba su respuesta. Antes de escuchar el sonido del cinturón pareció pasar una eternidad.

Su corazón se enterneció al comprobar el coraje que Diana demostró al hacer lo que él le sugirió para vencer el miedo.

—Agárrate a mí — le instó y arrancó el coche de nuevo. Cuando veinte segundos más tarde metió el coche en el garaje, las uñas de Diana casi habían atravesado la tela de su chaqueta.

—Ya hemos llegado. Abre los ojos.

Poco a poco levantó la cabeza y se sentó en su asiento.

—¿A qué altura estamos?

Tenía que pensar con rapidez.

La casa estaba sobre un montículo rodeado de robles a unos doscientos cincuenta metros de altura. Un arquitecto había diseñado la casa para que pudieran ver todo el valle.

Arlington Heights estaba al noreste de la ciudad. Desde todas y cada una de las ventanas de la casa había una vista impresionante de cielo y tierra. Las contraventanas del dormitorio estaban bajadas. Si la llevaba directamente allí, no se daría cuenta de la altura a la que estaba situada la casa.

—No importa.

Sin esperar más tiempo, salió del coche y se fue a ayudarla a salir. No dándole oportunidad de que objetara, la levantó en brazos.

—Agárrate del cuello. En un momento estarás en la cama.

En vez de pasar por la puerta de la cocina, se fue hacia el garaje y tomó el camino de la puerta principal. Estaba tan aterrorizada que era como llevar una estatua en brazos.

—Ya casi hemos llegado.

Casi corrió con ella en brazos cuando cruzó el pasillo en dirección al dormitorio principal. Sin siquiera encender las luces, se fue hacia la cama de matrimonio.

La dejó en la cama y se fue a encender la luz. Tenía las manos en la cara, como si tuviera miedo de mirarlo. Casi no pudo entender sus quejas entre sus sollozos.

—Crees que estoy loca.

Sin pensarlo, Cal se sentó en el borde de la cama y la abrazó meciéndola contra su cuerpo, dándole besos en la frente.

—Sé lo que estás pasando. ¿Cómo no lo voy a saber? ¿Cómo te puedo ayudar? — sus lágrimas mancharon su camisa.

—Creo que no voy a ser capaz de vivir aquí. La abrazó un poco más fuerte.

—¿Es porque la casa está en un alto?

—Sí. Aunque no pueda mirar por la ventana, siento como si nos fuéramos a caer.

—Entonces nos marcharemos.

Sin soltarla, levantó el teléfono y llamó a Brittany, la mujer de

Román. Afortunadamente contestó al tercer tono. Sin preámbulos, se preguntó si podían ir a verla Diana y él.

Brittany no hizo ninguna pregunta. Supo que algo iba mal y le dijo que los estaría esperando.

Cal se lo agradeció y colgó el teléfono. Después sacó a Diana de la habitación y de la casa. Su mujer parecía que tenía vértigo. Si no le desaparecía para cuando llegaran a la casa de Román, que estaba al pie de la zona boscosa del monte Olympus Cove, la llevaría de nuevo al hospital.

En cuanto tuviera la ocasión, llamaría al doctor Harkness para preguntarle si aquello era normal. Pero no quería que Diana estuviera presente.

Cuando estuvieron en el coche de nuevo, no tuvo que decirle que se apoyara en él.

En cuando llegaron a la parte de abajo del monte, le dijo que podía abrir los ojos cuando quisiera.

—Estamos cerca de la casa de Román. Aquí no hay montañas, así que no tienes que preocuparte de la altura.

Poco a poco ella fue levantando la cabeza. Dio un suspiro y volvió a acomodarse en su asiento. El pánico había desaparecido de su rostro.

—¿Te sientes mejor? — le preguntó de forma innecesaria.

Ella asintió.

—Mucho mejor.

—Me alegro.

—Gracias por ser tan comprensivo.

—De nada — fue reduciendo la marcha según se acercaron a una luz— . Hay un bar que te sirven en el coche ahí delante. A mí me apetece algo de beber. ¿Y a ti? ¿Tienes sed?

—¿Crees que tendrán gaseosa?

Tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para no darle un abrazo. Diana era una adicta a la Coca Cola. Como el resto de sus compañeros de trabajo, que sobrevivían a base de cafeína, pensaba que la gaseosa era insípida y no la bebía casi nunca.

Aquella caída había cambiado sus costumbres de muchas formas. No sabía cómo podía reaccionar al siguiente minuto.

—Seguro que sí — estuvo a punto de decirle que también tenían la comida mexicana que a ella tanto le gustaba. Pero se lo pensó

mejor. En su estado tan frágil era mejor no añadir más tensión.

Cuando hizo el pedido, le preguntó si quería algo de comer. Le respondió que no tenía hambre. Que había perdido el apetito en el ataque de vértigo.

Después de darle la gaseosa, él dio un trago de Coca Cola y arrancó el coche.

—¿Cal?

—¿Sí? — respondió, preparado para algo nuevo.

—¿Cómo nos vamos a llevar el bebé a casa si yo no puedo vivir allí?

Cal ya había pensado en eso.

—Muy sencillo. Nos iremos a otra casa.

—Pero…

—No hay peros que valgan. Soy el dueño de una inmobiliaria. Y en estos momentos tengo un montón de casas a la venta. Podemos elegir la que más nos guste hoy mismo y trasladarnos allí mañana.

De hecho, si la memoria no le fallaba, había una muy cerca de donde vivía Román. Con una sola llamada de teléfono, su abogado la podría comprar ese mismo día. Así Diana tendría a algunos amigos cerca.

—Eso es pedirte mucho. No puedo dejar que hagas eso.

Cal apretó la mandíbula.

—Una casa es solo una casa, Diana. Y una familia es mucho más. ¿Crees de verdad que a mí me importa dónde vivamos?

—Pero yo me siento culpable por todos los sacrificios que estás haciendo.

—Cuando hace unos meses perdimos al bebé, yo sufrí más de lo que tú te puedes imaginar. Es un milagro que este pequeño haya aparecido en nuestras vidas. Haré todo lo que esté en mi mano para que nos lo quedemos. Y si eso significa que nos tenemos que trasladar, pues nos trasladamos.

—No sé qué decir. Darte las gracias no es suficiente.

—¿Por qué siempre insistes en darme las gracias por algo que siempre hemos querido los dos?

—Lo siento — le respondió después de un breve silencio.

Diana empezó sorber líquido con la pajita. Otra cosa en lo que había cambiado. La otra Diana nunca las utilizaba. Siempre había quitado la tapa y había bebido del vaso. Era una mujer casi

completamente desconocida para él.

Habían transcurrido treinta y seis horas desde el golpe. No había empezado a recordar nada. No sabía por qué pero se empezó a imaginar que la Diana con la que él había estado casado nunca iba a volver. Una nueva persona se había apoderado de su cuerpo. Conocerla iba a ser un proceso largo y complicado. No obstante estaba enamorado de su cuerpo y de su alma.

La única pega era Diana misma. Era posible que nunca se enamorara de él. ¿Qué pasaría entonces con el núcleo familiar que habían formado? No quería ni imaginárselo.

—Ya hemos llegado — le dijo cuando entraron en el camino que llevaba a la casa de los Román.

Diana miró a su alrededor.

—Un sitio muy apartado, ¿no?

—Román guarda celosamente su privacidad. ¿Te sientes incómoda?

—No.

—¿Te preocupa algo?

—¿Estará Román en casa?

—Es posible que no llegue hasta un poco más tarde. ¿Por qué?

—No sé. Supongo que estoy un poco nerviosa porque voy a conocer a la persona para la que trabajo.

—¿Por qué?

—Porque me siento tonta no recordando nada en absoluto.

—Pero ya no te sientes así conmigo, ¿no?

—No.

Agradeció oír aquella respuesta.

—Román es el mejor. Es la persona más amable del mundo. No tienes por qué preocuparte. Y Brittany es un encanto.

Antes de que llegaran a la puerta de entrada, la mujer de Román salió a recibirlos, con su gato, Clouseau, detrás de ella. Brittany le dio un abrazo a Diana y la invitó a pasar como si nada hubiera ocurrido.

—Yuri acaba de despertarse de su siesta. Supongo que no te acuerdas de él, pero él está deseando verte. Te llama Di-Di.

—¿Es un nombre búlgaro? — la oyó Cal preguntarle a Britanny, mientras iban al cuarto del niño.

—Ruso.

—¿Estás casada con un ruso?

—Y tiene una parte italiana también — sonrió Brittany— . Pero creo que domina su parte rusa, sobre todo cuando su hermano Yuri viene a verlo.

—Es el que nos envió el ramo de flores azules — le recordó Diana a Cal.

Cal comprobó que no tenía problemas en recordar cosas que habían ocurrido después del accidente.

Cuando entraron en la habitación, un bebé de diecisiete meses estaba de pie en su cuna haciendo ruiditos.

—Hola cariño. Mira quién está aquí. Es tu tía Di y tu tío Cal.

—Di-Di — dijo varias veces aplaudiendo con sus manilas.

Cal miró a su esposa. Siempre le había gustado Yuri. A lo mejor el bebé empezaba a hacerle recordar algo.

—¿De quién ha sacado el pelo tan negro y rizado? — preguntó, sin hacer ninguna intención de levantarlo en brazos, como habría hecho en el pasado.

Brittany debió darse cuenta del cambio en Diana, pero no hizo el menor comentario. Se limitó a sacarlo de la cuna y cambiarle los pañales.

—Se parece a Román, ¿a que sí? — le dijo al niño, haciéndole cosquillas en el estómago.

—Tyler tiene poco pelo y es castaño ¿no? — le preguntó a Cal.

—Más o menos como su nuevo papá — comentó Brittany mientras guiñaba un ojo a Cal— . Me alegro tanto por vosotros dos. Román me lo ha contado todo. Creo que os lo vais a llevar a casa con vosotros mañana.

—Eso esperamos — murmuró Diana— . Hoy parece que le ha bajado la bilirrubina.

—Estoy segura de que un día más en la incubadora y estará curado.

—Así tendremos tiempo para encontrar una casa.

Brittany miró a Cal con cara de sorpresa.

—Parece que desde el accidente, a Diana le dan miedo las alturas — le explicó— . Hemos decidido buscar una casa en la parte baja de la ciudad.

—¡Pues la casa que hay enfrente está en venta! — exclamó Brittany.

—En ella había pensado. ¿La conoces?

—He entrado varias veces. Es una sola planta y muy espaciosa. El propietario anterior tenía el estudio al lado del dormitorio de matrimonio. Ese podría ser el cuarto del niño.

—¿Quieres que la veamos, Diana?

—Sí.

Parecía un poco más animada que antes. Parecía que la idea le apetecía.

Más contento por aquellos progresos, le quitó a Britanny a Yuri de los brazos.

—Ven aquí. Dale un abrazo a tu tío Cal — el niño le dio golpecitos en la cara. Los cuatro se dirigieron hacia la puerta de entrada.

—Eran muy buenos vecinos — comentó Brittany mientras salían de la casa agarradas del brazo— . Román y yo estábamos deseando que se viniera alguna familia con algún niño. ¿No crees que sería perfecto teneros a vosotros de vecinos?

Brittany era una mujer cuya exuberancia alegraba a cualquiera.

—A lo mejor Cal no te lo ha dicho pero estoy embarazada otra vez.

—Creo que Annabelle lo mencionó. ¿Cuándo sales de cuentas?

—Para diciembre. Todavía queda mucho. Pero si os venís a vivir aquí, daremos largos paseos con los niños. La escuela está muy cerca y hay un par de parques también. Toda la zona está llena de árboles. En verano hace unos grados menos que en el resto de la ciudad.

—Tendría que contratarte como vendedora. Cuando quieras trabajar para mí, dímelo que te contrato — bromeó Cal.

—Eso sería horroroso. Yo trabajando para ti y Diana para Román. Pero nosotras tenemos que cuidar de los niños, así que tendréis que seguir trabajando para alimentar la familia.

Diana se echó a reír.

Aquel sonido fue el único sonido que recordó Cal de la adorable mujer con la que había hecho el amor el día anterior, antes del accidente.

—¿Cal?

Volvió la cabeza.

Brittany lo miró con cara de preocupación.

—Si no tienes la llave de la casa, puedo utilizar uno de los chismes de Román para entrar por la puerta de atrás. Al fin y al cabo tu empresa es la que la tiene en exclusiva.

—No tengo la llave. Gracias de todas formas — tenía a Yuri todavía en brazos.

—Le estaba diciendo a Diana que hasta que encontréis casa se puede quedar con Tyler en la habitación de invitados. Tengo todo lo necesario para cuidar del bebé allí.

—Eres muy generosa — le agradeció Cal. Miró a Diana— . ¿Te apetece eso, o prefieres quedarte en un hotel? — le preguntó mirándola a los ojos.

Se sonrojó.

Cal no recordaba la última vez que había visto a su mujer sonrojarse. A lo mejor fue en la noche de bodas. Su vulnerabilidad fue una revelación para él.

—Me gustaría quedarme con Brittany — le respondió nerviosa evitando su mirada— . ¿Yuri? — se dirigió al niño— . ¿Quieres venirte conmigo?

—Recuerda lo que te ha dicho el doctor Harkness. En una semana puedes hacer lo que quieras.

—Se me había olvidado.

Cuando abrió la puerta de la calle, Cal volvió a tener la misma sensación que había tenido después de que lo llamaran del hospital. Todavía había que superar muchos obstáculos. Y todavía seguía sin saber si algún día ella iba a volver a enamorarse de él.

Capítulo 6

—¿DIANA? Brittany me ha dicho que te dijera que Tyler está todavía durmiendo. Así que tranquila. ¿Dónde quieres que ponga el vestidor del bebé?

—¡Román! — exclamó desesperada— No deberías estar aquí. Brittany y tú ya habéis tenido que aguantarnos un montón. Hemos invadido vuestra casa una semana y no habéis podido dormir por el llanto del bebé. No sé cómo vamos a pagaros vuestra generosidad.

—Estamos en paz, porque yo te debo el que me ayudaras a poner en marcha la agencia, cuando nos vinimos aquí desde Nueva York. Dime que quieres hacer con esto. El camión de la mudanza está ya aquí. Cal está indicándoles dónde tienen que poner todo.

No había forma de detener a Román. Como había podido comprobar en la última semana, el apuesto ex policía, amigo de Cal, era un hombre tan dinámico como su propio marido. No era de extrañar que fueran tan buenos amigos.

—El cuarto del bebé es la segunda puerta por el pasillo, junto al dormitorio de matrimonio.

—Voy para allá.

—¿Diana?

Se dio la vuelta, sin preocuparle la posibilidad de un posible mareo. El día anterior, el doctor Harkness le había dicho que volviera a hacer una vida normal. Le dijo que con el tiempo superaría el vértigo. Oyó también que el médico había alabado a Cal por su decisión de cambiar de casa, para que ella no tuviera más tensión que la que tenía por haber perdido la memoria.

—¡Rand! — llevaba la cuna que había instalado Cal de forma temporal en casa de Román— . ¿Tú también has venido?

—Es el día de la mudanza. No podíamos faltar. Dime dónde dejo

todo esto.

Diana le indicó el camino. Reanudó lo que estaba haciendo con un nudo en la garganta. Al parecer tenía los mejores amigos del mundo.

Todos habían acudido a casa de Román y Brittany y les habían llevado flores y regalos para Tyler. Con tanto trasiego, ni siquiera le había dado tiempo para pensar en que había perdido la memoria. Ni tampoco quería, porque le daba miedo. Gracias a Dios nadie hablaba del accidente. Cal procuraba evitarlo. Cuando ella estaba dándole el biberón al bebé, notaba sus ojos clavados en ella. Parecía esperar alguna señal que le indicara que había recordado algo. Pero ella seguía sin poder hacerlo.

Por la noche, rezaba para que Dios le devolviese la memoria. Hasta ese momento, el pasado era una página en blanco para ella. Aunque su marido lo negara, su incapacidad para recordar debía estar haciéndole sufrir bastante. A veces se daba cuenta de su dolor.

Solo con las fotos podía saber cómo había sido su vida antes del accidente. Brittany le había dicho que había un montón de vídeos donde se podía ver, pero Diana no tenía el valor de verlos.

Faltaba poco para ir a ver al doctor Beal. Parecía que aquel hombre sabía de lo que hablaba cuando le dijo que tendría un montón de cosas que contarle. Cada día que pasaba se sentía más incómoda. A veces se imaginaba que era la madre peor del mundo. En aquellos momentos Cal se daba cuenta de sus sentimientos, se ocupaba él del bebé hasta que ella se calmaba. Nunca se quejaba.

A causa de su fobia no podían vivir en la casa que él había construido para los dos. Decía que no importaba, pero ella sabía que no era verdad. Su mundo lo había puesto patas arriba de la noche a la mañana.

—¿Señora? ¿Dónde quiere que ponga el piano?

Había estado tan ensimismada que no se había dado cuenta de que los hombres de la mudanza habían entrado en el salón.

¿Tocaba Cal el piano?

—Supongo que allí, en aquella esquina, alejado un poco de la ventana — les dijo, pensando que su marido sabía hacer algo que no le había dicho todavía. Casi nunca hablaba de sí mismo.

Se sintió culpable por no pensar en él,

—¿Diana? Ya he terminado la instalación en el vestíbulo. Ven

que te diga cómo funciona.

Annabelle se había encargado de instalar todos los dispositivos antirrobo.

—¡Nadie va poder entrar a robar a tu casa a partir de ahora! — le dijo su amiga pelirroja que siempre sonreía— . Es la última tecnología. Solo tienes que activar este interruptor y ni siquiera Cal podrá entrar cuando vuelva del trabajo. Diana se echó a reír.

—¿Tú también tienes esto instalado en casa?

—Más que esto — respondió Rand, agarrando a su esposa por la cintura y levantándola unos cuantos centímetros del suelo— . Antes de casarnos ya lo había instalado y ha ido añadiendo dispositivos con el tiempo. No sé cómo no me ha dado un ataque de corazón.

Los dos se miraron y se besaron. Eran dos personas que se adoraban.

Diana sintió una punzada en el corazón. Entre Cal y ella esas situaciones no se daban.

Incapaz de seguir viendo la felicidad que sentían más tiempo, se dio la vuelta. De pronto se detuvo. Cal estaba a unos metros, observándola. Por la expresión en su rostro, estaba claro que había visto la escena amorosa entre Rand y Annabelle.

Diana deseó que él no hubiera estado allí. Porque mirara donde mirara le recordaría momentos que habían compartido su amor. No podía soportar hacerle sufrir.

Era un hombre tan bueno.

—Perdonad un momento. Voy a ver qué tal está Tyler.

—Lo acabo de ver yo — murmuró Cal— . Está dormido. Además, me gustaría que me dieras tu opinión sobre una cosa. En la otra casa, tú y yo compartíamos el despacho. ¿Quieres que hagamos los mismo aquí, o quieres tu estudio al lado del dormitorio de matrimonio? Hay espacio suficiente para ello.

—No entiendo. La habitación matrimonial es tu habitación.

Cal movió en sentido negativo la cabeza.

—Es mejor que duermas tú allí, porque estarás más cerca del bebé.

—Eso da igual — protestó sonrojándose— . El otro dormitorio está también al lado. No necesito una habitación tan grande y no sé cómo utilizar un ordenador. Deja de ser tan amable conmigo. ¡No puedo soportarlo!

Nada más decir aquellas palabras se arrepintió de decírselas.

—Lo siento… — se disculpó— . No he querido decir eso.

Él se quedó donde estaba. Por la expresión en su rostro, parecía que su respuesta le había dolido.

—Entiéndelo por favor. No puedo soportar que mi accidente te haya trastocado tu vida. ¿No te das cuenta de que me ayudarías más si no estuvieras dispuesto a ceder tanto? Intenta ponerte en mi lugar. Seguro que te sentirías incómodo si yo fuera la que me sacrificara todo el tiempo.

—Tienes razón — le dijo en un tono que nunca antes había utilizado con ella.

—Cal… — lo llamó, tratando de disminuir la tensión que había entre ellos. Pero los hombres de la mudanza eligieron ese momento para entrar en el vestíbulo, impidiéndole endulzar una situación desagradable.

Una situación que había creado ella sola.

Porque si no hubiera sido por él, nunca habría conseguido aquel bebé.

No habría tenido una casa donde vivir. No habría tenido ningún amigo.

Se lo debía todo a él.

¿Cómo podía tratarlo de aquella forma?

¿En qué tipo de persona se había convertido?

—Por si no te has dado cuenta, ya es tarde, colega. Los grillos están cantando. Has hecho el trabajo de diez hombres hoy. ¿Cómo es que sigues aquí?

—¿Quieres decir de en vez de en la cama con mi esposa, que tiene tanto interés por mí como esa sombra de ese árbol? — Cal sacó un cojín de una caja y lo puso en la silla del jardín— . Lo siento Román, en estos momentos estoy…

—Cuéntamelo…

—Esto no va a funcionar. No logro conectar con Diana.

—Entonces deja de intentarlo. Sé tú mismo.

—Es lo que me dijo ella, con sus propias palabras.

—Has conseguido algo, porque está viviendo en casa contigo.

—Eso es un milagro.

—Nadie la obligó a ello. Lo hizo por voluntad propia.

—Te olvidas de Tyler.

—Estoy de acuerdo que el bebé ha contribuido. Pero la he estado observando esta semana. Tiene claros sus gustos. Si no quisiera estar aquí, no estaría. ¿Recuerdas el primer día que trajiste al bebé del hospital?

—¿Cómo podría olvidarlo? En cuanto la enfermera se lo dejó en brazos yo dejé de existir.

—Brit se comportó de la misma forma conmigo cuando trajeron a Yuri a casa. Yo me sentí también desplazado. Pero aquello duró solo unas horas. Y a Diana le pasó lo mismo. Pero lo que no te he contado es que más tarde, ese mismo día, cuando te fuiste a casa a preparar las cosas para la mudanza, se dio cuenta de que no estabas y preguntó por ti. Le dolió el que no le dijeras que te ibas.

—Escucha Román. Te agradezco que estés inten…

—No me has dejado terminar. Hay algo que quiero enseñarte.

—¿El qué?

—¿Recuerdas la noche que te llamé para decirte que vinieras a casa?

—Sí. Dijiste que Diana necesitaba ayuda con el niño.

—Pues te mentí.

—¿Qué?

—A las once de la noche, Diana llamó a nuestro dormitorio preguntándonos cuándo ibas a volver.

—¿Quieres decir que se acordó de mí?

Román le dio un apretón en el hombro.

—Le dijimos que habías pensado dormir en la otra casa hasta que la nueva estuviera preparada. La tenías que haber visto. Se quedó pálida como la pared. Le pregunté si estaba enferma, o quería que le echáramos una mano con el bebé. Ella dijo que no, y nos pidió disculpas por molestarnos. Cerró la puerta y se fue a su habitación. Brit y yo nos miramos y comprendimos que Diana no se sentía segura si tú no estabas en casa. Su ansiedad era tangible, Cal. Por eso te llamé por teléfono. Se convirtió en una persona diferente cuando tú llegaste. Estaba feliz.

—Pues debo ser la última persona en darme cuenta.

—Eso es porque estás alterado y no te das cuenta de las cosas. Por ejemplo, no sabes que Diana le pidió a Brit que no dejara entrar

a Clouseau a la casa, a pesar de que le dijimos que nunca le había hecho nada a Yuri.

—No lo sabía.

—¿Y por qué lo ibas a saber? No era importante. Hay mucha gente que no les gusta que los recién nacidos estén cerca de los animales. Lo que quiero decirte es que tu mujer no tiene miedo de hablar. Puede que haya perdido la memoria, pero sabe lo que quiere y lo que no quiere. ¿No has pensado que la respuesta de hoy puede ser que quiera una relación más estrecha contigo? Es posible que no le estés dejando que se preocupe también ella por ti, averiguar lo que quieres.

—Le dije lo que yo quería antes de que le dieran el alta en el hospital.

—¿Y?

—Se puso a llorar y dijo que ojalá pudiera recodar su pasado.

—Pero no la asustaste, porque de lo contrario no habría estado durmiendo bajo el mismo techo esta noche. A lo mejor tienes que ser más convincente. Brit dice que si ella estuviera en el lugar de Diana, probablemente le asustaría que a lo mejor a ti no te gustara la nueva versión tanto como la antigua.

—Eso es una locura.

—Puede. Sin embargo yo he aprendido a no infravalorar la intuición de mi mujer. Acierta siempre en sus opiniones sobre las mujeres. Prométeme que vas a pensar en lo que te he dicho. Y otra cosa, antes de que se me olvide. La policía nos ha devuelto la carta que dejó la madre. Ya os la— podéis quedar — sacó un papel del bolsillo y se lo entregó— . Y por si todavía no te lo he dicho, me alegra el que seamos vecinos.

—Gracias — le agradeció Cal y le dio un abrazo. Le dio las buenas noches y se fue a casa.

Diana había estado esperando la vuelta de Cal a casa. Aunque no había oído la conversación, sabía que Román había estado hablando con él. Los dos hombres se llevaban muy bien.

Román y su mujer se habían portado muy bien con ella, pero se preguntaba qué pensaban de ella. En aquellos momentos hacían lo que los amigos hacen, tratar de protegerlos hasta que la crisis pasara.

¿Pero y si la crisis no terminaba? ¿Y si nunca volvía a recuperar

la memoria? ¿Cuánto tiempo iba a seguir teniéndolos por amigos, al no ser la misma persona que era antes? ¿Cuánto tiempo iba a pasar antes de que Cal le pidiera el divorcio?

Eran preguntas que la torturaban porque no sabía las respuestas. Se fue a ver si el niño estaba dormido. Se le veía crecer cada día que pasaba. Estaba deseando saber qué color de ojos tenía. Ojalá los tuviera como los de Cal, oscuros y con largas pestañas negras. Cuando sonreía, su marido tenía los ojos más bonitos que había visto en su vida.

Annabelle había dicho que Román era un hombre muy guapo. Aunque Diana estaba de acuerdo en que su jefe era un hombre muy atractivo, al estilo europeo, y Rand también, ella prefería el físico de Cal, mucho más del oeste.

Tyler iba a tener a un modelo perfecto de padre.

Solo había pasado una semana y se había dado cuenta de que Annabelle le había dicho la verdad sobre Cal. Era un hombre único. Ya se lo había demostrado de muchas formas.

El problema era que ella no estaba dando la talla frente a él.

El incidente de esa misma tarde en el vestíbulo lo demostraba. Había estado deseando desde entonces que llegara el momento para disculparse. Pero si no entraba pronto a casa, tendría que esperar a la mañana siguiente.

Deseó que Tyler estuviera despierto. Su cuerpecito caliente siempre la reconfortaba. Pero estaba durmiendo tan plácidamente que no quiso molestarlo. Salió de la habitación y se dirigió hacia su dormitorio.

—¡Oh! — exclamó, cuando se topó con alguien en la oscuridad. Cal debía haber vuelto del patio. Le puso las manos en los hombros para tranquilizarla.

—Perdona, Diana. Has salido tan pronto de la habitación, que no me he dado ni cuenta. ¿Estás bien?

—Sí, sí. Estoy bien — le mintió. Aunque había estado trabajando todo el día, pudo oler el aroma al jabón que utilizaba— . ¿Y tú, estás bien?

Durante los escasos segundos que sus cuerpos habían estado juntos, ella había sentido el latir de su corazón, la dureza de su pecho y de sus piernas.

—Muy bien. ¿Qué tal el niño?

—Muy bien. Se come todo, echa los gases cuando los tiene que echar y duerme. Siempre había oído que los recién nacidos dan mucha guerra. Pero Tyler es un niño excelente. ¿Crees que eso es normal?

—Creo que hemos tenido suerte. Ya que estamos hablando del niño, ven a la cocina, que te quiero enseñar una cosa.

Diana lo siguió intrigada. Cal encendió la luz de la espaciosa cocina.

—¿Qué es? — le preguntó, cuando él abrió el frigorífico para sacar una Coca Cola.

—Lee esta nota y lo sabrás.

Parecía una carta. Empezó a leerla. Levantó la cabeza nada más empezar la primera frase y miró a Cal.

—¿Qué ocurre? ¿Recuerdas haberla leído antes?

La esperanza en sus ojos, la intensidad de su pregunta la hizo sentir culpable otra vez.

—No, lo siento.

—No te disculpes. Al ver tu expresión, pensé…

—Pensaste que había recordado algo. Pero no. La razón por la que me he extrañado es porque la nota está dirigida a mí.

—Así es — comentó él— . Léela.

Sus manos temblaron cuando empezó a leerla. Cuando llegó al último renglón, estaba sollozando.

—¿Estás enfadada conmigo?

Sorprendida por su pregunta, lo miró.

—¿Por qué me preguntas eso?

—Porque no te conté toda la verdad sobre lo que decía la carta desde el principio.

—No, no lo estoy. Además entiendo por qué no lo hiciste. El día del accidente yo pensaba que el niño me pertenecía a mí, por derecho divino. Si hubiera tenido esta carta en la mano hubiera sido mucho peor.

—No hables así de ti misma, Diana. Has pasado por un verdadero calvario que poca gente es capaz de soportar. Todo el mundo está admirado de tu coraje. Yo… — hizo una pausa— , yo te admiro más de lo que te puedas imaginar.

—Eres muy amable, pero necesitaba algo que me pusiera los pies en la tierra. Y esta nota lo ha conseguido.

—¿Qué quieres decir? Yo pensaba que te iba a ilusionar que la madre del niño te eligiera a ti para que cuidaras de él.

—Habla en plural. Te menciona a ti en la carta también. Pero es un arma de doble filo. Quien quiera que sea la madre de Tyler, sabe quiénes somos y dónde estamos. Puede volver cuando ella lo desee. Cada vez entiendo más lo que me dijiste en el hospital, que tenía que estar preparada para devolverlo en el futuro.

Cal se acercó un poco a ella con expresión implacable.

—Yo te dije eso para advertirte, pero no creo que ocurra. Y lo mismo piensa Román. Y yo me fío de él.

—¿Y si las cosas no salen como nosotros queremos y alguien lo adopta primero?

—Ese es el trabajo de Whitney. Va a hacer todo lo que esté en su mano para que nosotros nos lo quedemos. Pero tenemos que cumplir nuestra parte, que es la de conseguir el certificado. Las clases empiezan mañana por la tarde.

—¡Pero a lo mejor no sirve para nada y al final no nos lo podemos quedar!

Su grito reverberó en las paredes de la cocina. Cuando el sonido desapareció, se hizo un silencio tenso. Cal entrecerró los ojos.

—Si eso es lo que sientes, quizá lo mejor sea que vengan por el bebé mañana por la mañana.

—¡No! — se limpió las lágrimas con las manos— . Sabes que no quiero perderlo. Lo que ocurre es que estoy asustada.

—Lo sé. Pero este es un momento en el que tenemos que tener fe. A lo mejor lo que tenemos que hacer es lo que la madre sugiere.

Diana frunció el ceño, sin comprender.

—Nos pide que llevemos a Tyler a la iglesia. A lo mejor, cumpliendo sus deseos, encontramos la paz que necesitamos.

—¿Íbamos nosotros antes a la iglesia?

Cal asintió.

—A la misma en la que nos casamos. Pero no podemos ir todos los domingos, porque yo trabajo esos días también. Y en la agencia Lufka también se trabaja en domingo.

—Pues entonces puedo ir yo. Lo único que preferiría es ir a otra iglesia distinta.

—¿Por qué? ¿Es que has recordado algo?

Otra vez la misma pregunta. Era insoportable.

—No. Ojalá fuera esa la razón. Es porque no puedo soportar la idea de encontrarme con personas que me conocían antes del accidente.

Cal guardó silencio unos segundos.

—Pues iremos a otra en la que nadie nos conozca.

—¿Hablas en serio?

—Diana, nosotros somos creyentes y la iglesia desempeña una parte importante en nuestras vidas. Parece que para la madre de Tyler también, si no, no lo habría mencionado en su nota. ¿Crees que me importa a qué iglesia vayamos?

—No, claro que no. Me gustaría ir este domingo si podemos.

—Iremos — como el sol apareciendo detrás de unas nubes, vio que sus ojos brillaban con una luz que no había visto antes en ellos. Su respuesta le había agradado.

Diana no recordaba haber ido a una iglesia, pero sintió que era lo que tenía que hacer.

—¿Diana? Quiero comentarte algo más.

—Dime — le respondió, sintiendo que el corazón le daba un vuelco.

—¿Me dejas que por la noche te ayude a dar el biberón a Tyler? Me gustaría estar también algo de tiempo con él.

Su petición debía haber supuesto un alivio para ella. Pero su reacción fue una mezcla de sorpresa y desilusión, porque había pensado que le iba a pedir algo que no tenía nada que ver con el niño.

—Claro — le respondió muy animada— . No te lo he sugerido yo antes porque has estado trabajando mucho en la mudanza. Quería que descansaras lo suficiente.

—Lo sé y te lo agradezco. Pero quisiera conocer mejor a mi hijo.

—Y él te necesita a ti también. Buenas noches, Cal. Gracias por enseñarme la nota — añadió— . Quiero que sepas que estoy muy emocionada de que nos haya elegido a nosotros.

Diana salió de la cocina muy deprisa. Le daba miedo admitir que había disfrutado de la conversación con su marido y que cada día que pasaba quería estar más tiempo con él.

Una semana antes, lo había rechazado cuando había intentado besarla. Incluso había pensado en pedirle el divorcio.

¿Cómo podían cambiar tanto las cosas en tan solo una semana?

¿Cómo podía incluso sentirse celosa del bebé que merecía la atención completa de su padre por la noche?

—Vamos Tyler, una sonrisita a papá. Eso es.

Mientras ella tenía al niño en brazos, Cal lo miraba. El perfume de Diana se mezclaba con el olor a polvo de talco del bebé.

—Hoy ya parecemos una familia, hijo. La semana pasada todo eran dificultades, pero parece que se van solucionando — le dijo al niño— . La semana pasada tu madre no quería que estuviera en la misma habitación que ella. Le dijo al médico que no quería venir a casa conmigo. Y en una semana aquí estamos los tres, bajo el mismo techo. Es un buen presagio, Tyler. Recemos para que esto no sea algo temporal — le dijo y le dio un beso en el cuello, en el mismo sitio donde Diana le había dado el suyo.

Puso con mucho cuidado al bebé en la cuna y lo tapó con la manta.

Capítulo 7

—ESTA SERÁ la última clase antes de que los de protección de menores vayan a su casa la semana que viene. Así que repasemos todo. La casa tiene que estar preparada para un bebé. Todos los productos peligrosos de la cocina, baño, garaje y trastero tienen que guardarse en estanterías que no estén al alcance del niño. En la cocina tiene que haber un extintor de incendios. Si hay armas de fuego tienen que estar guardadas bajo llave con la munición separada. El patio tiene que estar valla…

—¿Cal? — dijo Diana— . No me siento bien.

Cal miró el pálido rostro de su mujer y el corazón le dio un vuelco.

—Vamonos.

Al momento siguiente Cal se había levantado de la silla.

—Apóyate en mí — murmuró. Salieron de la habitación tan pronto pudieron.

—Me estoy mareando.

—Vamos al baño.

Sin pensar en quién pudiera haber dentro, empujó la puerta y la ayudó a entrar. Le puso una mano en la cabeza mientras ella vomitaba.

Habían cenado en un restaurante italiano cerca del edificio de los servicios sociales. Hacía ya cuatro horas.

—¿Estás mejor? — le preguntó cuando terminó.

—No mucho. No me atrevo a moverme.

—Pues no te muevas.

Mientras la sujetaba, le limpió la boca con un pañuelo. Empezó a vomitar otra vez.

Minutos más tarde le hizo la misma pregunta.

—¿Te encuentras mejor ahora? — no podía quedarle mucho más en el estómago.

—Sigo mareada. ¡Ayúdame por favor! — se agarró a su brazo.

Podía ser que le hubiera sentado mal la cena, pero Cal pensó que más bien era consecuencia del golpe en la cabeza. Sin pensárselo dos veces, la levantó en brazos y se la llevó al aparcamiento.

Por fortuna el hospital no estaba lejos. Cuando llegaron a urgencias Diana dijo que ya se encontraba mejor y que no quería ver al médico.

—Es mejor que te vea alguien para estar seguros. Solo ha pasado un mes desde que te caíste. Es mejor prevenir.

El doctor Farr, el mismo que la había atendido, estaba de guardia. Cal le explicó la situación.

—Su marido ha hecho bien en traerla, señora Raw— lins. Vamos a examinarla y luego llamamos al doctor Harkness.

—Me siento un poco ridícula — le dijo cuando le sacaron sangre y salió a la sala de espera— . No me gusta estar aquí.

—Ni a mí tampoco — le respondió Cal, colocándose a su lado— . Pero tenemos un hijo que necesita una madre sana.

Y también él la necesitaba sana y salva.

Le miró el cuerpo de arriba abajo. Para él era la mujer perfecta.

—Espero que el niño esté bien, Annabelle debe estar preocupada sin saber dónde estamos — cerró los ojos.

—No creo. Le dije que no nos esperara hasta media noche.

—¿Y por qué le dijiste eso?

—Porque había pensado invitarte al cine después. Pero no me has dado tiempo.

—Perdona por haber estropeado tus planes.

—No tienes que disculparte por haberte puesto enferma, Diana.

—Lo siento, no era mi intención enfadarte otra vez — sus ojos verdes suplicaron comprensión— . Lo que quiero decir es que me hubiera gustado ir al cine.

—Y a mí también. Pero ya iremos en otra ocasión. ¿Has visto que Annie se pone muy contenta cada vez que le decimos si se quiere quedar a cuidar de Tyler?

—Me dijo que lo que más deseaba en este mundo era tener un bebé.

—Y también Rand. ¿Qué tal te encuentras?

—Más o menos igual.

—Siempre y cuando no sea peor.

—No, peor no. Gracias por quedarte conmigo.

Cal trató de no enfadarse.

—¿En qué otro sitio podría estar?

—En ninguno, porque eres un hombre muy bueno — el temblor en su voz y aquel cumplido le recordó a la Diana de antes del accidente. Aquello tuvo un efecto suavizante en él— . ¿Cal?

—¿Sí? — tuvo que aclararse la garganta.

—¿Y si esto es grave? La señora de los servicios sociales va a venir la semana que viene a hacer la inspección final. Si ve que estoy muy enferma, quizá no nos deje a Tyler. Si eso ocurre prefiero morir. No dejes que me lo quiten — le suplicó.

—Eso no va a ocurrir, Diana — le prometió.

—¿Lo prometes?

—Te lo juro.

—¿Señor Rawlins? — lo llamó el doctor Farr— . El doctor Harkness nos ha dicho que tenemos que examinarla más a fondo. Me temo que nos va a tener que dejar solos con ella un rato.

—¡No te vayas lejos! — le gritó cuando Cal se dio la vuelta para marcharse.

—No te preocupes, te esperaré en la sala de espera.

Cuando llegó a la recepción, llamó a Annabelle a contarle dónde estaban. Rand estaba con ella. Le dijeron que se podían quedar con el niño toda la noche y a la mañana siguiente si fuera necesario. Que no se preocupara de nada.

Agradeció la amabilidad de sus amigos y desconectó el teléfono. Después salió a la calle a respirar aire fresco.

Julio había empezado con bastante calor. Aunque por la noche refrescaba un poco, hacía una temperatura sofocante. A Cal le encantaba el verano.

El aroma le recordaba a Diana. La deseaba tanto que casi le dolía el alma.

Ya casi se había hecho a la idea de que nunca iba a recuperar su memoria. Pero si le decían que tenía algo grave, no sabía lo que iba a hacer. ¿Cómo iba a lograr vivir sin ella?

Llegaron varias ambulancias con las sirenas puestas. Aquellas ambulancias le recordaron el sitio donde ella se había caído.

Aquella caída había cambiado sus vidas de forma irreversible.

Se metió en el hospital, para no pensar en el pasado. Estaba deseando ver al doctor Farr para saber cómo estaba Diana. Se sentó a esperarlo.

Transcurrieron cuarenta y cinco minutos agonizantes.

—¿Señor Rawlins? Me alegro de que esté aquí. Su esposa saldrá en unos minutos. Aprovecharé ese tiempo para hablar a solas.

Esas mismas palabras le había dicho el doctor Farr hacía un mes. Se levantó con un miedo indescriptible en el cuerpo.

—¿Tiene algo que ver con el golpe en la cabeza? Quizá habría tenido que estar en la cama cuando la llevé a casa. Si ha habido alguna complicación, quiero que me diga la verdad.

—Señor Rawlins no hay complicación alguna.

—¿Entonces?

—Dígame una cosa. ¿Ha recordado algo desde el accidente?

—Aparte del nombre del bebé, nada más.

—¿Cuándo fue la última vez que tuvo relaciones sexuales con su mujer? Esto es importante, porque lo que ha dicho ella es que no han dormido juntos desde que se la llevó del hospital.

—Así es — murmuró Cal, tratando de imaginarse dónde iba a ir a parar aquella conversación— . La última vez que hicimos el amor fue la mañana del accidente.

—De eso hace casi cinco semanas.

—Sí.

—¿Tomaron alguna medida anticonceptiva?

—No. Aunque el medico le dijo a Diana que tenía que dar un descanso al cuerpo después del último aborto, ella quería seguir intentándolo.

—Bueno, pues entonces todo encaja.

—¿Todo encaja? — repitió Cal.

—Los síntomas de su esposa podían ser debido a una gran variedad de cosas. Pero antes de hacerle una radiografía le hemos hecho un análisis de orina y hemos descubierto que está embarazada.

Embarazada.

El mundo empezó a darle vueltas.

—¿Está embarazada? — susurró sin creérselo.

—Así es.

Cal movió la cabeza sin creérselo.

—¿Está seguro?

El doctor Farr sonrió.

—Totalmente. Su salud es perfecta. Ese es el motivo de sus vómitos y mareos.

—Vamos a tener otro bebé. Es increíble.

—¿Otro?

—Así es. Nos llevamos al niño abandonado con nosotros. Lo vamos a adoptar.

—¿Y su esposa no ha tenido estos síntomas con los otros embarazos?

—No.

—Entonces es normal que no hayan pensado que el embarazo fuera la causa de su malestar. Esto puede ser un síntoma de que este es posible que no lo va a perder.

—¿Por qué dice eso?

—Eso fue lo que una vez el ginecólogo jefe nos dijo a los médicos internos. Decía que era un cuento de viejas, pero nos advirtió de que a veces ese tipo de cuentos son ciertos.

—¿Lo sabe Diana?

—Todavía no. Quería decírselo a usted primero. Dado su historial médico, es importante que informen de inmediato al ginecólogo.

—Es el doctor Leo Brown. Y se lo diremos inmediatamente.

—Es un médico famoso por aquí. Le diré lo que vamos a hacer. En cuando venga su esposa la tranquiliza un poco pero no le diga nada. En cuanto hable con el doctor Harkness llamaré al doctor Brown. Cuando vuelva ya tendré más información y se lo puede decir entonces a su mujer.

Después de felicitarlo, el doctor Farr salió de la sala de espera.

Cal estaba tan contento que no podía casi moverse. Diana y él tenían un niño y ya esperaban el segundo. Dos niños en un año.

—Hola — saludó la auxiliar cuando sacó a Diana en una silla de ruedas. Cuando la enfermera se fue tuvo que luchar con todas sus fuerzas para no dar un abrazo a su mujer y darle la noticia.

—¿Qué tal estás? — intentó mantener una voz calmada.

—Un poco mejor.

—¿Tienes todavía náuseas?

—Tengo el estómago revuelto, pero estoy mejor — miró el reloj — . ¿Por qué crees que tarda tanto el médico?

—Ya ves cómo están esta noche.

—Ya lo sé, pero estoy impaciente.

—Es normal.

—¿Crees que Tyler estará bien?

—Le he dicho a Annie que me llame al móvil si ocurre algo.

—Espero que lo haga.

—Siento haber tardado tanto — dijo el doctor Farr— . Las buenas noticias son que no le ocurre nada.

—¿Estoy bien, entonces? — el alivio en su voz era tangible.

—Yo diría que más que bien. Ahora su marido tiene permiso para decirle la causa de sus mareos.

Diana miró a Cal.

—¿Sabes por qué me he mareado?

Cal tenía un nudo en la garganta.

—Dentro de aproximadamente siete meses y medio vas a tener un bebé.

Después de un largo silencio le preguntó:

—¿Estoy embarazada?

—Ese ha sido el resultado de las pruebas — la informó el doctor Farr.

—Sé exactamente cómo te sientes — le dijo Cal— . Yo he tenido un poco más de tiempo para asumir la noticia.

—Pero si no… — no terminó la frase, por vergüenza a hablar de algo tan íntimo delante del médico.

—Hicimos el amor la mañana del accidente. Y no utilizamos ningún método anticonceptivo. El doctor Brown nos dijo que era mejor esperar un tiempo a quedarte embarazada, pero no le hicimos mucho caso.

Diana lo miró con cara de sorpresa. Aquella noticia era difícil de asumir. No sabía si ponerse contenta o no. La indecisión le puso un nudo en la garganta.

—¿Señora Rawlins? He hablado con el doctor Brown. Le gustaría verla mañana en su consulta. Tiene que llamar a las ocho para concertar una cita.

—Gracias, doctor Farr — le susurró.

—De nada. Si quiere que le dé mi opinión, tiene suerte de

haberse quedado embarazada ahora. Al principio puede ser difícil tener que cuidar de dos bebés. Yo lo sé bien, porque mi mujer y yo tuvimos gemelos la primera vez. Pero merece la pena. Cuando son mayores se entretienen entre ellos mucho más.

—Puede que tenga razón. Muchas gracias, doctor.

—Bueno, los dejo solos.

—Ahora mismo vuelvo, Diana.

Cal siguió al médico.

—Gracias por todo — le dijo— . Me alegro de que haya sido usted el que haya atendido a Diana en las dos ocasiones.

—Es mi trabajo.

—Y lo hace muy bien, créame.

—Y usted también, señor Rawlins. A pesar de su pérdida de memoria, he comprobado que su esposa se encuentra cómoda con usted.

Cómoda nada más.

—No creo que yo hubiera sabido afrontar una situación así tanto tiempo, si mi mujer no se acordara de todo lo que hemos pasado juntos. Los dos son personas con mucho coraje. Mucha suerte.

Tardó solo unos segundos en vestirse, pero Diana esperó a que el médico se marchara, después de hablar con Cal. Por la forma en que estaban conversando, estaba claro que preferían que no los interrumpiese. En especial su marido.

Se había tomado la noticia de su embarazo con mucha calma. Pero aunque él no lo quisiera reconocer, con un niño en casa y otro en camino, se tendría que sentir más atrapado que nunca. Por eso estaría hablando con el médico.

Habían transcurrido cinco semanas desde el accidente. Ya había hablado en dos ocasiones con el doctor Beal y la había ayudado a superar sus miedos, viendo con buenos ojos la forma en que Cal y ella estaban manejando la nueva situación.

Le aconsejó que cada vez que se levantara por la mañana viera las cosas como si la botella estuviera medio llena, en vez de medio vacía. Hasta ese momento, esa filosofía le había sido de mucha utilidad. Cal había sido un modelo de padre y de marido.

¿Qué hombre se habría quedado en el cuarto de baño sujetándole la cabeza para que vomitaría? Era un hombre perfecto, en todos los sentidos. Todo el mundo lo alababa, en especial el

doctor Beal.

Pero su matrimonio no era perfecto. Porque no eran un matrimonio, en el sentido real de la palabra. Tan solo lo eran en un papel.

Cal nunca buscaba su compañía, a menos que Tyler estuviera delante. Pero ella en algunos momentos había deseado que le hubiera dado la mano, que la tocara.

Aunque la verdad era que esa misma noche él había pensado llevarla al cine. Y habían terminado en urgencias. Solo por culpa suya. Cal estaba llevando demasiadas responsabilidades sobre sus hombros.

¿Cuántas veces se había arrepentido de lo que le había dicho la primera noche en el hospital?

Pero él le dijo que lo que hacía por ella no era un sacrificio. Que era su esposa y que estaba enamorado de ella.

Los ojos se le arrasaron de lágrimas. Pero el hombre que de forma tan ardientemente le había declarado su amor, ya no existía. En su lugar había una copia que se limitaba a cumplir con un deber sagrado para él.

Si ella no hubiera sido tan egoísta, si no hubiera reaccionado de la forma que reaccionó con Tyler, todo aquello no hubiera ocurrido. Cal no habría estado condenado a vivir con una mujer que nunca habría elegido en caso de que hubiera tenido que elegir otra vez.

Tendría que haber hecho lo que le indicaron sus instintos el primer día. Cal había dicho que aceptaría una separación. Seguro que la habría ayudado a encontrar un apartamento. Se habrían divorciado de forma amistosa. Y cuando hubieran descubierto que estaba embarazada, habrían acordado un sistema de visitas cuando el niño hubiera nacido. Cientos de parejas vivían situaciones similares. No era imposible.

Pero por ella todo eso no había ocurrido. Por miedo a que ella sufriera, su marido había hecho demasiados sacrificios.

Por eso Cal solo se mostraba feliz cuando iban de visita algunos amigos a ver a Tyler. Llevaba aquella carga con resignación, de la que solo se liberaba en compañía de sus amigos.

En aquellos momentos veía la alegría en sus ojos. Algunas tardes, Rand y Gerard iban a verlo mientras Cal estaba trabajando en el jardín. Se tomaban unas cervezas y hablaban de sus cosas,

como lo debían haber hecho en muchas otras ocasiones.

Y lo oía reírse con ganas. Pero esas facetas de su personalidad nunca las mostraba cuando estaba a solas con ella.

Porque no la deseaba. Tenía que enfrentarse a esa realidad. Cal había cambiado y no había forma de que se volviera a enamorar de ella. Su marido merecía la libertad. Porque veía la forma en que se comportaban otras mujeres cuando estaban con él. Si por ella hubiera sido, les habría sacado los ojos por la forma que lo miraban, en concreto a Verónica, la chica morena que iba con ellos a las clases.

Diana no sabía si antes del accidente había sido una esposa celosa, pero estaba comprobando que ese sentimiento era muy destructivo.

Por suerte las clases habían terminado, porque si no le habría dicho cuatro cosas a aquella mujer. Cada vez que recordaba la forma en que se dirigía a su marido, sentía que le subía la adrenalina por todo el cuerpo.

Pero el problema era que sentía que Cal no estaba enamorado de ella y eso la hacía ponerse a la defensiva y estar muy vulnerable. Lo que lo agravaba era saber que podía conseguir a la mujer que él quisiera. Aunque él siempre se comportaba como si no existieran. Y era el hombre más atractivo que hasta el momento se había encontrado. Lo deseaba y lo quería de todas las formas que una mujer puede querer a un hombre.

Le parecía imposible haberlo rechazado como lo rechazó el primer día.

La única forma de solucionar todo aquello era divorciándose.

Se lo diría esa misma noche, cuando se fueran a dormir a camas separadas. Pero si se divorciaban perdería a Tyler. ¿Cómo iba a perder a su querido bebé?

Estaba comportándose de forma egoísta de nuevo. Si de verdad quería a aquel niño, tendría que dejarlo.

Tyler se merecía una familia que se quisieran el uno al otro. Solo de esa forma podría crecer sano, con un padre y una madre que realmente se amaran.

Y el bebé que llevaba en su vientre también se merecía una relación así. Pero el accidente había cambiado el curso de sus vidas para siempre. Diana tendría que hacer lo mejor para Tyler y para su

marido.

En cuando al bebé que llevaba en su vientre, si podía permanecer allí nueve meses más, sería mejor que creciera en una casa en la que no hubiera tensiones.

Si se quedaba con Cal no se lo podría garantizar. Nada había peor que querer a un hombre que ya no te quería.

Lo mejor era vivir sola. Cuando el bebé naciera ella le daría todo su amor. Y lo mismo haría Cal. Pero de forma separada.

Era mejor no pensar en la mujer con la que estaría viviendo Cal en aquellos momentos.

Armándose de valor, se dirigió hacia donde estaba Cal.

—Cuando quieras nos vamos.

Cal se dio la vuelta. La miró como evaluando si se había recuperado ya.

—Me siento mucho mejor — le aseguró ella fijándose en los labios tan masculinos que tanto deseaba que se posaran en su boca.

—Muy bien. En cuanto lleguemos a casa te metes en la cama. Yo me encargaré de Tyler.

Diana prefirió no discutir con él. Cuando llegaran a casa hablarían de todo.

—Pareces muy tranquila — murmuró él cuando arrancó el coche — . ¿Has vuelto a tener náuseas?

—No — bajó la ventanilla para respirar aire fresco. Por primera vez desde el accidente se sintió tímida a su lado— . Cuéntame algo del doctor Brown. ¿Me cae bien?

—Mucho — le respondió él, con un tono de voz un poco extraño.

—¿Es joven o viejo?

—De mediana edad. Y muy amable.

—Eso me gusta.

—Diana… — su nombre quedó prendido del aire— . ¡Dime algo! Dime qué te pasa. Acabamos de saber que estás embarazada. Es la noticia más importante que le pueden dar a una pareja que deseaba tener un hijo tanto como nosotros.

—Es cierto. En realidad tengo muchas cosas que decir. Pero prefiero hablar en casa, cuando Ran y Annabelle se hayan ido. ¿No te importa?

La única respuesta fue la del sonido que hicieron las ruedas del

Saab cuando él pisó el acelerador a fondo.

Capítulo 8

—BUENAS noches. Gracias de nuevo por cuidar de Tyler.

—No tenéis que darnos las gracias y lo sabéis. Cal estaba de pie en el salón observando a su esposa, que se había ido a despedir a Rand y a Annabelle. Cuando le preguntaron qué le habían dicho en el hospital, ella les contestó que le había sentado mal la cena.

No dijo una sola palabra de que estaba embarazada.

Diana no se había comportado de la misma forma desde que le habían dado la noticia. El cambio había añadido una nueva dimensión a su relación.

Bendito Tyler, que podía dormir tranquilamente en su cuna. Era imposible ponerlo como excusa para no hablar con Cal. En el coche ella le había dicho que iba a hablar con él. Proféticas palabras, ya que él llevaba tiempo queriendo mantener una conversación con ella.

Para ello había pensado llevarla al cine, para decirle que aquello de dormir separados cada vez le gustaba menos. La necesitaba. Si no se acordaba de cómo hacer el amor, él se lo enseñaría.

Aunque no se tocaran, podrían empezar a dormir juntos. Y cuando se sintiera más cómoda la abrazaría, la besaría y no haría nada más si no quería.

Diana había ido virgen al matrimonio, pero en la noche de bodas los dos habían sentido el fuego en el cuerpo y ella había sabido lo que hacer por instinto. Desde el principio la experiencia sexual había sido una experiencia satisfactoria.

Pero estaba dispuesto a ir poco a poco, hasta que ella estuviera dispuesta. Si le dejaba a ella que tomara la iniciativa, no tendría nada que temer. Sabía que confiaba en él. Sabía que el desagrado que había sentido al principio hacia él ya había desaparecido. Era

un comienzo. Quería que ese comienzo empezara esa misma noche.

—¿Cal? Ya se han ido.

Al fin.

Cada vez que entraba en la habitación y veía sus piernas, el corazón le daba un vuelco. Cada vez estaba más guapa. Tenía unos ojos que le dejaban sin respiración.

Diana se sonrojó. Mejor así. Tenía que darse cuenta de que él la deseaba. Desde el accidente, cuando estaban juntos en el salón, ella se sentaba en el sofá lo más alejada de él que podía.

Pero esa noche, los dos permanecieron de pie. Él se puso las manos en la cintura.

—Parece que esta noche los dos tenemos mucho que decirnos. ¿Por qué no me dices lo que te preocupa?

Estaba nerviosa.

—Está bien — le respondió con voz temblorosa— . Creo que es mejor que nos separemos.

Se quedó helado donde estaba.

—Dilo otra vez — le pidió.

—Ya sé que puede ser una sorpresa…

—«*Sorpresa*» no es la palabra que lo puede definir — la interrumpió— . Hace menos de una hora nos han dicho que vamos a tener un niño. ¿Cómo puedes estar hablando ahora de divorcio?

Nunca lo había visto tan enfadado.

—¿Qué es lo que quieres hacer, no ir al ginecólogo para abortar otra vez?

—No, Cal… Escúchame, por favor.

—¿Por qué? — le replicó— . ¿Para que me cuentes tus planes para librarte también de Tyler?

—No lo entiendes. Eso es lo más terrible que me puede pasar, pero Tyler se merece un hogar con dos padres que se quieran.

—Y nosotros no nos queremos, ¿no? — le preguntó.

—Cal, por favor. Sé comprensivo. Yo no soy la misma mujer con la que te casaste.

—¿Me he quejado yo alguna vez de eso?

—No, porque eres un hombre demasiado bueno como para rechazar a la mujer con la que te has casado, aunque se haya convertido en una desconocida para él.

—Tú no eres una desconocida.

—Sabes lo que quiero decir — le dijo con voz temblorosa.

—No. Me temo que me lo vas a tener que decir.

—Yo sé que soy diferente a como era antes. Todos nuestros amigos se han portado muy bien conmigo, pero a veces los he visto mirarme como si yo fuera un bicho raro.

—¿Te he hecho yo sentirte de la misma manera?

—¡No! — le respondió. Agradecida tenía que estarle por ello— . Ese es el problema.

—¿Qué problema?

—Tú nunca muestras lo que estás pensando, como los demás. Pero en el fondo sé que estás haciendo comparaciones.

—¿Es que quieres que te diga en lo que has cambiado desde que tuviste el accidente?

—¡Sí! No… No lo sé. Pero qué más da — gritó angustiada— . No soy la misma persona.

—No, no lo eres.

—Cuando en el hospital me dijiste que me querías, fue porque nunca pensaste que la amnesia me iba a durar tanto.

—Estás equivocada, Diana. La primera vez que no me quisiste dar un beso, tuve la premonición de que nunca ibas a recuperar la memoria. Y para serte franco, desde que volviste del hospital nunca he tenido esperanza de que la recuperaras.

Aquellas palabras le hicieron perder toda su energía. La vio cómo se apoyaba en los cojines del sofá.

—Yo también pienso que jamás voy a recordar mi pasado.

Aquella declaración lo dejó destrozado.

—Algunas veces me he vuelto loca pensando que daba igual. Otros días he preferido olvidarme de que había tenido el accidente. Pero miro las fotos que hay en la casa. Las de mis padres y mis abuelos, tus padres y tus abuelos, las de la boda, los viajes, los amigos. No recuerdo nada. No te puedes imaginar lo que es.

Por primera vez desde el accidente le estaba haciendo partícipe de sus sentimientos. Quería que le contara más.

—Cuéntamelo.

—Es horrible. El otro día estaba viendo la televisión y salió una mujer que tuvo una experiencia extrasensorial. Había muerto en la mesa de operaciones y sintió cómo salía de su cuerpo y se miraba a sí misma. Así es como yo me sentí cuando Brittany me enseñó el

vídeo de la fiesta de Navidad.

Cal sintió un escalofrío en todo el cuerpo.

—No tendría que habértelo enseñado — por eso él había guardado todos los vídeos.

—No le eches la culpa a ella, Cal. La obligué yo casi a que me los enseñara. Quería ver cómo nos relacionábamos tú y yo antes del accidente.

—¿Qué vídeo te puso?

—En el que estabas tocando el violín y yo te acompañaba al piano. Yo no sabía que a los dos nos gustara tanto la música…

Cal cerró los ojos. Al final de aquella pieza él se había acercado a ella y le había dado un beso. Y ella respondió de forma apasionada y todos empezaron a aplaudir.

—Algunas veces tocábamos en la iglesia.

—Me lo contó Brittany — admitió ella— . ¿Cómo es que no he visto el violín por ninguna parte?

—Es que lo he enviado para que le pusieran cuerdas. Todavía no lo he ido a recoger.

—El otro día, cuando llevé a Tyler a echar la siesta — empezó a decir— , saqué una partitura y me fui al piano para ver si la podía tocar. Y me quedé sentada, sin poder tocar una nota — le dijo temblándole la voz.

Cal esperó. Al poco tiempo empezó a llorar.

—No puedes seguir casado conmigo, Cal. Pero te prometo que yo me ocuparé del niño cuando nazca. En cuanto a Tyler… — no pudo continuar.

Cal se levantó y se quedó mirándola. Estaba a punto de asumir un riesgo que podía hacerle perder todo. Pero dado que ya lo había perdido, merecía la pena arriesgarse.

—Si eso es lo que quieres, por mí no hay ningún problema. Iniciaremos los trámites esta misma semana. Pero primero tienes que hacer algo por mí.

—¿Qué? — preguntó ella levantando la cabeza.

—Duerme conmigo esta noche.

Diana se quedó boquiabierta. Podía ser una perversión, pero su sorpresa le produjo placer.

—Te prometo que no haré nada que no quieras hacer. Solo quiero sentirte cerca de mí. El accidente ha cambiado nuestro

matrimonio. Es una forma de decirle adiós a mi esposa. Hace mucho tiempo que no te abrazo — su voz tembló— . En la oscuridad no distinguiré entre la nueva y la antigua Diana. Tu olor es el mismo. Por una vez no estaré haciendo comparaciones.

Se dio la vuelta para marcharse.

—Si no vienes cuando hayas acabado de dar a Tyler el biberón, sabré que ha sido pedirte mucho.

Diana salió de la habitación de Tyler a las dos y diez. A continuación se fue a dar una ducha. Después de ponerse una bata se fue a la habitación de matrimonio. Su marido la había invitado a dormir con él. Y era lo que iba a hacer.

Qué ironía era no recordar cómo habían concebido al niño que llevaba en sus entrañas. Lo mínimo que podía hacer, sabiendo que iba a tener un hijo suyo, era conocer la sensación de sentirse en sus brazos.

—¿Diana?

Se sobresaltó.

—Por favor, no enciendas la luz.

—No la iba a encender. Solo quería que supieras que no estoy dormido.

El corazón le dio un vuelco. Habría sido más fácil si hubiera estado dormido. Había suficiente luz en la habitación como para ver su silueta en la cama. Parecía incluso más grande. Al principio había pensado que iba a ser más fácil, pero le estaba costando mucho tomar la decisión.

—No te vayas — parecía que le había leído el pensamiento. Era humillante.

—No me voy a ir.

—Cerraré los ojos si quieres.

—Da igual — le dijo mientras pensaba en lo ridículo de la situación.

—Puede que a veces ladre, pero no muerdo.

Diana esbozó una sonrisa antes de dar unos pasos en dirección a la cama. Se sentó en el borde y echó para atrás las sábanas.

—No ladras.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque nunca te he oído ladrar.

—Así que me has estado escuchando. Lo tomaré como un

cumplido.

Diana se sonrojó.

—Desde que Tyler está en casa he desarrollado mucho el oído.

—Lo mismo me ha ocurrido a mí.

Volvió a sonreír.

—Pues debes ser de los pocos.

—¿Qué quieres decir? — Cal se había dado la vuelta y lo estaba mirando. A pesar de la distancia, podía sentir el calor de su cuerpo.

—Brittany me dijo que después de la primera semana, Román no se despertaba para darle a Yuri el biberón.

—No me extraña. Tiene tanto trabajo que a veces tiene que quedarse por la noche. Duerme cuando puede.

—Me siento culpable entonces por habernos quedado allí cuando trajimos a Tyler a casa.

Cal se apoyó en el codo.

—Román se habría ofendido si nos hubiéramos ido a otro sitio. Además, él vivió en nuestra casa un par de semanas cuando estaban remodelando la suya.

—¿Antes de casarse con Brittany?

—Sí. Y siempre ha intentado devolvernos el favor.

—Entonces me siento un poco mejor.

—¿Mejor como para acercarte un poco a mí?

Le puso una mano en los hombros y tiró de ella. No tuvo otra elección más que ponerse a su lado y esconder su rostro en su cuello.

Se sintió bien junto a él, sobre todo cuando notó sus piernas duras como la roca.

Llevaba solo una camiseta y calzoncillos. Su piel olía a limón. Oyó un quejido escaparse de su garganta, como si hubiera estado corriendo durante horas y al fin alcanzara la meta.

Cuando le besó el pelo, ella empezó a temblar. Debió notarlo, porque en ese momento le puso la mano en la espalda, acariciándosela como si fuera un gatito.

—¿Te doy miedo? — su tono de voz bajo y vibrante hicieron que su cuerpo se estremeciera.

—No.

—¿Por qué estás temblando entonces? ¿Tienes frío?

Estar en sus brazos era como estar cerca de un fuego.

—Ya sabes que no — le respondió.

—Me encanta tu franqueza.

—¿Es que antes no era igual?

—Lo eras, pero desde el accidente la llevas como un estandarte. Es una sensación desafiante. Mantienes las distancias. Así no hay forma de que nuestro matrimonio se estanque.

—No tenía ni idea de que pudiera ser tan entretenida — le respondió ella.

—Eres muchas más cosas — le besó el cuello. El corazón le empezó a latir con fuerza— . Te has convertido en un verdadero misterio. Nunca sé lo que va a ocurrir después. Cuando me casé contigo no sabía que iba a tener dos mujeres por el precio de una.

—¿No decías que no podías distinguir las diferencias en la oscuridad?

Sus risas hicieron que la cama se moviera. Le encantó su risa.

—Mentí.

—Pues tu franqueza también es sorprendente.

—¿Prefieres que no te diga la verdad?

—No — le respondió— . Eso sería horrible.

—Yo también pienso lo mismo. Pase lo que pase en el futuro, sabemos que por lo menos tenemos algo en lo que confiar.

Diana se movió como si estuviera incómoda. Sin darse cuenta le había puesto la mano en el pecho.

—¿Quieres que hablemos de ello?

—¿De qué?

—Del futuro.

—Podemos hablar de lo que tú quieras — le susurró él, acercando la boca a su mejilla. Cuando le mordió el lóbulo de la oreja, pensó que su cuerpo se iba a derretir— . La única pega es que son más de las tres y tengo una reunión mañana por la mañana temprano.

Se le cayó el alma a los pies.

—Lo siento, no me había dado cuenta.

—Es que no te lo dije. Con todo lo que ha ocurrido hoy, se me había ido de la cabeza. Pero te prometo que intentaré estar despierto todo lo que pueda.

Diana se sintió culpable.

—No, Cal, esta conversación puede esperar.

—¿Estás segura?

—Totalmente. Tienes que dormir. ¿Quieres que te despierte cuando me levante a dar el biberón a Tyler a las seis y media?

—Eso sería perfecto. Buenas noches, Diana.

—Buenas noches.

Diana empezó a levantarse de la cama, pero él la sujetó con el brazo.

—No te vayas. Quédate aquí a mi lado.

Cuando menos se lo imaginaba, se acercó a ella y le dio un beso en la boca.

—Por si no te lo había dicho, quiero que la reunión no dure mucho. De esa forma podré ir contigo y Tyler a ver al doctor Brown, cuando te dé la cita. Lo único que tienes que hacer es llamarme al móvil.

Casi no podía respirar de lo pegada que tenía la boca a la de ella.

—No me gustaría molestarte mientras estás reunido.

—Antes lo hacías. Y me alegrabas el día. Siempre estaba deseando llegar a casa y estar con mi preciosa esposa. Todos los hombres de la oficina estaban celosos, en especial cuando venías a la oficina a la hora de la comida para darme un beso.

Acercó la boca a la de ella con un sentimiento de posesión que casi la deja mareada. Cuando terminó, se apoyó en la almohada. A los pocos segundos había caído dormido. Ella, sin embargo, estaba completamente despierta.

A causa del accidente toda su vida había cambiado. Una nueva casa, un bebé.

Una nueva vida.

Y otro niño en camino.

Cal había hecho el trabajo de doce hombres para que ella estuviera bien instalada. Todo aquello lo había dejado rendido.

Según Brittany, Cal era uno de los hombres más importantes de Salt Lake Valley en negocios inmobiliarios.

Con toda la responsabilidad que llevaba sobre sus hombros todavía era capaz de cuidar de ella sin quejarse en ningún momento. Lo peor que podía hacer por él en aquellos momentos era divorciarse. Pero no quería interponerse en su camino para que eligiera a la mujer con la quisiera pasar el resto de su vida.

Solo por Tyler, el divorcio tenía que resolverse lo más rápidamente posible. El bienestar de aquel adorable bebé era prioritario. Era necesario que aquel niño encontrara una familia que lo cuidara y lo quisiera. Cuanto antes encontrara una familia que lo adoptara mejor.

Sin embargo solo pensar que se tenía que separar de Cal o Tyler se ponía enferma. ¡Eran lo único que tenía en la vida! Uno de ellos estaba durmiendo tan feliz en su habitación. El otro en sus brazos. Pero todo era un sueño que se desvanecería en cuanto amaneciera.

Haberse empeñado en llevarse a Tyler del hospital con ellos había sido una equivocación. Tan grande como el haberse metido en la cama con su marido.

Quería un recuerdo y ya lo tenía.

Ya sabía lo que era un beso de su marido. Y ahora quería más.

Lo quería todo.

Pero nunca iba a ser como antes.

La recepción del doctor Brown estaba abarrotada. Cal no parecía sentirse extraño con Tyler en sus brazos. Diana le había puesto un traje de béisbol, zapatillas de deporte y una gorra. Cal le había girado la visera. Todo el mundo quería abrazar al bebé que decían era idéntico a él.

Cal no podría haberse sentido más padre de Tyler que si lo fuera en realidad. Dijera lo que dijera Diana, no estaba dispuesto a apartar a aquel bebé de su vida.

La noche anterior, cuando la besó, Cal pensó que le iba a dar un infarto. Era posible que su mente no se acordara de él, pero su cuerpo sí. Había respondido como la Diana que él conocía. Después de cinco semanas de no hacer el amor con ella, tuvo que hacer un tremendo esfuerzo por controlarse.

Se cambió al niño de hombro.

La mente era algo increíble. Para que se diera cuenta de que todavía estaba enamorada de él, tendría que hacer algo drástico.

La noche anterior, cuando le había dicho que quería el divorcio, su mente había ideado otro plan. Probablemente era más inmoral e ilegal que el que se le ocurrió para conseguir que fuera a casa cuando salió del hospital por primera vez.

La excusa que le había dado de que tenía una reunión a primera hora fue una mentira en parte. Tenía una reunión, pero había sido con Whitney mientras Diana estaba dando el biberón de las doce de la noche a Tyler.

—¿Señor Rawlins? El doctor Brown quiere hablar con usted en su despacho.

Al oír la voz de la enfermera se levantó y llevó a Tyler por la zona de recepción y a lo largo del pasillo hasta el despacho del médico.

—Doctor Brown — asintió, antes de darle a Diana el niño. Se sentó en la silla al lado de la de su esposa.

El médico sonrió a Cal.

—He de felicitarlos por duplicado.

—Gracias, doctor Brown. Es mucho al mismo tiempo, pero no me quejo. ¿Qué tal está mi esposa?

—En general, su salud es excelente. Tiene el hierro un poco bajo, pero le daré unas vitaminas y algo para que no tenga náuseas. Le he estado explicando que tenemos que cerrar el útero lo antes posible. Lo podemos hacer aquí mismo pasado mañana. Aunque se le ponga anestesia local, tendrá que venir alguien a acompañarla. Me gustaría hacerlo temprano, con lo cual tendrá que estar aquí a las seis y media.

Cal miró a su esposa, que estaba dando besos a Tyler.

—¿Te parece bien, Diana?

Levantó la cabeza pero no lo miró a los ojos.

—Si a ti te parece bien. No sé si tú puedes.

—Sí puedo.

—Muy bien — dijo el médico levantándose y estrechando la mano de Cal— . Felicidades otra vez.

—Gracias.

Cal puso la mano en la cintura de Diana y salieron del despacho. Tenía un sentimiento de ser una familia según iba caminando por el pasillo. Cada poco la cadera de ella rozaba su muslo. Después de probar su boca la noche anterior, cualquier contacto era electrizante.

Cuando llegaron al aparcamiento, la ayudó a subir al coche, después abrió la puerta de atrás y colocó a Tyler en su asiento. Cerró la puerta y se sentó al volante.

Antes de arrancar la miró mientras sopesaba si le tenía que decir lo que le iba a decir.

—¿Le has dicho que nos íbamos a divorciar?

Su rostro perdió toda expresión. No lo miró.

—No. Pensé que eso no le interesaba a nadie más que a nosotros.

—Y a nuestro abogado, claro.

Los nudillos de su mano se pusieron blancos de lo fuerte que estaba apretando el apoyabrazos.

Complacido con esa respuesta, consideró que era el momento de ir directamente a la yugular.

—Sabiendo que querías iniciar el proceso cuanto antes, le he pedido a Whitney que se encargue de todo. Es una persona que te gusta. Espero haber hecho lo correcto.

—Siempre haces lo correcto. Es una mujer que me gusta — le respondió.

—Dado que es un divorcio de mutuo acuerdo puede representarnos a los dos sin problema. Será muy discreta.

—Seguro que lo es — la oyó decir sin cambiar mucho el tono de oz. No sabía si iba a poder continuar aquella farsa pero tenía que continuar hasta el final.

—Me ha dicho que tendremos que entregar a Tyler inmediatamente — vio cómo se movía incómoda en el asiento— . Una compañera suya en el bufete que se encarga de adopciones tiene clientes que están esperando un bebé. Lo único que tiene que hacer es una llamada y Tyler podrá vivir con una familia incluso esta misma noche.

Permaneció en un silencio sepulcral.

—A mí me parece mejor esa idea que no pasar por el orfanato. ¿No crees?

Bajó la cabeza. No podía hablar.

Sabía que la estaba torturando, pero no tenía más remedio.

—Por lo menos podremos consolarnos sabiendo que fuimos sus padres adoptivos y que le dimos todo el amor que pudimos.

Estaba casi temblando.

—Y para no tener que desplazarnos nosotros, Whitney me dijo que podría ir a casa hoy a la hora de la comida e iniciar los trámites. Por la tarde el niño ya puede estar con sus padres

adoptivos. Dado que te van a intervenir pasado mañana, es la mejor forma de arreglar las cosas. Cuando vuelvas a casa no tendrás que mover un dedo.

Cal hizo un gesto con la mano muy ostentoso, para que viera que estaba mirando la hora.

—Será mejor que nos demos prisa, porque no me gusta tener a Whitney esperando.

Capítulo 9

—¿DIANA? ¿Qué razones quieres que pongamos aquí para divorciarnos? Los tres estaban sentados en torno a la mesa del salón. Como de costumbre, el marido de Diana había sido el que había preparado los bocadillos y las bebidas, pero Whitney parecía que era la única que tenía apetito.

Diana abrazó a Tyler y miró a su marido. No le había dirigido una sola palabra desde que habían llegado a casa. Pensar que iban a dejar de tener al bebé esa misma noche lo estaba matando a él también. Tenía aspecto triste.

—Ya sé que este no es un divorcio típico, pero tengo que decir una razón — comentó Whitney.

Diana no sabía si podía continuar con todo aquello con Cal en la habitación. Le dio un beso al bebé en la frente. Whitney debió sentir la tensión que se respiraba, porque comentó:

—¿Cal? ¿Puedes dejarnos a solas unos minutos?

—En absoluto — respondió de forma solemne— . ¿Me llevo al bebé?

—Puede ser lo mejor. Dale a mami un beso antes de irte.

Intentó no desmoronarse delante de Cal, cuando él levantó al niño en brazos y salió de la habitación. Pero en el momento en que desapareció por la puerta, Diana empezó a llorar.

—Esto tiene que ser horroroso para los dos, Diana. Lo siento.

Cinco minutos más tarde Diana todavía no había conseguido recuperar el control.

—Perdona, Whitney.

—Tómate el tiempo que quieras. Tengo toda la mañana libre. Cuando salga de aquí iré directamente a ver a John Warren, el abogado del que te habló Cal.

—Todo esto es muy doloroso. No sabía lo que iba a suponer en realidad cuando lo planteé.

—Cal me dijo lo mismo cuando me contó que le habías pedido el divorcio. Una cosa es creer que vas a hacer algo y otra distinta es hacerlo. Y yo debería saberlo mejor que nadie.

—¿A qué te refieres?

—¿No te he contado cómo conocí a Gerard?

—Solo que os conocisteis en un viaje por Europa.

—Sí, pero no sabes por qué estaba allí. Es una historia larga de contar. Para resumirla, digamos que mi hermana se quedó embarazada en el mismo viaje que hizo por Europa el año pasado. El padre del niño estaba casado. Yo me enfadé tanto que inicié todos los trámites para llevarlo a juicio y que pagara los gastos de mantenimiento del niño.

Diana escuchaba con atención y Whitney continuó.

—Al principio lo hice por venganza, no pensé en las consecuencias. No pensé en lo que eso iba a afectar a mi hermana, o al niño, que era el que menos culpa tenía de todos. Gerard había ido en ese mismo viaje para capturar a un espía que estaba pasando secretos a una potencia extranjera. El espía resultó ser el profesor de francés de mi hermana que utilizaba a sus alumnos para conseguir sus fines. En ese viaje, la eligió a ella como vehículo de información y la dejó embarazada. Y en el vieja que hice yo, me eligió a mí.

—Eso es horrible.

—Así es. Pero por fortuna estaba Gerard para protegerme. Cuando conocí la identidad real del padre, todo cambió. Ya no quise vengarme. Entendí el porqué mi hermana no quería dar a conocer la identidad del padre del niño. Esta tan segura de que estaba haciendo lo que tenía que hacer. Pero casi arruiné su vida y la mía.

—¿Entonces tu hermana no sabe que tú conoces la identidad del padre?

—No. Mi familia pensó que yo me fui a México y conocí a Gerard allí — dio un suspiro— . Te estoy diciendo todo esto porque quiero que entiendas que algunas veces iniciamos algo que estamos pensando y sabemos lo que estamos haciendo. Creemos que es lo justo para todo el mundo. El problema es que algunas veces nos equivocamos. Tuve suerte de recapacitar antes de hacer algo de lo

que me iba a arrepentir. Como abogada tuya, te aconsejo que te pienses bien si quieres divorciarte de Cal y perder a Tyler. En estos momentos puede parecerte lo más…

—No está enamorado de mí — le respondió angustiada.

Whitney echó para atrás la cabeza.

—A mí me dijo que está enamorado de ti.

Diana se levantó y empezó a caminar por la habitación.

—Lo dijo solo porque es una persona noble. Cal no es de las personas que rompa el compromiso matrimonial, aunque su mujer sea una psicótica.

—Pero tú has empezado a quererlo en este tiempo, ¿no? ¿No es esa la razón por la que te quieres divorciar de él?

—Sí. Pero yo no soy la misma mujer que era antes.

—Eso lo sabe él mejor que tú y sin embargo quiere seguir casado contigo.

Se puso las manos en la cara.

—Solo porque está Tyler.

—Si piensas así, renuncia a Tyler y deja por ahora la idea del divorcio, a ver qué pasa.

—Pero estoy embarazada.

—Ya lo sé. Cal me lo ha contado. Y creo que deberías estar feliz.

—Y lo estoy. Pero eso solo hace que Cal se sienta más obligado a quedarse conmigo.

Se produjo otro largo silencio.

—Veo que ya lo has decidido. Me recuerdas a mí misma en aquel viaje. Lo único que puedo hacer es esperar que no te equivoques y luego te arrepientas. Naturalmente yo haré lo que tú me digas.

—No tengo otra elección, Whitney. Seguro que tú lo ves igual.

—Lo que yo vea da lo mismo. Es tu vida y tú tienes que asumir las consecuencias. Voy a poner que es por incompatibilidad debido a amnesia, como la razón para el divorcio. Cal ya ha arreglado todo para que tanto si trabajas como si no trabajas, te quede suficiente dinero para el resto de tu vida. Tiene propiedades en todo el valle y ha dejado estipulado que puedas elegir la que quieras para ti y para el niño. Pagará los gastos de acondicionamiento, decoración y todo lo necesario. El juez es el que decide los períodos de tiempo que tienen que estar la madre y el padre con el niño. Cal me dijo que

también pagaría la atención médica que recibieras y…

—Por favor, no sigas — la interrumpió porque empezó a marearse— . Lo siento. No quería ser grosera, pero empezaba a sentir náuseas.

—Ya me ha dicho Cal que esta vez te dan mareos. Lo siento. Es justo lo que necesitabas.

—¿Whitney? — dijo Diana alarmada— . Cal dijo que los padres adoptivos podrían venir esta misma noche. Si estoy así, no creo que pueda verlos. ¿Podrías decir que vengan mañana?

—Si John los ha llamado, no creo que se pueda cambiar.

—¿Pero cómo podemos estar seguros de que son los padres que Tyler necesita?

—No se puede saber. La única garantía es que han pasado una serie de pruebas, se ha estudiado su pasado y las condiciones en las que viven.

Diana se puso a temblar.

—La madre natural del niño quería que fuéramos Cal y yo los que lo cuidáramos. Ella nos conocía. Nos encomendó que lo lleváramos a la iglesia.

—Lo sé. Y seguro que le dolería si se enterara de que se lo dais a otra pareja. Pero en esos momentos, ella no sabía que os queríais divorciar.

—Yo no quiero divorciarme, Whitney. Tengo que hacerlo solo para que él sea feliz.

—Lo entiendo. En cuanto tenga los documentos preparados, te los traeré para que los firmes — se levantó del asiento— . Llamaré a John y te diré cómo ha quedado.

Le dio un abrazo a Diana.

—Siento mucho todo esto. Sabes que estoy dispuesta a hacer cualquier cosa para que esto no sea tan mal trago. Si puedo conseguir que vengan los padres mañana, lo haré.

Diana le dio las gracias antes de irse a su dormitorio a llorar de forma desconsolada.

En algún momento debió quedarse dormida. Cuando se despertó no sabía dónde estaba. Lo único que sintió fue el bebé a su lado. Levantó la cabeza y descubrió que Cal y Tyler estaban acostados con ella.

Los ojos marrones de su marido la estaban mirando, como

pidiendo permiso para entrar en su alma.

—Te oímos llorar y vinimos a consolarte.

Tyler estaba entre ellos, completamente despierto. Formaban una buena familia los tres juntos. Diana se acercó y le dio un beso al bebé. Pensar que no iba a poder hacer eso nunca más era terrible.

—Diana… — murmuró Cal— . Whitney me ha llamado y me ha dicho que ha conseguido que sus clientes vengan mañana,

—Qué alivio.

—¿Qué te parece si vestimos al niño y nos vamos a pasar la tarde a Liberty Park?

—¿Dónde está eso?

—Cerca. Compraremos algo y nos lo comeremos debajo de algún árbol. Así podremos dar un paseo a Tyler. Solo si estás bien.

—Estoy bien. El doctor Brown me dio unas pastillas para no marearme. Me apetece la idea de tomar el aire.

—Muy bien. Vamos allá, pues.

No tardaron mucho en preparar todo y marcharse. Hacía mucho calor y Diana se recogió el pelo en una coleta. Al ver que tenía muchas ganas en un cajón del aparador, se imaginó que debía llevarlo de esa forma.

Después vistió a Tyler con un trajecito verde, se cambio de vestido y se puso unos pantalones cortos y una camiseta amarilla. Cuando salió, vio que Cal también se había puesto pantalones cortos y camiseta negra. Los dos llevaban sandalias.

Aunque no dijo una palabra, sus ojos hablaban por él. Estaban sonriéndole. Tenían un brillo que nunca antes había visto.

Aunque no lo recordaba, algo por dentro le dijo que entre él y ella había habido momentos similares antes. Estaba feliz. Y eso no podía fingirse. Debía de ser porque iban a salir a dar una vuelta juntos.

Para ser franca, ella había deseado pasear con su marido. Cal era un hombre muy atractivo.

Por primera vez se olvidó de las preocupaciones y trató de disfrutar el momento. Se sentía viva y no quería que nunca terminara el día.

Después de pasear y contemplar la vida animal, y reírse juntos de una familia de codornices que iba delante de ellos, Cal compró perritos calientes y palomitas.

Se sentaron en una manta debajo de uno de los inmensos pinos y comieron. A Tyler no le gustaba mucho que lo dejaran a un lado. Se turnaron para darle el biberón.

—Es el mejor bebé que hay en la tierra.

Cal asintió.

—Eso es porque eres una madre maravillosa.

Se le puso un nudo en la garganta.

—Gracias, pero tú también estás participando en su educación.

—Gracias.

Los ojos de Cal brillaron antes de tumbarse en el suelo y ponerse a Tyler encima.

—¿Recuerdas el Rubáiyát de Ornar Khayyám?

Se terminó el helado y se limpió la boca con una servilleta.

—¿Es lo de una barra de pan, una jarra de vino y tú?

Cal asintió.

—No tenía que ser padre, porque si no habría dicho una barra de pan, una botella de vino, un bebé y tú.

Su comentario la hizo reír, hasta que se dio cuenta de lo cruel que era recordar cosas que había leído, pero nada de su vida anterior.

—¡Piensa en otra cosa! — la reprendió Cal. No sabía cómo pero parecía que podía leer su pensamiento y sabía con exactitud lo que estaba pensando— . Disfruta de este momento conmigo y trata de no pensar.

—Lo estoy disfrutando. Más de lo que tú piensas.

—Y nosotros también — levantó a Tyler y le dio un beso en la tripa. El bebé sonrió mientras él lo subía y lo bajaba en sus brazos.

Había comido hacía poco y con tanta excitación podía vomitar lo que había comido. Pero prefirió no decir nada.

Al poco tiempo colocó al bebé entre ellos. Diana se puso de costado y acarició la cara de Tyler. Abrió y cerró los ojos y después estornudó.

—Es tan dulce e inocente… — comentó Diana.

—Está totalmente a nuestra merced — murmuró Cal. La miró a los ojos— . Así estabas tú cuando yo entré en el hospital después de tu caída. Como un bebé recién nacido, totalmente indefensa. He estado esperando decir esto durante mucho tiempo, Diana. Déjame decírtelo ahora. Eres la mujer con más coraje que jamás he

conocido.

—Si a mí me hubiera pasado lo que te ha pasado a ti, no sé cómo habría reaccionado. Pero seguro que no con tu paciencia y gracia.

Notó una sensación sofocante en su pecho.

—Gracias por confiar en mí lo suficiente como para dejarme ayudarte. Soy tu marido y me sentí indefenso.

—Te portaste muy bien con Tyler y conmigo. No fue difícil confiar en ti.

—Entonces no tengo derecho a pedirte más — murmuró en tono grave— . Está oscureciendo, será mejor que nos vayamos a casa.

El cambio tan brusco de conversación la pilló desprevenida. Sus últimas palabras siguieron resonando en su mente. Cal debió notar su gesto de preocupación.

—¿Quieres que vayamos a montar en los caballitos con Tyler, antes de irnos a casa?

—Me encantaría.

Cuando llegaron, Cal fue a comprar las entradas.

—¿Qué caballo prefieres?

—El blanco.

—Muy bien. Nosotros iremos en el negro de al lado.

En cuanto los caballitos empezaron a girar, el caballo de ella empezó a subir y bajar. Al poco tiempo, la cabeza empezó a darle vueltas. Se agarró con fuerza a la barra.

Cal debió darse cuenta de la cara de terror que tenía. Se bajó y la ayudó a bajarse. La atracción no se detuvo, pero él logró bajarlos a los dos sin peligro alguno.

Se sentaron en el banco que encontraron más cerca.

—Lo siento, cariño — le susurró— . Estaba disfrutando tanto que me olvidé de tu problema. Perdóname.

La abrazó y la acurrucó. Aquella preocupación por ella la llenó de gozo.

—Estoy bien. De verdad. Mucho mejor que el día que me llevaste a casa desde el hospital. Anda, vamos.

—Sujétate en mí — le puso una mano en la cintura y la apretó contra él. Le encantaba estar tan cerca de su cuerpo. Le hubiera gustado estar de esa manera siempre.

Cuando llegaron a casa ya se le había pasado el mareo y logró

entrar por su propio pie. Cal la siguió con Tyler en brazos.

—Será mejor que lo bañemos antes de acostarlo.

—¿Quieres que lo hagamos juntos?

La cuenta atrás había empezado. Podía sentirlo. Y Cal también. Aquella noche era la última noche que podían pasar como si fueran una familia. Quería alargarla lo máximo posible.

El bebé pareció sentir que algo especial estaba ocurriendo. Le encantaba el baño. En cuanto sintió el agua caliente en su cuerpo empezó a chapotear. El agua le salpicó a la cara de Diana y Cal empezó a reír, con esa risa cálida tan reconfortante que tenía.

El bebé le había hecho un favor, porque así Cal no se daría cuenta de que estaba llorando. Había estado tragándose las lágrimas toda la tarde.

Cuando acabaron de darle el baño, los dos estaban empapados. Pero les daba igual. El cuidar de Tyler los llenaba de gozo y satisfacción.

Cal no lo tenía que decir, porque lo veía en sus ojos.

Pero al día siguiente por la noche otros padres distintos se encargarían de llevar a Tyler a la cama.

Tuvo que tragarse las lágrimas.

¿Se daría cuenta Tyler de la diferencia? ¿Echaría de menos las nanas que le cantaba? ¿Echaría de menos las canciones que Cal se inventaba y que a ella tanta gracia le hacía?

—¿Quieres algo de beber? — le susurró cuando salieron de la habitación del niño.

—Sí, estoy sedienta — lo siguió hasta la cocina.

—¿Quieres una Coca Cola o algo más fuerte?

Después de un momento de duda, respondió:

—¿Tú qué vas a tomar?

—Una cerveza.

—Pues yo otra.

La miró con cara de sorpresa.

—¿Es que antes no me gustaba?

—Ni lo más mínimo.

—¿Y qué tomaba? — por alguna razón empezaba a dar lo mismo su pasado.

—Vino blanco.

Sirvió un poco en un vaso y se lo dio. Diana tomó un sorbo.

—Parece que antes tenía buen paladar — comentó ella.

—El problema es que no creo que el doctor Brown te lo permita.

—¡Es cierto! No me acordaba de que estaba embarazada. A lo mejor es porque no re…

—Así es — la interrumpió con delicadeza— . Yo sí me acuerdo de la mañana que te dejé embarazada. Era una mañana deliciosa de junio.

Dio un sorbo de la lata de cerveza.

—Se oían los pájaros cantar por la ventana. Me había dormido después de hacer el amor y estaba soñando que me estabas besando. Cuando abrí los ojos, vi que no era una fantasía. Me estabas besando.

Diana se enrojeció.

—Los dos queríamos que te quedaras embarazada, a pesar de que el médico nos había dicho que tenías que darle un descanso al cuerpo. Esa mañana no quisiste esperar más y me dijiste que no me pusiera nada.

Dudó unos segundos, y luego añadió:

—Aunque sabía que no era lo mejor, hay que ser un hombre y tener lo que yo tenía entre mis brazos para decir que no. Los dos estuvimos remoloneando en la cama, sin ganas de ir a trabajar. Pero tú habías quedado con Román en hacer unas cartas a primera hora. Y te dejé que te marcharas. Una hora más tarde, mientras me estaba afeitando, llamaron del hospital. Me dijeron que el bebé estaba bien, pero que a mi esposa la estaban tratando de un golpe que había recibido en la cabeza. Que si podía ir cuanto antes.

Terminó la cerveza de un trago y tiró la lata a la basura.

Diana se puso los dedos en los labios, recordando el beso que él había querido darle en el hospital.

—Después de esa apasionada mañana, no me extraña que te doliese tanto el que te rechazara como te rechacé.

—El problema, Diana, fue que yo fui egoísta y no logré entender al principio lo que era haber perdido la memoria. El médico me dijo que estabas desorientada pero yo no logré entenderlo del todo. Ya te he dicho en el parque que eres la mujer más valiente que conozco. Estoy avergonzado de mi conducta en el hospital.

—No digas eso, Cal. Ni lo pienses siquiera. Si hay alguien que tenga que pedir disculpas, soy yo. Nadie ha sido tan cariñoso como

tú, ni lo puede ser.

—Yo era un desconocido para ti, y todavía lo soy.

Ella movió la cabeza.

—No, eso no es verdad.

—Prométeme solo una cosa, Diana.

—¿Qué?

—Que cuando nos divorciemos saldrás conmigo de vez en cuando.

Diana se apoyó en el mostrador de la cocina para no caerse.

—Seguro que ya te habrás dado cuenta de que estoy enamorado de ti. Si quieres saber qué Diana quiero, te puedo decir que no lo sé. Las dos sois más o menos igual.

Cal la miró con cariño.

—Cuando nos casamos, no sabía que iba a conseguir dos mujeres por el precio de una. Y yo no quiero ser fiel a una y traicionar a la otra. Estoy dispuesto a cometer adulterio con cualquiera de vosotras. Y si por mí fuera cometería adulterio todos los días. Puedes negarlo si quieres, pero sé que anoche disfrutaste estando conmigo en la cama. Y esta tarde sé que te lo has pasado bien. Si dices lo contrario sé que mientes.

—No iba a decir que no — le confesó lo más bajo que pudo, porque el corazón le latía con fuerza.

De repente él se levantó y tomó las llaves que estaban en la mesa del desayuno.

—¿Dónde vas? — le preguntó ella alarmada.

—Tal y como me siento ahora no estás segura conmigo. Vendré mañana por la mañana para ayudarte a preparar a Tyler.

Diana se quedó boquiabierta. No sabía cómo reaccionar, ni qué decir.

—En cuanto me vaya echa la llave. Si Annabelle ha hecho bien su trabajo, nadie puede salir ni entrar sin tu permiso.

En un abrir y cerrar de ojos salió por la puerta de atrás. A los pocos segundos oyó el motor del Saab. Tyler lo debió oír también, porque empezó a llorar. Nunca se despertaba a aquellas horas de la noche.

¿Podría sentir el niño que su familia se estaba separando?

Capítulo 10

DESPUÉS de conducir un rato por Parley's Canon, donde luchó contra sus propios demonios, Cal volvió a casa de Román a pasar la noche. Se levantó a las siete de la mañana, se fue a su casa y llamó a la puerta.

A juzgar por las marcas debajo de los ojos verdes de Diana, cuando ella le abrió la puerta, tampoco había conseguido dormir mucho. Llevaba una bata y a Tyler llorando en brazos.

—¿Cuánto tiempo lleva llorando? — le preguntó Cal.

—Desde que te fuiste.

—Déjamelo un rato.

De nada sirvió. Tyler no se tranquilizaba. Parecía que tenía fiebre.

—¿Has llamado al médico?

—Sí. Dijo que podían ser varias cosas. Le he estado dando algo para que le baje la fiebre. Tendríamos que estar dándole muchos líquidos pero no quiere el biberón.

—Déjame que intente darle algo de zumo. Vete a la cama.

—No puedo. Whitney me dijo que los padres que van a adoptar a Tyler vendrían esta mañana. Si está enfermo, no podrá ir a ningún sitio.

—La llamaré por teléfono.

—Ya la he llamado yo. No me ha devuelto la llamada.

—Lo hará.

Sin mirarlo, le preguntó:

—¿Has pasado la noche en casa de Román?

—Sí. Estuve a punto de venir a eso de la una, pero tendría que haberte llamado por teléfono para que me hubieras dejado entrar. Y tenía miedo de despertarte a ti o a Tyler. Si hubiera sabido…

Diana movió en sentido negativo la cabeza.

—No tienes que disculparte. Por lo menos pudiste dormir en casa de Román.

—Eso es mucho decir.

No sabía si le había oído o no, porque en el momento en que puso a Tyler en la cuna, empezó a llorar.

Lo levantó otra vez en brazos, lo sacó de la habitación y se lo llevó al dormitorio de matrimonio.

—Vamos chiquitín. Dejemos que tu madre descanse un poco.

Después de varios intentos de consolarlo, Cal se lo puso boca abajo sobre su estómago y comenzó a acariciarle la espalda. De pronto reinó la paz.

Cal notó la presencia de Diana en la puerta. Giró la cabeza y la miró a los ojos.

—¿Sabías que mi mano obra milagros?

—Menos mal que has conseguido tranquilizarlo. Voy a ducharme y a vestirme.

—Muy bien.

—Cuando llame Whitney…

—Sé lo que tengo que decirle — la interrumpió.

Pero ella no sabía que no iba a llamar por teléfono. Que se iba a presentar a eso de las nueve e iba a poner la excusa de que John Warren se había confundido y les había dicho que podían ir por Tyler a las nueve.

Pasaron quince minutos. El bebé se durmió. Cal lo puso con mucho cuidado en la cuna, lo tapó con la sábana y se fue al cuarto de baño a ducharse también.

Cuando salió, con una toalla alrededor de sus caderas, vio a Diana al lado de la cuna de Tyler. Se había puesto unos pantalones blancos de algodón y una camiseta beige. Se había cepillado el pelo. Estaba guapísima.

Cuando lo oyó abrir uno de los cajones del aparador, lo miró.

—¿Ha llamado Whitney? — le preguntó.

Cal movió en sentido negativo la cabeza.

Su rostro adquirió un tono de sufrimiento, antes de volver a concentrarse en Tyler. Cal aprovechó ese momento para vestirse.

Cuando terminó, se acercó a ella y le dio la mano.

—Vamos — le dijo y la levantó. Juntos salieron del dormitorio y

se fueron al salón.

—Mejor esperamos aquí. He desconectado el teléfono de la habitación para que Tyler no se despierte.

—Mejor, porque el pobrecillo no ha dormido nada.

—No te preocupes, los niños son muy duros.

—¿Cómo es que sabes tanto de niños?

—No sé nada.

—Pues no lo parece, porque has conseguido lo que yo no conseguí anoche.

—Probablemente tenía el estómago revuelto. Seguro que cuando vine por la mañana ya estaba agotado de tanto llorar.

—¿Crees que tiene algo grave?

—No creo, si no el médico te habría dicho que lo llevaras a urgencias.

—Tienes razón — le respondió— . Lo que no entiendo es por qué no ha llamado Whitney. Hasta que Tyler no esté bien, no se puede ir a ningún sitio.

—Diana, Tyler está bien. Los padres que se lo van a quedar sabrán cómo cuidar de él. Todo está ya arreglado. No te olvides. Mañana por la mañana tendrás que ir al ginecólogo. Eso no lo puedes aplazar porque arriesgarías…

No pudo terminar la frase, porque en aquel momento sonó el timbre.

Whitney había llegado justo a la hora que le dijo.

—¿Quién puede ser tan temprano? — preguntó Diana.

—No lo sé. Vamos a ver.

Lo siguió hasta el vestíbulo. Cuando abrió la puerta, fue Diana quien exclamó:

—¡Whitney, pensábamos que ibas a llamar primero!

Whitney miró a Cal e intercambiaron una mirada.

—Era lo que iba a hacer, pero John no se enteró muy bien y le dijo a sus clientes que vinieran aquí a las nueve. Así que pensé que era mejor venir antes, para que te dé tiempo a prepararte mentalmente. Por suerte todavía no han venido.

—Entra — murmuró Cal. Su mujer estaba tan alterada que no la había saludado siquiera. Era algo extraño en ella.

Whitney había pedido a unos colegas de John que fingieran ser los padres que iban a adoptar a Tyler. Si aquella farsa no daba los

resultados que él esperaba, el bebé tendría que ingresar en un orfanato para que una familia lo adoptara.

Whitney entró en el salón. Se había puesto un traje de chaqueta azul, como cuando iba al juzgado a representar algún caso. Era para dar autenticidad a aquel montaje.

Cal había pensado que su mujer a lo mejor cambiaría de opinión antes. Gotas de sudor aparecieron en su frente cuando Whitney empezó a sacar los documentos.

Si Diana no se retractaba en su decisión, aquello iba cada vez más en serio.

Él había confiado en que el milagro ocurriera la noche anterior, para que la representación no hubiera llegado tan lejos.

Su vida, su amor, se le escapaba entre las manos cada minuto que pasaba. Se sintió aterrorizado y desvalido, de la misma forma que se sintió en el hospital cuando ella lo rechazó.

El timbre de la puerta sonó de nuevo.

—Ese es John. Voy a abrir — Whitney se levantó a abrir.

La cara de Diana estaba blanca como la pared, cuando Whitney entró con su colega en el salón. Se saludaron. Cal vio que su mujer estaba rígida por la tensión.

—Mis clientes están fuera en el coche. Están deseando ver al bebé, como os podéis imaginar.

—Pues ha estado malito toda la noche. Me temo que no podrá ir a ningún sitio.

—No se preocupe, señora Rawlins — le explicó con tono amable — . Es una situación ideal, porque así los padres tendrán que cuidarlo y podrán establecer un vínculo más estrecho.

Los músculos de su rostro se pusieron en tensión.

—Tyler ya tiene una relación muy estrecha con nosotros.

—Estoy seguro de ello, pero en muy poco tiempo se acostumbrará a sus nuevos padres.

—¿Cal? ¿Puedo hablar contigo unos minutos en privado?

—Claro.

La siguió hasta la cocina. Movió la cabeza y su cabello acarició sus hombros. Su actitud agresiva le recordó a la Diana de otros tiempos.

—No se pueden llevar a Tyler.

—Diana… esa pareja está esperando ahí fuera.

—Lo sé. ¡Pero no pueden llevárselo! — sus ojos verdes se arrasaron de lágrimas— . Es nuestro. Yo me lo encontré — su voz vibró— . Su madre quería que viviera con nosotros toda su vida.

Cal respiró hondo.

—Pero eso significa que tú tendrás que vivir conmigo también.

Diana tragó saliva.

—Lo sé. Y… y quiero hablar contigo de eso.

—¿De qué?

—De lo del divorcio.

—¿No es lo que quieres?

—Eso pensaba, pero he cambiado de opinión.

—¿Por qué? — le preguntó aguantándose como pudo la alegría que sentía por dentro.

—No puedo explicártelo ahora. Esa gente está esperando para llevarse a nuestro bebé. Dile a Whitney que vamos a adoptar a Tyler. Diles que sentimos todas las molestias, pero que la madre de Tyler quiso que nosotros cuidáramos de él. Somos una familia y seguiremos siendo una familia.

—Amen — susurró Cal— . Les diré lo que me has dicho y luego hablamos.

—De acuerdo — respondió ella— . Diles que me disculpen, pero ahora mismo no podría ver a nadie. Me voy a ver qué tal está Tyler.

—Dale un beso de mi parte.

Diana asintió, medio riendo, medio llorando, antes de salir de la cocina.

Cuando se fue, Cal se dirigió al salón, casi levitando.

Whitney nada más verlo se imaginó todo. Se levantó y le dio un abrazo.

—Parece que todo ha salido bien. Ya verás que contento se pone Gerard cuando se lo cuente.

—Te debo la vida, Whitney.

—No, no me la debes. Ha sido un placer.

John estaba de pie sonriendo.

—¡Por cierto, vaya mujer que tienes!

—¿A cuál de ellas te refieres?

Whitney se rió y John puso cara de no saber de qué se reía.

—Vamonos John, en el coche te lo explicaré todo.

Diana estaba mirando a Tyler. Ya tenía que haber vuelto Cal. Se

estaría solucionando todo el papeleo.

Le puso la mano en la frente al bebé. Por suerte ya no tenía fiebre. Seguro que seguiría dormido otro par de horas.

Se fue a la cocina a preparar el desayuno. Seguro que Cal tampoco había desayunado en casa de Román.

—Parece que me has leído el pensamiento. ¿Quieres que te ayude?

—Si quieres, haz el café. A mí se me da fatal.

—Ahora mismo lo hago. Pero antes dime una cosa.

Sabía lo que le iba a preguntar.

—Si no quieres responderme, yo responderé por ti.

—Cal… — empezó a decir Diana.

—Te has enamorado de mí.

—Sabes que sí.

—Dilo.

—Creo que he querido decírtelo desde hace mucho.

—Diana…

Cal la miró.

—Estoy enamorada de ti — le dijo— . Locamente enamorada — le puso las manos en la cara.

—Y yo también de ti, cariño.

Inclinó la cabeza y le dio un beso en la boca. Sus cuerpos se juntaron. El beso que se dieron la noche anterior solo fue el preludio de aquella comunión de cuerpo y alma. Diana no pensaba que dos personas pudieran llegar a tal nivel de pasión.

—Cariño… — murmuró él con la respiración entrecortada— . Tienes que decirme si el doctor Brown te dijo si podíamos hacer el amor. ¿Se lo preguntaste?

—Sí. Y me respondió que después de la operación nos tendríamos que abstener durante unas semanas. Y los dos últimos meses del embarazo. Pero entre medias…

—Bendito sea ese hombre.

La levantó en brazos y la llevó a la habitación. Cuando la dejó en la cama, se acostó a su lado.

—Hasta que nuestro hijo despierte, eres toda mía.

—¿No tienes miedo de agotarte? — se burló, poniendo la cara en su cuello— . Porque vas a hacer el amor con tus dos mujeres.

—Ya me doy cuenta — le respondió— . Me siento como si

estuviéramos en nuestra luna de miel. Me tiemblan las piernas y estoy tan excitado que creo que podría morir en tus brazos.

—Así me siento yo. Te amo, Cal, y siempre te amaré.

—Esas mismas palabras me las dijiste la noche de bodas. Veo que mis dos mujeres piensan lo mismo de mí. Soy un hombre con suerte.

—Ojalá me pudiera ver ahora Verónica.

—¿Verónica? ¿Qué Verónica?

—Esa morena que iba a nuestra clase y que hacía todo lo posible para que te fijaras en ella.

—Pues no me acuerdo — le respondió.

—Mejor.

—Me parece que mi mujer número dos tiene celos. Pero no tiene por qué preocuparse. A mí me gustan las rubias con ojos verdes y piernas bien formadas.

Diana se sonrojó.

—Y creo que tu mujer número uno debe ser igual. Eso es por estar casadas con un hombre como tú.

—¿Qué clase de hombre es ese?

—Un hombre maravilloso — le respondió con la voz cargada por la emoción— . Tardaría toda una vida en definirlo.

Los ojos de Cal ardieron de deseo.

—Me gusta oírte decir eso. No te puedes imaginar lo que me apetecía estar contigo así como estamos. Ven que te abrace.

Epílogo

—¿CAMARADAS? — Gerard se tomó muy en serio el juego— . Antes de empezar, ¿os conté alguna vez cuando Whitney entró en la peluquería en Grenoble?

—Eso está en Francia, por si no lo sabéis — aclaró Yuri.

—Quería que le lavaran el pelo y la peinaran y quería impresionar a los franceses con su conocimiento del idioma. Así que abrió su diccionario de bolsillo y dijo en francés, «*Bonjour, messieurs. Je voudrais un lavage, s'il vous plait*».

Yuri empezó a partirse de risa. Y lo mismo Gerard.

—Traducidlo, por favor — dijo Román— . No todos somos lingüistas como vosotros.

—Pues porque lavage es un enema.

Todos se pusieron a reír a carcajadas.

Esa era la primera fiesta a la que había ido Cal con todos sus amigos y esposas desde el nacimiento de su hija, Heidi, hacía un mes. A pesar de estar divirtiéndose estaba un poco incómodo porque las mujeres se habían ido por la comida y todavía no habían vuelto.

Durante aquel año Diana y él se habían hecho dos personas inseparables, incluso más unidos que antes de la amnesia.

Se sentía incómodo. Primero por el temor a que le ocurriera algo cuando estaba sola. Y segundo, porque hacía tres meses que no habían hecho el amor.

—Ya que estamos contando historias de nuestras mujeres — comentó Rand— , la mía estaba espiando a una supuesta inválida para una compañía de seguros que no creía que estuviera discapacitada. Pero no podían demostrarlo. Mientras Phil, uno de los agentes, se apostaba con una cámara, Annabelle se puso detrás

de la silla de ruedas de la mujer y fingió haberse tropezado. Nada grave, por supuesto. La mujer empezó a gritar, se levantó de la silla y salió corriendo como una muchacha de veinte años. Phil grabó todo en un vídeo. La compañía de seguros le pagó el triple de lo que había pedido.

Cal se empezó a reír a carcajadas. Mientras todos estaban intentando calmarse, Yuri le dijo a Román:

—Cuéntales la broma que le gastaste a Brittany.

—Me mataría si se entera de que os lo he contado.

—Anda, venga, que no se lo vamos a contar.

—Fue justo después de que nos casáramos. Brit descubrió que Yuri puso micrófonos ocultos en el coche de Jeannie antes de casarse y así oía lo que hablaba de él. Así que se le ocurrió hacer lo mismo en el mío. Phil, desde la unidad móvil, vio por accidente el micrófono en mi coche y me lo contó. Naturalmente no dejé escapar la ocasión para divertirme un poco. Jeannie grabó una cinta con voz distinta, para que no se la reconociera, en la que parecía que estábamos teniendo una aventura. Cuando entré en el coche puse la cinta.

—¿Cuánto tiempo estuvo sin hablarte tu mujer? — le preguntó Rand.

—Pues el problema fue que no logró que el receptor funcionara dentro de la casa.

Todos empezaron a reírse.

—Cuéntales lo que hiciste, anda.

—Pues la convencí para abrir la ventana del dormitorio y escuchar la cinta en un cassette de la oficina. ¿Os podéis imaginar lo estúpido que me sentí? Eran las dos de la mañana y yo sentado en el jardín como un tonto mientras mi mujer escuchaba esa tontería.

Cal asintió.

—Así me sentí yo a la una de la mañana hace nueve meses. Le dije a Diana que pusiera la alarma para que no pudiera entrar nadie pero no pensé que iba a funcionar. Tu mujer hizo un trabajo excelente — le dijo a Rand.

—Hace muchas cosas bien.

—¡Qué vas a decir tú! — comentaron los demás.

—¿Acabo de oír a Gerard pronunciar mi nombre en vano?

Todos giraron la cabeza y vieron a Annabelle en la puerta. Las mujeres habían vuelto. Olía a comida griega. Cal se levantó del sofá y se fue al lado de Diana.

Diana estaba en la cocina esperando…

Parecía que había estado esperando esa noche desde siempre. Estaba tan emocionada que casi temblaba.

Whitney había organizado aquella reunión. La mejor amiga de Brittany, Denise, se iba a quedar con Heidi y Tyler hasta el día siguiente al medio día.

Todo estaba arreglado. Lo único que esperaba Diana era a su marido.

Cal entró en la cocina como si fuera a alguna misión. Solo la sensación de estar en la misma habitación le hacía sentir un escalofrío en la espalda. Se quedó al lado del fregadero, bebiendo un vaso de agua.

—Hola, cariño — saludó Cal. Le apartó el pelo y le dio un beso en el cuello— . ¿Quieres que te eche una mano?

—No, no te preocupes.

—¿Dónde está la comida?

—Había pensado algo diferente que comida griega esta noche.

—¿Por qué?

—Ya lo verás. Vamos — le agarró la mano y tiró de él.

—¿Dónde vas?

—Vamos a cenar. Venga, vamos.

—¿Lo sabe Whitney?

—Todos los saben.

Cal la siguió. El patio estaba cubierto de nieve.

—Yo conduzco. No vamos muy lejos.

Solo recorrieron tres kilómetros, hasta llegar a La Caille, un restaurante francés cerca de Alta Canyon.

Antes de dirigirse al restaurante dio un volantazo y se metió por un caminito que llegaba hasta una casa que había entre los árboles. Aunque nunca había entrado a aquella casa, Cal pensó que aquel era el sitio perfecto para pasar una luna de miel.

El corazón empezó a latirle con fuerza.

—Ven conmigo — su sonrisa casi lo derrite.

Salió del coche y la siguió. Abrió la puerta y de pronto se encontró en la típica casa de campo francesa.

—La chimenea estaba encendida. Las sombras de las llamas se reflejaban en las paredes. La mesa estaba puesta con velas y botella de champán incluida.

Cal cerró la puerta y abrazó a Diana.

—Pensé que el doctor Brown había dicho que teníamos que esperar seis meses.

—Nos mintió. Feliz día de san Valentín, cariño.

La cara de Diana estaba radiante. Sus ojos, su pelo, todo en ella brillaba. El aire helado de la noche había sonrojado sus mejillas. Su boca. La besó. Un beso largo.

—Has hecho de todo por estar conmigo. ¡De todo! — le susurró en los labios— . Whitney me contó la farsa que montaste para que se me quitara de la cabeza lo del divorcio. Gracias a Dios me entiendes mejor de lo que yo misma me entiendo. Ahora me toca a mí hacer de todo por ti. Te voy a estar adorando toda la noche a partir de ahora — le dio un beso en la barbilla— . Quédate ahí y no te muevas.

Cal no se habría movido aunque hubiera querido. Diana había creado aquella noche para ellos dos. Aquella manifestación de amor lo conmovió.

Mientras él miraba a su alrededor, ella volvió al salón con tan solo un albornoz que le llegaba hasta las rodillas. En el brazo tenía otro para él.

Con los pies descalzos y sus cabellos dorados parecía un ángel.

No pronunciaron una palabra. Se miraron y ella lo ayudó a desnudarse y a ponerse el albornoz. Después de atárselo a la cintura, se lo llevó y lo acomodó en los cojines frente al fuego. Cuando se sentó, se puso de rodillas frente a él, sirvió champán y le dio una copa. Levantó la suya al aire.

—Por el cielo, que es lo mismo que estar contigo.

Cal sintió que el cuerpo le temblaba. Empezaron a besarse. Poco a poco los besos se fueron haciendo más intensos. Cal saboreó la intimidad del momento como un regalo que Diana le dio.

La dulzura y belleza de su cuerpo y su alma eran como una droga para sus sentidos. Estaba tan embriagado de amor que ni siquiera se dio cuenta cuando ella le agarró la mano derecha.

—Con este anillo, te desposo desde este momento y hasta la eternidad.

El corazón de Cal golpeó con fuerza contra su pecho mientras ella le ponía el anillo.

—Como puedes ver no es igual que el que te puse en la otra mano. Ese es de oro con diamantes. Representa esperanza de un nuevo amor.

—Y este… — le apretó el dedo— . Este representa la pasión, la constancia, la fidelidad y la lealtad. El amor duradero.

—Juntos, estos dos anillos representan el amor perfecto. Ese es el regalo que me has dado. Un tesoro que no tiene precio.

—Te quiero, Cal.

No hubo más palabras.

FIN